



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

FUNDADOR, PROPIETARIO Y DIRECTOR. — D. EDUARDO ASQUERINO.

PRECIOS DE SUSCRICION: En España, 24 rs. trimestre, 96 adelantado.—En el EXTRANJERO, 40 francos al año, suscribiéndose directamente; si no, 60.—En ULTRAMAR, 12 pesos fuertes.

ANUNCIOS EN ESPAÑA: medio real línea.—COMUNICADOS: 20 rs. en adelante por cada línea.—REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid, calle de Floridablanca, núm. 5.

Los anuncios se justifican en letra de 7 puntos y sobre cinco columnas.—Los reclamos y remitidos en letra de 8 puntos y cuatro columnas.—Para mas pormenores véase la última plana.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcon, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchoarena, Benavides, Bueno, Borao, Bona, Breton de los Herreros, Blasco (Eusebio), Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Serrano, Conde de Pozos Dulces, Colmeiro, Correa, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio, Dacarrete, Echegaray, Eguilaz, Escosura, Estrella, Fernandez Cuesta, Ferrer del Rio, Figuerola, Figueroa (Augusto Suarez de), Forteza, García Gutiérrez, Gayangos, Graells, Harzenbusch, Janer, Feltu, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lorenzana, Llorente, Mata, Mañé y Flaquer, Montesino, Molins (Marqués de), Martos, Moya (F. J.), Ochoa, Olavarria, Olózaga, Osorio, Palacio, Pasaron y Lastra, Pi Margall, Poey, Reinoso, Retes, Ríos y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortíz, Rodríguez y Muñoz, Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Rodriguez (Gabriel), Selgas, Sanz, Segovia, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, Serrano Alcázar, Sellés, Sanmartín, Trueba, Torres Mena, Tubino, Varea, Valera, Boix, Vidart, Wilson (baronesa de).

SUMARIO.

Revista general, por D. Mariano Calavia.—El culto de la Virgen en la Edad Media, por D. Gonzalo Calvo Asensio.—La educacion de la mujer, por D. E. H.—La tumba de Chateaubriand, por D. J. M. Veigara y Vergara.—Un episodio antes de los Arapiles.—Exposicion de Lyon.—Los partidos políticos ante la Historia, por D. J. T. Mena.—Don Aureliano Fernandez Guerra, por D. E. de Amicis.—El teatro de Shakspeare, por D. M. de D. H.—El perro.—Carta abierta Al Sr. D. E. H., para entregar á D. Francisco Flores y Garcia, por don Jo. é Maria Prelezo.—Recuerdos de Portugal, por D. Modesto Fernandez y Gonzalez.—Don Juan Francesh y Serret.—Plágios y coincidencias. (Modico literario), por D. Eduardo de Cortazar.—La mano de Dios.—A Corina (poesia), por D. Pedro Mata.—Anuncios.

LA AMÉRICA.
MADRID 13 DE JULIO DE 1872.

REVISTA GENERAL.

Constituido el ministerio radical, afirmado de nuevo su programa por medio de una circular dirigida á los recientes gobernadores nombrados, señaladas las bases generales de su conducta, anunciadas las más capitales reformas inmediatas por tan largo tiempo esperadas, removido el personal de la administracion y publicado el decreto de disolucion de las Cortes que tan abusivamente habia logrado confeccionar el gabinete Sagasta, puede decirse que la politica ha entrado en su periodo normal y que han cesado los acontecimientos.

Y efectivamente; las noticias de emocion, las laboriosas luchas interiores de los dos bandos mal avenidos que constituian el conato de partido conservador, las crisis repentinas, el oscurecimiento del horizonte, lo pavoroso y sombrío de las perspectivas, la insurreccion carlista que iba constituyéndose en la enfermedad natural del anterior estado de las casas, todo, todo se va disipando á más andar, y la calma renace, y la confianza aumenta, y la estabilidad de lo constituido se robustece y entra en caja sin esfuerzos de ninguna especie.

Puede decirse con profundísima razon, que los sucesos han cambiado radicalmente de aspecto. En vez de hechos exteriores, explosivos, ruidosos, agitados, todos aguardan hechos interiores, reformas llevadas á cabo insensiblemente, acontecimientos íntimos que, sin movimiento apenas, trasformen el deplorable estado de nuestra administracion, de nuestra Hacienda, de nuestro crédito, de nuestra riqueza material y moral; algo en fin que sea como el comienzo de la revolucion, realizándose por dentro, en las entrañas de nuestra sociedad, en el fondo de nuestra historia, en sus cimientos, en el origen mismo de nuestras visibles decadencias, y en la fuente de donde hasta aquí han emanado los males que todos sentimos y que todos lamentamos. Si esta no es la mision del partido radical, ¿qué otra pudiera serlo?

Las dificultades exteriores, como todos vemos, se van disipando como por encanto; la fuerza de la opinion pública es tan vigorosa, que nada al cabo puede contrarrestarla, y es luchar vanamente contra la corriente el pretender resistirla y el querer oponerse á sus naturales y lógicas tendencias.

Pero no basta tener el buen deseo de servir á la opinion y el anhelo de cumplir sus justos designios; la dificultad estará siempre en los procedimientos y en la manera de poner en juego los medios de accion oportunos para el caso. Mucho confiamos en la prevision, en el arte, en el dominio de las circunstancias de que vienen dando muestra elocuentelos hombres encargados de corresponder á esta mision altísima que les está encomendada; pero no por eso hemos de descuidar (pues que tal es el cometido de la prensa) el evidenciarles constantemente y el ponerles á cada paso de manifiesto el escollo de cada momento, el obstáculo que haya que vencer á cada instante, y principalmente las dificultades interiores, las más graves siempre, las que más energía necesitan para ser rechazadas, y sobre las que más perentoriamente debe tenerse fija la atencion y activo el pensamiento.

Como hemos tenido ocasion de observar por los últimos acontecimientos, á los partidos populares de hoy en adelante les ha de ser muy fácil conquistar el poder. A medida que la conciencia pública gana en penetracion, gana tambien en poderío, y acaba por sobreponerse á todo y por subordinarlo todo, por resistente que sea, á sus indeclinables propósitos. Pero si en algunas horas de sacrificio y en algunos dias de prueba los partidos populares alcanzan el poder, necesitan para conservarlo y hacerlo servir á sus fines naturales una permanente discrecion y un espíritu constantemente reflexivo, que no deje cabo por atar ni soldadura por hacer. Por de pronto, jamás el poder debe alucinar á los que para rectos fines lo consiguen. Quédesse allá para los que lo solicitan como medio de especulacion, como asunto de granjería y como medro personal y egoista, el hacer del poder un sibaritismo repugnante y un endiosamiento tan vacío como inocente al cabo. El poder político, en su recto y racional sentido, no es, ni será jamás otra cosa que un medio y una pura condicion exterior para el cumplimiento de los fines sociales, morales, económicos, administrativos y jurídicos de los pueblos. Es completamente inútil pensar acerca del poder otra cosa distinta.

Los partidos conservadores de nuestra patria han pensado siempre (y aquí está su pecado original) que el poder era como una especulacion, como una especie de agencia para servir las pretensiones

de los amigos, de los paniaguados, de los que con la humillante sonrisa del cortesano mendigaban el favor de los altísimos, altísimos liliputienses, que solo podian ser ablandados á prueba de ensayar con ellos posturas laudatorias y de dirigirles memoriales saturados de adulacion é impregnados de esa literatura oficiosa que solo sabe emplear la bajeza. Precisamente porque los partidos conservadores no han tenido otra nocion, ni han podido disponer de otros medios, ni han sido más que las últimas superficiales consecuencias de la politica de Maquiavelo, es por lo que su reinado ha sido siempre efímero, violento y repugnante.

La conducta de los partidos conservadores de España ha debido ser en este punto de gran enseñanza para el partido radical que acaba de subir al poder. Observando atentamente los procedimientos de aquellos, ha debido apercibirse de cuál es el camino que siguen los videntes políticos, para alcanzar á la sombra de la adulacion un prestigio inmediato y una reputacion postiza; ha debido conocer cuántos lazos hay para el prestigio y la virilidad de los principios; en confiar á manos ó inhábiles ó prostitudas el éxito de las grandes reformas y el resultado de los grandes esfuerzos; ha debido notar por qué caminos se ingiere el inepto, y qué sendas emprende el especulador de todas las situaciones, y el que toma á oficio lucrativo el echarse á pretendiente de lo que el vulgo llama con profundísimo sentido «el sol que más calienta.»

Por de pronto, el partido radical debe en este terreno ser sumamente precavido. De este punto de partida depende en gran parte el éxito, que con fundadísima razon espera de el la opinion pública. Las convicciones no se cambian jamás repentinamente, y solo al escéptico ó al positivista de nuestros dias le es fácil ensayar todo género de posturas, con tal que estas le sean provechosas, y con tal que le deparen lucro.

Despues de esto, que como regla inflexible de circunspeccion y de conducta, debe, en nuestro concepto, tener muy presente el partido radical, es otro de sus cometidos, la interpretacion fiel, exacta del espíritu de las leyes y de los preceptos constitucionales vigentes.

Y no se crea que esta interpretacion fidelísima consiste solo en ajustarse al contenido inmediato del texto y á su material cumplimiento, sino que además, y por encima de esto, es á la trascendencia de la ley y á su sentido regenerador á lo que debe á la par atender con minuciosa escrupulosidad.

Un acto importantísimo acerca de este punto acaba recientemente de realizar el ministerio Zorrilla. Con el objeto de rectificar uno de los abusos conservadores,

más frecuentes y comunes en tal género de reaccionarios, el gabinete Ruiz Zorrilla ha publicado un decreto mandando restablecer los ayuntamientos y diputaciones provinciales, arbitrariamente destituidos por el gabinete Sagasta, al cual, por lo visto, le eran estas corporaciones un estorbo legal para su engendro parlamentario.

Reivindicar los fueros del derecho violado, desagrar la soberanía de la nacion expresada por medio del sufragio universal en la constitucion de sus poderes locales; hacer del respeto á la manifestacion siempre solemne de esta soberanía, la pauta permanente de la conducta del gobierno, que antes que gobierno de un partido es gobierno de la nacion entera, es, ciertamente, un acto que honrará siempre al poder que á tales eternos principios de justicia se atempera y á tales bases inquebrantables de razon se someta.

Asi lo expresa el señor ministro de la Gobernacion terminantemente en el notable preámbulo que acompaña á ese decreto: «Lo que importa y urge, dice, es reintegrar en su estado legítimo las corporaciones populares; lo que no cabe dilatar es el restablecimiento de las leyes; lo que no se puede permitir es que ayuntamientos nombrados sin facultades y contra derecho sigan ocupando el puesto que corresponde á los elegidos del pueblo.»

Mediante tales rectificaciones, á favor de procedimientos semejantes es como ha de lograrse que, no ya un partido determinado, sino la nacion entera, se haga, en cierto modo, ministerial, franca y desinteresadamente. España esta ya verdaderamente cansada de vivir en la oposicion, y en la oposicion violenta y angustiosa de estos últimos años.

España tiene profunda necesidad de descanso, está ávida de vivir la vida de las naciones que son dueñas de sus propios destinos; siente contra las agitacion meramente políticas un disgusto que no puede ya contener, y quiere principalmente descansar de los recelos de tantos años, de las desconfianzas que le han inspirado tantos hombres, de los desasosiegos que le han proporcionado tantas ambiciones bastardas como ha visto florecer y encumbrarse, en la confianza de un gobierno leal, celoso, vigilante y atento á las garantías de su libertad, de su derecho y de su honra.

España ha comprendido ya que las aspiraciones políticas, cuando no envuelven en su fondo un contenido social y humano, regenerador sensato y pacíficamente hábil de su vida y de sus costumbres viciadas, no tienen razon de ser, y está decidida á relegar al olvido para siempre todo lo que no sea más que egoismo de posicion, monopolio de clase y exclusivismo personal. España está

saturada de generales ineptos, de tribunos de pega, de charlatanes políticos, de conservadores atildados, de literatos superficiales que repentinamente se transforman en ministros, de audaces que lo escalan todo, porque precisamente para nada sirven, de intrigantes adocenados que, solo halagando vanidades y acariciando imposibles, pueden medrar; de demagogos por despecho, de intransigentes por codicia; en una palabra, España ha llegado a adquirir la persuasión íntima de que esa nube de gusanos que nuestras viejas tradiciones al descomponerse han ido produciendo, hay que extirparla radical y decisivamente.

Cuanto sucede, pues, desde el advenimiento de los radicales al poder, es perfectamente lógico y naturalísimo. Al volver las cosas a su posición adecuada, y al encauzarse su corriente, se podían augurar fácilmente todos los hechos que ahora presenciamos. El asentimiento vigoroso y espontáneo que la opinión presta a la nueva situación, la benevolencia que con ella tienen los partidos honradamente interesados en la regeneración de nuestra patria, el pavoroso asombro de los descalabrados por su inhábil conducta, todo, todo estaba como pendiente de la solución suprema á que hemos venido á causa de la imposición ineludible de las circunstancias, y por el estado y actitud inquebrantable de los partidos, de las cosas y de los hombres. Hasta las protestas biliosas de los conservadores se adivinaban, así como los trasnochados pujos convencionales con que inauguraron su pataleo, y el *sálvese quien pueda* final que han dado en su último manifiesto, tan anticuado en su literatura como vacío en su contenido.

¿Qué más podemos decir acerca de este documento desdichado? Si no lo dijeran todo las circunstancias en que ha aparecido, hablarían muy alto en contra suya la carencia de afirmaciones y la absoluta falta de doctrinas propias que en él se notan. ¿Dónde está el tan cacareado sistema de gobierno de los conservadores? ¿Bastan acaso unas cuantas censuras inspiradas por el despecho, para suponer seriedad de convicciones y de principios en un partido que tan inoportunamente disimula unas y otros, precisamente en los momentos en que debía estar más interesado en ponerlos de relieve?

El resultado de todo ello no ha podido ser más fatal para los firmantes de la protesta. Han evidenciado que son viejos, que están gastados, que el país los conoce profundamente, que sus procedimientos han pasado y que todo en ellos es mezquino, pobre, raquítico y extéril. Todas esas firmas en otro tiempo valderas y casi tomadas seriamente como garantía de prestigio, son hoy valetudinarias, enfermizas, y están gusanadas por dentro y por fuera. Arriba han perdido su autoridad postiza y no pueden pasar ni aun por caricaturas; abajo han quedado tan al descubierto, que hasta la opinión de hábiles de que algún día disfrutaron, se les ha evaporado por completo.

Después de esta reseña de la política interior, apenas si nos queda nada que indicar de importante sobre las cosas exteriores. Francia, resignándose a sufrir con dolor las consecuencias que se van deduciendo de su funesta guerra, es todo lo notable ocurrido en esta quincena. La lectura del tratado con Alemania hecho por Thiers, ha producido en la Asamblea de Versalles el efecto dolorosísimo de una herida que se pone al descubierto con el objeto de aplicarle una nueva cura. Han vuelto á reproducirse momentáneamente las antiguas quejas, y el odio al imperio, y el anatema que el país lanzó contra todos esos pretendidos poderes conservadores que, á pretexto de garantizar los intereses, los llevan entre flores al precipicio, ha sido otra vez repetido de un modo tan inexorable como severo y decidido.

Después de todo, con estos recuerdos algo gana la opinión pública en la nación vecina. Ellos le hacen reconocer con más intensidad que nunca, dónde ha estado la verdadera causa de sus males, y son como el aguijón para que perseveren en sus propósitos rectificadores, y para que volviendo otra vez en sí, atiendan con la eficacia que jamás ha tenido á sus negocios interiores, sin preocuparse de correr aventuras caballerescas que tan mal parada la han dejado, y que á tan pro-

fundos desastres y humillaciones la han traído.

Afirmar su vida interior, renovar su administración, su ejército, su Hacienda, dar á sus nacientes instituciones políticas verdad, robustez y estabilidad, es toda su obra. Si estos elementos sabe combinar hábilmente M. Thiers, habrá hecho la gran cosa, y la Francia deberá algo más positivo en el porvenir á su modesta iniciativa, que á los que le depusieron el ruido de cañones de Marengo y el choque de espadas á que tan aficionada se mostró en sus días de desvanecimiento.

M. CALAVIA.

EL CULTO DE LA VIRGEN EN LA EDAD MEDIA.

El catolicismo es una forma de civilización y un alto elemento de moralidad, que no se comprende como hecho histórico sino en los tiempos de la Edad Media, en los que creció y se desarrolló al par de la cultura de los pueblos bárbaros. Y ninguno de sus dogmas está más en consonancia con el carácter y la vida de los nuevos pueblos, que el poético de la Madre de Dios.

Aquellas generaciones de guerreros, nacidos para la lucha sangrienta, y para los que su fiesta era la muerte; aquellos feroces hijos de Odin, que no sentían otro amor que el que su cortante framea les inspiraba, ni sabían entonar otros cantos que los que la ira y la terrible venganza ponían en sus labios, trémulos de cólera; aquellos espantosos conquistadores, traídos á Europa por el huracán, y ante cuyo esfuerzo no hubo muralla que se resistiese, ni aliento romano que no se entibiara, para quienes el trofeo más preciado era la ensangrentada cabeza del enemigo, y su más ilustre gloria la alcanzada en los campos de batalla; sentían en su alma un vago anhelo que los dominaba y convertía en sumisos esclavos, en cuanto esta esclavitud era compatible con su innata fiereza, una misteriosísima delectación, un algo piadoso y sublime al contemplar á la mujer, á su eterna compañera, sirva ante las antiguas civilizaciones, y se prosternaban confusos y admirados, rindiendo amante culto á la más alta personificación de tan desconocido sentimiento, á la diosa Veleda. ¡Grande y augusto sentimiento, tan en consonancia con la misión histórica que venían á realizar al mundo!

La mujer, para el hombre del Norte, no es una sierva; y si no llega en la costumbre de la ferocidad á sentir dentro de su alma el amor, ese eterno misterio de Psiquis, que de tal manera enlaza dos almas, que las confunde hasta convertirlas en una, ni tampoco á comprender el cariñoso respeto que de ese amor se desprende, y tanto á quien le guarda enaltece, su misma aspiración vaga á ese ideal sublime que el cristianismo realiza, el mismo instintivo afecto que en él tan por completo domina, condiciones son de adelantamiento y progreso, al par que innegables, fecundas por todo extremo.

El mundo romano se moría, y la agonia de aquella civilización ponía en riesgo de muerte á la humanidad. Una idea salvadora, y generaciones nuevas y robustas, vírgenes de todo sensualismo, que pudieran cumplirla sobre la tierra, eran de absoluta necesidad para que la vida humana se determinase, y la sociedad regenerada entrara en una era desconocida y grandiosa. Los bárbaros ahuyentaron la muerte, que como buitre sangriento devoraba las entrañas de la podrida Roma; la idea de la personalidad, que reintegraba al hombre, que aun no había pasado de ciudadano, era la columna de fuego que guiaba á aquellos feroces conquistadores por las ásperas vertientes de la vida. Pero esto no bastaba: había elementos de regeneración; pero con ellos solo se imposibilitaba toda obra, porque faltaba el enlace, la trabazón, la unidad, sin las que la sociedad no hubiera podido cimentarse sobre sólidas bases, y el catolicismo, que como dogma se imponía á la conciencia del guerrero, conservaba las grandes tradiciones autoritarias de la Roma Cesárea, que habían de servir para consolidar la sociedad y fundar un sistema de gobierno.

El catolicismo bajo estos dos diversos aspectos, como elemento civilizador, y

como elemento autoritario ejerció una saludable y fecundísima influencia en aquella Edad de hierro, entregada á la eterna guerra, y cuya expresión completa era el desorganizador feudalismo.

Ahora bien, dadas estas condiciones de vida, y teniendo en cuenta el culto que á la mujer tributaban los bárbaros, fácil es comprender y explicarse el inmenso prestigio que debía alcanzar en aquellos tiempos la poética creación de la Virgen. En la Edad Media, Jesús era Dios, el demonio le disputaba el imperio de las almas, y en la tremenda y gigantesca lucha entre Dios y el demonio librada, la figura espléndida de María, eternamente bella, y amorosa, se levantaba coronada de resplandores, como iris de paz para la conciencia, y refugio y amparo de toda suerte de tribulaciones y dolores.

Y si se registran los empolvados cronicones, y paramos nuestra atención y estudiamos cuanto la ciencia teológica produjera, encontraremos la expresión acabada del entusiasta amor con que la Virgen fué reverenciada en todas aquellas centurias en las que la humanidad, al entregarse á las más cruentas empresas, entonaba himnos sublimes en loor de la hermosísima madre del Redentor divino.

¿Y cómo no, si aquel culto respondía y aun exaltaba el que á la mujer aquellas generaciones dedicaran instintiva y groseramente en los albores de su cultura, amparadas por el símbolo santo de la cruz, en los grandes y prodigiosos días del pontificado y del imperio? María era la intercesora con Jesús en bien del humano linaje, en el siglo X, en aquel tétrico siglo, cuyas inspiraciones sombrías se suceden en toda aquella edad, y se condensan y subliman, como nube tempestuosa, sobre la homérica frente del inextinguible poeta florentino, á sus ruegos y amantes súplicas debió la humanidad nueva y gloriosa existencia: ella detenía el rayo, pronto á caer sobre la cabeza del réprobo; ella calmaba las tempestades, y hacia del seno de las nieblas surgir espléndido y coronado de resplandores inmortales el sol próximo á extinguirse: ella inspiraba á los trovadores y juglares las más ardientes y entusiastas concepciones, y en el siglo XII la Iglesia enseñó á pronunciar á las turbulentas muchedumbres el Ave-María; y en el siglo XV la más alta representación de la ciencia teológica la declaró casi dogmáticamente, más hermosa que Eva, y hasta, según confesión de los doctores de aquel entonces, el culto que se la consagraba hirió de celos á su divino hijo. Y fueron tantas y tan portentosas las excelencias que en aquella delicada y poética concepción cristiana encontraron los hijos de la guerra, que María llegó á ser considerada digna de figurar en la Trinidad cristiana, y sábio varón hubo que describió encantado la augusta ceremonia en la que la pobre esposa de José pasó á ocupar el trono de oro al lado del de el Dios de los católicos.

¡Podía darse mayor fanatismo! El culto de la Virgen recuerda las fiestas y adoraciones del paganismo. La Edad Media fué supersticiosa hasta llegar á la irreverencia, y en sus extrañas costumbres religiosas ¡cuánto no blasfemó de los mismos misterios de la religión que profesaba!

GONZALO CALVO ASENSIO.

LA EDUCACION DE LA MUJER.

II.

En el anterior artículo dejamos demostrada la necesidad de educar convenientemente á la mujer; mas como quiera que esta educación haya de reconocer un fin en consonancia con su misión en el mundo, antes que de aquella nos ocupemos con el espacio y la detención que tan capital materia exige, preciso nos ocupamos, siquiera sea á grandes rasgos, de la segunda.

Hemos manifestado con toda franqueza, y hasta donde nos lo ha permitido la índole de nuestro trabajo, nuestra opinión, encaminada al deseo de que la mujer reciba una educación conveniente, y con la misma franqueza estamos en el deber de abordar esta cuestión, por más que nos creamos insuficientes para salir airoso de empresa tal, que desde luego confesamos que exige más meditación, más estudio, y sobre todo mayor caudal de ciencia y de talento que el que poseemos.

La misión de la mujer en la tierra es harto importante para que nos no arredre la idea de ponerla en condiciones de llenarla cumplidamente por medio de una educación adaptada á ella, y

que responda perfectamente á sus múltiples y espinosas manifestaciones, y sobre todo á los fines de la creación.

Estas consideraciones llevarían el desaliento á nuestro espíritu, si no supiéramos que el iniciador de un pensamiento ó de una idea en el mundo de la ciencia, no es el llamado á darla cima y perfeccionamiento por lo regular, porque esto es la obra del tiempo en el que la idea se desenvuelve y desarrolla y adquiere su complemento y perfección, y así, por mucho que desconfiemos de nuestras fuerzas, por mucho que confesemos, como confesamos, nuestra debilidad para tan árdua empresa, nos creemos en el deber de exponer la necesidad de llenar este vacío y de iniciar la idea de dar á la mujer una educación conveniente, siquiera nuestros esfuerzos solo sirvan para abrir discusión sobre tan vital asunto para la sociedad y para el porvenir del mundo.

De la discusión sale la verdad, como del roce del pedernal sale la luz; que se haga la luz y se produzca la verdad es nuestro deseo; que el hombre se fije en tan importante materia, y rompa el mundo la serie de preocupaciones que le ofuscan é impiden llegar al perfeccionamiento de esta importante y esencial parte del género humano es el fin que nos anima y el móvil que posee hoy la pluma en nuestras manos. ¡Ojalá consigamos nuestro deseo y veamos consagrarse al esclarecimiento de esa cuestión el talento y el génio!

Manifestados nuestros deseos, y expuestas nuestras aspiraciones, hecha la franca confesión de nuestra insuficiencia, debemos empezar por reconocer, que para llegar ordenadamente al término que nos proponemos, preciso es que abordemos algunas cuestiones preliminares, y para esto que descendamos á tiempos de remota antigüedad, tomando como punto de partida de nuestros trabajos é investigaciones desde el principio del mundo, presentándonos frente á frente del origen del género humano.

No ignoramos las diferentes opiniones de las diversas sectas en que el mundo está dividido respecto á tan importante y trascendental suceso, pero no es este el lugar oportuno ni para exponerlas, ni para impugnarlas, porque este trabajo á nada conduciría, ni para el objeto que nos proponemos, ni para la idea que vamos á dilucidar, y por otro lado acaso fastidiaría en vez de educar y convencer á nuestros lectores, y sobre todo á la mujer para quien en primer término escribimos, á quien encaminamos nuestros trabajos.

Preciso nos es sin embargo escoger una de esas opiniones, y al hacerlo debe ser en armonía con la que domina entre nosotros; adoptamos, pues, la exposición de los libros sagrados, y escogemos el Génesis, y al hacerlo así debemos confesar que es, porque ante esa autoridad enmudecemos, no tanto porque ella fué la creencia de nuestros padres, y porque es la de la mayoría de nuestro pueblo, razones por demás suficientes para que la adoptemos, cuanto porque largos años de estudio y de meditación nos la han hecho conocer como la única que descansa sobre sólidos é incuestionables principios, ya se considere con los ojos de la filosofía, ya con los de la fe, y como además el corazón de la mujer es religioso, y conviene que lo sea sobre todo y por cima de toda otra educación, nos afirmamos más y más en esta idea y desde estos principios hemos de proceder.

Sentadas estas premisas, hemos llegado al punto de partida. Coloquémonos, pues, frente á frente de la creación, trasapemos con los ojos del espíritu los tiempos y los espacios que nos separan de la época que estudiamos, presétemonos en el lugar en que los libros Santos colocan tan poética escena. Veamos salir de la nada ante la voz poderosa del Creador, la tierra con sus flores y sus plantas; el cielo con sus astros y sus estrellas, el aire con sus brisas, los ríos con sus aguas, los animales con sus múltiples y variadas especies; las aves con sus vistosos plumajes y armoniosos trinos, la creación, en fin, con su indescripible belleza, con sus fascinadores encantos, y un movimiento de agradable sorpresa se apodera del alma y la arrebató y cautiva al par que la excita y exalta.

Por mucho que paremos la atención en el cuadro que á grandes rasgos hemos trazado más y más nos convenceremos que es digno del mayor detenimiento y de la más constante y escrupulosa meditación, y sin embargo de prestarle todo el interés que su magnificencia reclama, cuanto más en él nos fijamos, más comprendemos que á su belleza y hermosura falta su mejor ornato, su más bello complemento; pero oigamos la voz de Dios, que satisfecho de su obra, por que había visto que era buena, exclama: «Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza» y á la eficacia de esta palabra, el hombre brota del seno de la nada, para ser soberano, y Señor de la creación entera que debía subvenir á sus necesidades y contribuir á su felicidad y á su dicha, á sus gozes y á sus placeres.

A su vista se desenvuelve aquel panorama inmenso de belleza indescripible, ante sus ojos pasan las aves y las fieras, patentes están los cielos, patentes están las flores, patentes las plantas, patentes los frutos, á sus pies murmuran las aguas cristalinas, sobre su frente gime el blando céfiro, todos sus sentidos se embriagan de placer, así á la vista del colorido de los frutos como al resplandor de los astros, así á la percepción del aroma de la fragante flor, como al gusto del sabroso alimento, así en el cristal de las aguas como en la transparencia de la atmósfera, y al fruto y á la flor, al astro y á la luz, al río y al ambiente, al ave y al insecto-

to, al pescado y al cuadrúpedo, á todo impone nombre Adán, ostentando la profunda sabiduría que ningún hombre volverá á poseer y la sublime filosofía que sus hijos no alcanzarán.

Satisfecho debiera estar el primer hombre. Todo le estaba sometido, todo le obedecía, era el rey, el Señor, el legislador del mundo; para quien todo había sido criado por la mano de Dios, y sin embargo, la Sagrada Escritura nos dice que se durmió, excitando de este modo nuestra curiosidad, y llevando á nuestro entendimiento una duda, grave, nueva, una grave y debatida cuestión, si al terreno filosófico teológico nos hubiéramos de encaminar: nosotros no lo haremos: preferimos seguir la opinión de un filósofo cristiano que asegura que este sueño no fué tal sueño, sino un dulce estupor, hijo de la falta de una compañía en que se encontraba para compartir tanta dicha, tan grande felicidad.

Partiendo de este principio y haciendo nuestra esta opinión, aparece que al volver en sí de este arrobamiento en que, según la opinión que seguimos, el alma del primer padre pedía á su Hacedor una compañera, encontró satisfecha su petición, hallando á su lado á Eva, lo cual dice con irresistible elocuencia que la mujer fué la gracia primera que Dios otorgara á la primera plegaria de su criatura predilecta, y que la mujer trajo á la tierra una importantísima misión espiritual que llenar cerca del hombre, la de enlazar sus amarguras, enjugar sus lágrimas y ser el ángel de su consuelo; una misión física que cumplir, la de continuar en compañía del hombre, la grande y admirable obra de la creación. Así lo dice su organismo, así lo publica la delicadeza y unión de su alma.

Desde este momento, ni podemos ni debemos considerar á la mujer como una hembra más en la naturaleza; dotada de inteligencia, como el hombre; no debe carecer de los elementos necesarios para ejercitarla; pero estos elementos deben estar en armonía con los fines que han de llenar, así es que la robustez física del hombre nos dice su misión, al par que la complejidad delicada de la mujer publica la suya, y una y otra establecen, con la diferencia, la necesidad de medios diversos y métodos distintos para cultivarlas en pró de la sociedad, en beneficio del mundo. El hombre representa el trabajo, la mujer el sentimiento; aquel tiene mayores y más extendidos horizontes donde ejercitar sus fuerzas físicas y sus potencias; la mujer, espacios más reducidos, donde brillan sus virtudes y campean las bellísimas condiciones de sus delicados sentimientos; la fuerza en el espíritu del primero da más libertad á sus hechos; la delicadeza en el corazón de la segunda presta más unión á los sentimientos de su alma; por esto requieren métodos diferentes la enseñanza de la una y la del otro, aplicaciones diversas, distintos procedimientos.

Desde el momento en que se examinan estos dos seres, desde el instante en que se somete al análisis físico su organismo, asalta á la vista sus diferentes posiciones en la naturaleza y se comprenden, sin grande estudio ni esfuerzo, las funciones que en el mundo vienen á desempeñar; por ley de la naturaleza estas funciones entrañan sus deberes, y por ley de la naturaleza están obligados á llenarlos y cumplirlos; y como las leyes de la naturaleza son eternas é inmutables, y de ellas arrancan los deberes y derechos de la especie humana, á estas leyes debemos acudir, en primer término, para establecer los principios que ligan á los seres sociables en el mundo, y regular su modo de ser y de vivir en la tierra.

Partiendo de estos principios, es evidente y fuera de toda duda que, escrito el derecho natural en el corazón humano por el dedo supremo de Dios, la naturaleza misma se encarga de enseñar y dirigir al Ser intelectual en el cumplimiento de estas leyes ineludibles é ilegales, debiendo encaminarse todas sus fuerzas á esclarecer, según los tiempos, y facilitar, según los sexos, el cumplimiento de estos deberes, y el goce de los derechos que encarnan. Tenemos, pues, necesidad en nuestro trabajo de remontarnos á los primeros tiempos, de ver como el hombre cumplía en ellos su destino, de examinar como la mujer llenaba el suyo; tenemos necesidad de pasear nuestra imaginación, y recorrer con ella el mundo, sometiendo á nuestro estudio las prácticas ó costumbres de todos los pueblos de la tierra, el modo como en ellos la mujer y el hombre se producen en las respectivas órbitas que están uno y otro ser llamados á recorrer, y el modo como se conducen estas dos inteligencias en el uso de sus respectivas funciones, en el cumplimiento de sus sagrados y altos deberes. De este examen, de estas meditaciones como de premisas ciertas y evidentes, hemos de partir para sacar conclusiones que igualmente ciertas y de incontestable verdad, nos hagan sentir principios que nos pongan en camino del acierto que deseamos en esta importante cuestión.

Desde el Génesis hasta nuestros días, desde el pueblo más inculto hasta el más civilizado, vemos que la mujer solo se ocupa de criar sus hijos, cuidar de su esposo y familia, y atender á la dirección y gobierno de la casa, y comprendemos la razón de aquella sublime y terrible sentencia, «en dolor parirás tus hijos, y estarás sujeta á tu marido,» así como examinando los deberes del hombre y sus ocupaciones en el mundo los vemos en perfecta armonía con aquella otra lanzada sobre su frente: «Con el sudor de tu rostro comerás tu pan.»

Tenemos aquí un principio que, como axioma de verdad infinita, viene á demostrarnos lo que dejamos dicho: que el hombre fué dotado de la suficiente robustez para el trabajo, al paso que

la mujer de la delicadeza y unión necesaria para ese cariño que todo lo supera y que no pocas veces las lleva hasta el heroísmo. La mujer del sentimiento y de la unión es la que debe educarse, y por tanto á estos fines han de tender los preceptos. Es, por tanto, necesario, que la educación sea adaptada á las condiciones físicas y morales de la mujer, para que produzca su efecto.

Ningún peligro tiene el hombre en sus graves y trabajosas faenas; pero tendría muchos la mujer si á estas se consagrara; ningún inconveniente ofrece al hombre un estudio profundo; no pocos experimentaría la mujer consagrándose á las ciencias, y desde luego hay uno acreditado por la experiencia, y es que las mujeres que á ellas han consagrado sus cuidados, sobre no llenar su misión en la casa, no han sido madres; testigos de este aserto son Isabel del Saucó y La Latina entre nosotros, y M. Genis entre los franceses. Tampoco debe dedicarse á la literatura silenciosa de su marido, según una ley vigente; y esta ley está fundada en la posibilidad de que el calor de la imaginación, tan fácil de exaltar, no las lleve á consecuencias que puedan turbar la dulce armonía del matrimonio. Nosotros aun señalaríamos otros de no menor peso y trascendentales consecuencias.

Acaso al leer las anteriores líneas no falte quien crea que la mujer no debe ser educada; tal vez alguna de las muchas que hoy se dedican á la literatura se crea ofendida al leer nuestro juicio y nos considere como enemigos, siendo sus mejores amigos; á las primeras responderá nuestro trabajo, además de llamarlas la atención sobre un punto que no poco interesa al hombre y es la imposibilidad de que cuide de sus hijos y esposo, atienda á su familia y arregle su casa la que tiene todo su cuidado puesto en los hijos de su inteligencia: fijáramos, además, su atención en el cariño que las vigilia, tan propias del estudio, han de caberle en las horas del recogimiento, tan apetecidos para el retiro del estudio; á las segundas diremos que su porvenir está allí á donde su misión en el mundo la llama, que es al lado de su esposo y en los quehaceres de la casa, y que su gloria está en educar virtuosos hijos que sean la gloria suya y de la patria, y esto no puede hacerlo si su corazón y su inteligencia no está toda, absolutamente toda á estos fines consagrada; y las decimos más: que el siglo presente es de positivos cálculos, y que el hombre, antes de unir su suerte á la mujer, pesa y examina, acaso más de lo que á la mujer interesa, en las conveniencias de esta unión, siendo este cálculo no pocas veces un obstáculo para contraerla. Alabarán los hombres, creemos, las mujeres, sus producciones, pero no serán ellas el medio mejor para atraerlos é inclinarlos al matrimonio.

Estoy oyendo que me ponen por modelos de la opinión contraria una Santa Teresa, una sor Inés y algunas otras que tanta y tan merecida gloria adquirieron; mas por lo mismo que estos ejemplos son excepciones, están justificada la regla que establecemos, y plenamente en su lugar nuestro juicio. Además, enciérranse en un claustro, que para estas no escribimos; allí están en su lugar los trabajos mentales y literarios; pero querer vivir en la sociedad y llenar en ella su puesto separándose de sus principales deberes ó abandonándolos, ni nos parece justo ni lógico, además de ser altamente perjudicial, no tanto para sí como para los demás, como una simple reflexión comprueba con la continua perspectiva de las que al estudio se dedican. Una simple visita á sus casas será una prueba más elocuente que mis palabras.

Muchas y muy graves reflexiones podríamos hacer, que serían oportunas y estarían muy en su lugar respecto á esta para nosotros viciosa educación, y perjudicial uso de la inteligencia de las mujeres, pero como nuestro objeto sea trazar solamente á grandes rasgos cuadros cual conviene á las publicaciones periódicas, y como además observamos en la perversion de ideas que arrastran y trastornan la sociedad en el presente siglo, que esta es una, ó acaso la principal, y que no basta el periódico para contener sus progresos, de aquí que solo nos ceñimos á exponer, anotándolos, los males, en la esperanza que su exposición ha de despertar á genios é ilustraciones más competentes para procurar su remedio.

Queremos que la inteligencia de la mujer no esté inactiva, pero queremos que toda, absolutamente toda, pues de toda necesidad, se consagre al modo de llenar sus deberes en la casa y en la familia, y al tener este deseo, damos á la mujer la mejor prueba de todo el interés que nos inspira. No está su misión en la cátedra, ni en el ateneo, ni ha de vestir la toga ni el arnés por más que no haya faltado en su sexo quien haya desempeñado cátedras con aplauso, y postrado enemigos con valor; pero cuánto más no brilla la que presenta ordenada su familia, tiene arreglada su casa, hace feliz con su delicada ternura á su marido, y conduce y dirige el corazón de sus hijos, inspirada de ese amor que la llevaría por ellos al mayor de los sacrificios?

A estos fines debe encaminarse la educación de la mujer; llenándolos, se glorifica y glorifica á su familia y á su patria, y por esto hay necesidad de preparar y educar su inteligencia á este efecto; así llenará cumplidamente su cometido, así el mundo y la sociedad la respetará, y los aplausos que en esta obra consiga y los laureles que en este palenque adquiriera su frente, serán inmortales, serán un escudo, porque nadie hay ni más respetado ni más fuerte que el que cumple sus deberes dentro de la órbita que el dedo de Dios le tiene trazada en el mundo. Cuál deba ser su educación, lo hemos dicho; en otro artícu-

lo nos ocuparemos de los medios y el modo de practicarla y perfeccionarla.

E. H.

LA TUMBA DE CHATEAUBRIAND.

Forma la orilla del mar una ribera peñascosa y dentellada, donde si hay peligros durante el temporal en que la invade el mar, en cambio pueden ir las mujeres hasta la orilla durante la bonanza. Esta orilla es tajada y está erizada al pié de rocas agudas que el mar pule y afila al azotarlas. Tras de la temible escollera se vé el monstruo enroscado en un golfo lleno de bajíos y de corrientes. De las rocas para arriba viene una pendiente cascajosa que tiene de vez en cuando algunas hebras de yerba, y que forma una colina. Este islote se llama el Gran Bé. Tras de esta colina hay un bajío arenoso que el mar inunda todas las tardes, y después de este bajío se sube á la otra colina en tierra firme, donde está edificada la ciudad. Salí por la puerta correspondiente, bajé hasta el arenal, lo atravesé, subí la colina solitaria hasta llegar á su cumbre, busqué con los ojos el monumento que deseaba y que está en la mitad de la falda al lado del mar; se le vé solitario. Yo tenía una falsa idea del monumento: me había figurado algo, no sé qué de mármol: debía haber no sé qué de adornos griegos, de recuerdos romanos.

La tumba de Cecilia Metella, que había visto en la Via Apia de Roma, me hacía creer que Chateaubriand hubiera dado la idea de una cosa, si no parecida, de un orden extraño y único. Pero al ver este monumento me sentí herido en mi vanidad, porque había creído comprender al poeta y su génio, y me había equivocado totalmente. El me había engañado como Zéuxis á los pájaros con la sencillez y la verdad. Nada de fantasmagoría ni de aparato: lo que encontré allí y que era tan diferente de lo que había soñado, si hirió mi vanidad artística y mi inventiva, me hizo comprender y admirar al hombre que ya admiraba. Siete piés de tierra, lo suficiente para esconder un cuerpo humano y no un alma, tienen en derredor unas piedras que detienen en el declive la tierra que se amontonó sobre su cuerpo. Encima no hay flores ni se ha sembrado orgullosamente un laurel. Una grama tupida como la de todas las campiñas verdea allí, y á la cabecera, plantada entre la cabeza y el corazón del muerto, hay una cruz tosca de piedra comun. Una verja de hierro rodea el sepulcro.

¿Ni un nombre! Más, ¿para qué nombres? Allí se lee y se lee siempre: *Chateaubriand!* Este nombre escrito en un mármol se borraría con los siglos y algún sábio futuro no podría deletrearlo. En vez de mármol se conserva en la memoria de los hombres, más seguro. De generación en generación se irán diciendo al despedirse una de otra y al ver la tumba solitaria: *Chateaubriand!* En un rico panteon pueden ser violados los huesos por robarse el oro; aquí nadie irá á robar un puñado de tierra por descubrir los restos hechos tierra.

No ocultaré que tuve la esperanza de ver la sombra de Chateaubriand sobre su tumba: no ocultaré tampoco que cuando el sol rompió su barrera de nubes, no alcancé á ver otra sombra que la de la cruz sobre yerba verde. Segunda lección para mi vanidad: ¿á qué buscar en los sepulcros otra sombra que la de la cruz?

Gracias á Job, uno puede hablar delante de las tumbas. *Pasé como una flor. Mis días se secaron como el heno. Creo que mi Redentor vive en el último día me he de levantar de la tierra. ¿Qué es el hombre?... Lo visitas por la mañana, y al momento lo pruebas.*

Pero el que ignore las palabras de Job no puede hallar nada delante de esos montecillos que el rey de la creación forma con sus huesos. En la tumba no puede verse sino la nada ó Dios. Una cruz sobre una tumba lo dice todo. El que aquí yace creyó y oró, y al morir esperó. ¿Habrá sido confirmada su esperanza? La cruz lo asegura. No se adopta un signo de infamia por mil generaciones, si por algún medio no hay seguridad de que es ya signo de gloria. Un esclavo mendigo muerto un día antes de Jesucristo no hubiera aceptado para su tumba semejante distintivo: un rey al morir,

poco después de Cristo, no hubiera pedido para su tumba ninguna imagen, ni la de su corona, sino esa que pocos años antes recordaba á los esclavos ladrones. Para que esto suceda es preciso que la cruz diga y signifique mucho.

Dí la vuelta alrededor de la tumba, lento cual si contara los pasos: ocupé tanto tiempo como el que empleé en derredor de la de Napoleón en los Inválidos. En ambas me preocupaba la historia del muerto. Pero acaban peregrinaciones más largas aun y esta también acabó.

Me senté en el escalon de la tumba, y me recliné en la reja que la circuye y recé. Si recé: descendiendo de las poéticas regiones de la gloria humana y de la poesía terrena, recé despacio un Padre Nuestro en sufragio de esa alma. Le deseé en prosa cristiana, que es la verdadera poesía, que Dios le diera su eterno descanso, y que luciera para él la eterna luz. Largo rato pasé después meditando por qué arte de magia cabía tanta grandeza en tan pequeño espacio. Con el brazo izquierdo enlazado á un balaustrado de la reja, reclinado sobre el otro que apoyaba en mi rodilla, permanecí allí buen espacio, mientras un zuavo, que no tenía ganas de meditar, tentaba un descenso hasta la escollera.

Reconstruí mentalmente toda mi vida desde el día en que cayó en mis manos el primer libro del muerto, cuya tumba honraba hasta ese instante. Ví el ancho corredor de Casa-Blanca, en que leí ese libro y en que quince años después escribí en la pared el borrador de unos versos á Atala. Poblé aquella casa querida con la sombra de mis muertos, y volví á pasar el mar para encontrarme allí, solo y desconocido, en una playa de Bretaña, meditando en una lengua que no me entendería ninguna de las personas que andaban ese día por allí.

Volvió el zuavo de supeligrasa excursión, llamándome á gritos que cortaron mis coloquios y ahuyentaron las sombras evocadas. Llegóse él también á la tumba á pedirme noticias sobre el muerto, de quien no conocía sino el nombre. Interesaron mis respuestas á las personas que por allí andaban y se acercaron. Había una pareja de recién casados, unos artesanos y una madre con dos jovencitos. Todos ellos se sentaron en derredor de la tumba: el novio se sentó junto á mí y al lado de él su novia, que cogía una de sus manos entre las suyas.

Todo mi auditorio conocía vagamente á Chateaubriand, y el que más adelantado estaba sabía que había sido un *querido*! Fué menester, pues, rectificarles las ideas. Como yotenia la palabra y todos oían con atención, ménos la novia, que no veía sino á su esposo; ménos la chiquilla que, como una mariposa, revolaba en torno de la tumba, se estableció un completo silencio, en el cual no se oía sino mi voz, que en una lengua extraña para mí y despacio, porque no la poseía lo suficiente para hablarla como propia, les contaba la vida del hombre sobre su cadáver.

Esto era extraño, y extraño también la escena de un americano hablando de un breton en una playa de Bretaña. De vez en cuando una ola más recia sonaba al despedazarse en los escollos ó se oía el viento en una ráfaga más sibbadora.

«Chateaubriand, les decía yo, nació en aquella casa que se vé allí, y se la mostraba con el dedo, en 1768. Era descendiente de poderosos caballeros y nobles señores; pero su familia había venido á ménos con el tiempo, que aumentaba su nobleza y disminuía su fortuna. Sus dotes extraordinarias para la poesía le vinieron de su madre y de un tío materno, que eran poetas. Con el nombre de su padre Renato, el carácter de su hermana Lucila y el suyo, forjó después su *René*, y pintó como escenario de su novela el castillo de Comburgo, en que se crió y que vosotros conocéis, pues no está lejos de San Maló. Como era segundon, tuvo que labrarse su suerte. Destinado primero á la carrera eclesiástica y después á la de marina, no siguió ni una ni otra por tomarla de las armas, que dejó por la de viajero. Entonces estuvo en América, de donde volvió trayendo una prisionera que había cogido en los desiertos de la Florida, á Atala.

—¡Atala! me dijo la novia: yo la conozco.

—Seguramente, le repliqué. ¿Quién no conoce á Atala!

—Yo la he visto en los grabados de una posada. (*Je l'ai vue dans les gravures d'une auberge.*)

—Pues bien, esa Atala fué la que traje de América.

—¿Y se casó con ella?

—No era mujer: era un carácter, una novela. Las Atalas, agregué, no sirven para esposas. Los tipos de pasiones exageradas apenas alcanzan á servir para heroínas de novela.

A su regreso á Francia, su familia le proporcionó un buen casamiento con una señorita noble, bella y rica; tales cualidades no le inspiraron una pasión á ese hombre, que vivió enamorado de fantasmas creadas por su imaginación. María Teresa Lavigne, que fué su esposa en 1792, le acompañó hasta su muerte y le sobrevivió. Ella le amó, pero él no la hizo dichosa, aunque si supo estimarla. Es dado á los poetas cantar la felicidad, pero no sentirla ni darla. Sus musas son celosas y echan amargura en toda copa que no se libe con ellas. El cielo no concedió más hijos á aquel matrimonio que las obras del esposo, hijos que se aman más antes de tenerlos que después de que nacen: tales son los libros. Su nacimiento es tan doloroso como el de los hijos verdaderos; pero una vez nacidos se separan de sus padres y van á sonreír á otras almas.

Seguía la gran revolución que, so pretexto de arreglar los negocios de Francia, torció los del mundo. Chateaubriand, como noble y como breton, como poeta y como realista, tomó parte en la causa de esos reyes que se iban como los dioses de Roma. Su vida fué entonces una larga carrera de desventuras de que no sacó otro fruto que el poder escribir uno de los libros de *Los Mártires*, aquel en que Eudoro cuenta su vida de soldado. Soldado, combatiente, herido y después emigrado, pasó á Inglaterra, dondeapuró la miseria hasta su último grado: una noche cayó desfallecido de hambre en una calle, y en otra durmió en un cementerio, porque no tenía otro refugio, aunque á la verdad es el único que tienen los desgraciados, pero no para pasar una noche de la vida.

Escribió en esa época su *Ensayo sobre las revoluciones*, libro odioso, volteriano, indigno de su genio y de su corazón. Después se convirtió y escribió en compensación el *Genio del Cristianismo*, que deshizo en pocos días la obra de la impiedad de muchos años. Allí probó que la civilización es cristiana y la barbarie incrédula. Volvió al fin á Francia y obtuvo destinos del mismo Napoleón, á quien se los devolvió airado el día en que supo el asesinato del duque de Enghien. Cuando cayó aquel coloso, á quien él admiraba y odiaba al mismo tiempo, recobró en la corte borbónica el rango debido á su nacimiento noble y á sus servicios. Fué embajador en Roma y después en Londres, donde pasó en carroza por la calle en que un día se arrastró de hambre.

Después de alcanzar hasta la dignidad de par, que renunció, y de haber figurado noblemente en las más peligrosas intrigas en favor de los Borbones destronados por los Orleans, se retiró á su tierra de Vallée-aux-Loups, que había comprado con el producto de sus obras, y en donde «hacia sombra á los árboles que había sembrado», esperando que se la devolvieran cuando ellos fueran jóvenes y él viejo. Sin embargo, no pudo conservar esa tierra ni su casa de París; fué separándose de todo, y al morir no poseía sino la casa de su madre que se ve allí, y estos siete piés de tierra que había pedido de regalo al ayuntamiento de San Maló cuando era ministro poderoso.

¿Comprendeis el doloroso apólogo de su vida? De todas sus prosperidades no le quedó sino su tumba. El mismo señaló su lugar, que es este: desde aquí se vé el balcón de la alcoba de su madre, en que él nació, y el mar que lo arulló. ¿Comprendeis este otro apólogo aun más doloroso que el otro, y que como el otro puede aplicarse á toda la humanidad? Desde su cuna pudo mirar su tumba.

Para conseguir este suelo de su enterramiento gastó tres años desde el día en que lo pidió hasta el día en que se lo concedieron. El año en que yo nací le dieron sus compatriotas: «Ahí teneis ya el lugar de vuestra sepultura, ¡y ojalá esté por largo tiempo vacío!»

Antes de ocupar su sepulcro, tuvo que

hipotecarlo. En sus últimos años se vió precisado á vender sus *Memorias de Ultratumba*, para poder sostenerse y dejar un pan á su viuda para los primeros días del duelo. La Francia, que cubre doce ó veinte veces cualquier empréstito que se levante en su nombre, no quiso cubrir ni una el que levantaba en el suyo Chateaubriand, ni el que después levantó Lamartine.

Para ambos fué sorda, y ambos tuvieron que vender su sudario. La humanidad ha sido hecha de barro, dice la Escritura, y la Escritura se prueba todos los días.

Yo hablaba, hablaba animado por el silencio de mi auditorio. Mi zuavo azotaba con su varita las escasas yerbas que crecían en las grietas del peñón, y mis dos novios se miraban sonriéndose y entrelazando sus manos sentados en el borde de una tumba, como lo hace siempre la felicidad en el mundo, mientras el viajero americano les contaba la historia de su mismo compatriota, que ellos ignoraban. Yo no hubiera podido hablar tanto en una lengua extraña si no me hubiera servido muchas veces de las palabras mismas del muerto, que se me habían quedado en la memoria cuando leía su libro póstumo en la biblioteca real de París. Así, según he leído en un libro de viajes, había una tribu en América que acababa de matar al enemigo caído con las armas que le quitaba cuando ya no podía defenderlas.

Mi zuavo me recordaba que era hora de partir, porque si no podíamos quedarnos incomunicados cuando la marea viniese á ocupar sus nidos de la noche. Nos levantamos para irnos, pero antes metí tres veces mi brazo por entre la verja de hierro, arrancando cada vez un puñado de grana, y destinado cada uno para dos amigos que tenían en mi lejana Bogotá, y á quienes conocía como admiradores del mismo que yo admiraba: el tercer puñado era para mí. Chactas, dice Chateaubriand, guardaba una magnolia del desierto que le había dado Atala; yo quiero guardar conmigo unos hilos de la yerba que cubre los restos del cantor de Atala. Los otros son los que envío á Vds., amigos míos, y hé ahí la historia del manojito de yerba.

J. M. VERGARA Y VERGARA.

UN EPISODIO ANTES DE LOS ARAPILES.

En la provincia de Valladolid, y como á la mitad del camino que de esta ciudad conduce á la de Salamanca, se halla situada la villa de Alaejos, una de las ricas é importantes de Castilla la Vieja.

La tradición que en ella se conserva, y que sucintamente vamos á referir, se remonta al tiempo en que los franceses, dueños de casi toda España, hacían aquellas fértiles comarcas teatro de sus operaciones militares.

El vencedor de Waterloo, lord Wellington, apenas hacia un mes que, después de reñidos asedios, se había posesionado de los fuertes de San Vicente, San Cayetano y la Merced, en la ciudad de Salamanca.

El mariscal francés Marmont, duque de Ragusa, llegó tan solo á aquella población á presenciar, digámoslo así, la rendición de las tropas que defendían dichos fuertes.

Los ejércitos de ambos generales, después de varias maniobras, marchaban paralelamente de uno y otro lado del Guareña, inspirándose, al parecer, mútuo respeto.

Sentaron por fin sus reales el 20 de Julio del año 1813, el inglés en su antigua posición de San Cristóbal, el francés en una extensa llanura entre Alba y Salamanca.

En la mañana del 21, un honrado vecino de Alaejos trabajaba en un terreno propio de su amo, cercano á la pequeña laguna denominada en el país de Pedro Mella, y en el punto precisamente donde coinciden dos caminos: el de la derecha va á Fuentesauco, el del frente á Salamanca.

Rápido trotar de un caballo hirió su oído, y levantando la cabeza vió venir sobre el bruto á un oficial francés, cuyo vistoso uniforme no fué bastante á que interrumpiese su campestre labor Bernardo Carracedo, el Rucho.

Al llegar el extranjero al sitio en que

el camino se bifurca, dudó un momento cuál había de seguir.

Dirigió su mirada en derredor, como para orientarse, y al fijar los ojos en el labriego, fuese recto á interrogarle.

En el estilo propio del que, desconociendo un idioma, se ve, sin embargo, en la precisión de usarle, y con la altivez de conquistador, preguntó á nuestro Bernardo por el camino que á Salamanca conducía.

Poco debió agrandar á este la forma en que se le interrogaba, y haciendo un mohín que lo mismo podía significar ignorancia que desprecio, continuó el trabajo por un instante interrumpido.

En el segundo sentido, sin duda, lo interpretó el oficial cuando le amenazó fieramente, y pronto á convertir el amago en hecho, desenvainó su espada.

Antes de que pudiera esgrimirla, Carracedo, que espiaba sus acciones, se abalanzó rápido como el rayo, descargando sobre el insolente francés el azadon, instrumento de su trabajo, derribándolo del caballo.

La herida causada privó en pocos instantes de la vida al temerario que le amenazó.

Inmediatamente abandonó Bernardo sus tareas, y fué á dar el oportuno conocimiento al alcalde de Alaejos, que á la sazón lo era D. Manuel Gonzalez.

Ocultaron el cadáver por temor á las represalias, si el hecho acaecido llegaba á noticia de los invasores.

Entre los objetos hallados en los bolsillos del traje se encontraba un pliego cerrado, que llevaba en el del interior de su casaca.

Apresuráronse á romper el sello, pero su curiosidad quedó frustrada en aquel momento.

El contenido estaba en francés: nadie de los presentes en el momento conocía aquel idioma, entonces poco generalizado entre nosotros y odiado quizá por ser el de los onemigos de la patria.

La importancia del documento, si realmente la tenía, les era desconocida.

Recordó, sin embargo, un sugeto la circunstancia, á la sazón importantísima, de que en el pueblo existía un virtuoso y en gran manera ilustrado sacerdote, el Sr. D. Antonio Santana, que sabía la lengua francesa, por haber sido antiguo colegial en el famoso *Tri lingua* de la Atenas española.

Mandósele recado; acudió con presteza al llamamiento, y sus amigos le pusieron al cabo del suceso acaecido.

Pronto su clarísimo talento comprendió la inmensa importancia que el papel hallado podría tener en los críticos momentos que la nación atravesaba.

Apresuróse á leerle, y en efecto, era superior á todo encarecimiento.

Lo que tenía en sus manos era un despacho dirigido por José N. Bonaparte al mariscal Marmont, en que le ordenaba que procurase esquivar la batalla con Wellington, porque esperaba reforzar el ejército de aquel con el grueso de la división Polombini y el cuerpo del centro, fuerte de 10.000 hombres.

Júzguese del efecto que la traducción del parte produciría en todos los ánimos.

Dispusieron que sin pérdida de tiempo el propio Carracedo montase á caballo y llevase á lord Wellington el despacho á San Cristóbal, donde se sabía acampaba el general.

A la caída de la tarde del 21 llegaba al cuartel general el mensajero y entregaba el precioso documento.

Wellington, con esta importante noticia, y aprovechando hábilmente el descuido de Marmont, que prolongando demasiado su ala izquierda, se creaba una difícil posición, presentó con rapidez la batalla á su enemigo, obteniendo un señalado triunfo sobre las armas francesas, y quizá de los más importantes que registran los anales de aquella gigantesca lucha contra la invasión napoleónica.

Pequeñas causas suelen á veces engendrar grandes efectos, y no sería aventurar que la victoria de los «Arapiles» se debe en no pequeña parte al modesto bracerío de Alaejos, que en su odio á los invasores prestó, sin sospecharlo, un importante servicio á su patria.

La certificación expedida á petición de Bernardo el Rucho por el mismo lord Wellington la conservó durante su vida, y no sabemos si sus herederos la tendrán todavía á la fecha que escribimos estas mal trazadas líneas.

EXPOSICION DE LION.

El domingo último se inauguró la Exposición universal é internacional de Lion, sobre la cual da los siguientes pormenores una correspondencia de aquella ciudad.

«El palacio de la Exposición se halla establecido cerca del parque de la Tete d'Or en el muelle construido para impedir al Ródano que inunde los Broteaus, y ocupa un espacio de 1.700 metros de largo por 18 á 70 de ancho.

La entrada del palacio de la Exposición se halla situada en la misma entrada del parque de la Tete d'Or, y se compone de once cuerpos de edificios que tienen la figura de un arco de círculo en los cuales se han establecido ocho galerías y dos pabellones, en cuyo centro hay la gran nave de gusto morisco que sirve de entrada principal al palacio de la Exposición, pero que aun no está concluida. Las galerías y los corredores ocupan una superficie de más de 40.000 metros, esto es, una superficie igual á la del Palacio de la Industria de los Campos Elíseos.

Hé aquí las dimensiones exactas de las diferentes galerías de la Exposición:

La primera galería destinada á las máquinas en movimiento, á la metalurgia, etc., tiene 190 metros de largo y 42 de ancho y ocupa una superficie de 7.080 metros.

La segunda galería, destinada á máquinas de coser, quinquillería, etc., tiene 185 metros de largo y 18 de ancho y ocupa una superficie de 3.330 metros.

La tercera galería, en que se hallan de manifiesto chimeneas, objetos de calefacción, etc., tiene 35 metros de largo y 85 de ancho y abarca una superficie de 1.225 metros.

La cuarta galería contiene objetos de ambulancia y de campamentos, cueros, armas, etc., tiene 185 metros de largo y 18 de ancho y su superficie es de 2.230 metros.

La quinta galería, destinada á productos químicos, vinos, licores, etc., y á sala de conferencias, tiene 110 metros de largo y 40 de ancho, siendo su superficie de 4.449 metros.

La sexta galería en que se hallan expuestos artículos alimenticios, papeles pintados, muebles, mármoles, objetos finos de cerrajería, pavimentos de lujo, etc., tiene 95 metros de largo y 40 de ancho y una superficie total de 3.800 metros.

La séptima galería (parte central), contiene objetos de cerámica, de platería, muebles, cristales, etc., y tiene 70 metros de largo y 70 de ancho, y además el abside. La superficie que ocupa es de 4.900 metros.

La octava galería, destinada á instrumentos de música, relojes, bisutería, joyería, perfumería, etc., tiene 95 metros de largo y 40 de ancho y comprende una superficie de 3.800 metros.

La novena galería está destinada á objetos de bellas artes, pieles, prendas de vestir, hilados, etc., tiene 110 metros de largo y 40 de ancho, siendo su superficie de 4.400 metros.

La décima galería contiene tejidos, su longitud es de 218 metros, su latitud de 18 y superficie de 3.780 metros.

La undécima galería está destinada á objetos de enseñanza y tiene 35 metros de largo y 35 de ancho, ó sea una superficie total de 1.225 metros.

En los 40.000 metros de superficie no va comprendida más que la parte cubierta; y en un espacio considerable perteneciente al parque de la Tete d'Or hay jardines, Exposiciones particulares, casitas rústicas, cafés en que se dan conciertos y en que lucen sus habilidades bailarinas y cantantes para proporcionar ratos de solaz al público. En uno de estos cafés, situado en el extremo del parque, caben 3.000 personas.»

El emperador de Rusia ha querido consolidar con su presencia en Crimea la importancia de los resultados que le devuelve en Oriente el tratado de Londres, y los cañones de Olesa y Sebastopol han saludado al buque imperial que por primera vez se presentaba en el mar Negro, después de las desgracias que condujeron á la tumba al czar Nicolás. Su hijo, el emperador Alejandro, aprovechó la reunión de la oficialidad de marina para decirles que con placer inauguraba la regeneración de la escuadra rusa en el mar Negro.

LOS PARTIDOS POLÍTICOS

ANTE LA HISTORIA.

LII.

Cerrada la legislatura de las Cortes Constituyentes el 4 de Noviembre de 1837, quince días después, el 19, se inauguraba la de las ordinarias, cuya mayoría era de significación moderada, y tan genuina, como no se había conocido otra en el transcurso de la vida parlamentaria. La situación política tomó ese rumbo, anunciado primero por un hecho negativo, el de la omisión de mencionar la Milicia Nacional en el discurso régio de apertura, y después sucesivamente por actos positivos bien remarcados.

El 16 de Diciembre se constituyó un ministerio bajo la presidencia del conde de Ofalia, personaje de origen y fama absolutista, haciendo el Sr. Mon su *debut* bajo tales auspicios, y aun cuando en él se reservó la cartera de la Guerra para Espartero, como no la aceptase, nombróse á Carratalá, á quien vino á suceder Latre, más acepto á palacio. El primer acto notable de este ministerio reaccionario, fué solicitar de nuevo de Francia la *intervención armada*, ó el envío de un cuerpo de tropas á las Provincias Vascongadas, precisamente cuando el fracaso de la célebre expedición de don Carlos acaba de despejar los horizontes de la guerra civil, hácia la aurora de la libertad. Tan tenaz insistencia, por parte de políticos sin conciencia ni valor fué rechazada, con acuerdo de las Cámaras francesas, por medio del célebre *jamás* de M. Molé, ministro que era de Negocios extranjeros, pronunciado en tono repulsivo y como disciplinario.

La cuestión de recursos metálicos no apuraba menos al ministerio, por lo cual se cubrían apenas, siempre tarde, aun las necesidades más perentorias del ejército.

A la región política, lanzó el *proyecto de ley de ayuntamientos*, caja de Pandora, de la cual volvieron á sacar los moderados los vendavales revolucionarios; y en medio de tales desaciertos y contradicciones, la tremenda derrota del ejército de Oraá ante la plaza de Morella, yendo á parar de rechazo sobre el ministerio, determinó su caída á fines de Agosto de 1838.

El que le sucedió, presidido por el duque de Frias, no fué más afortunado durante su breve existencia, pues vivió entre motines y conmociones populares, originados principalmente por el enardecimiento de los pechos liberales contra los facciosos, á causa de los bárbaros asesinatos cometidos por estos sobre la vencida hueste de Pardiñas en los campos de Maella. Y en este tiempo se manifestaron también los levantiscos intentos de Narvaez sobre Madrid y Sevilla, conjurados á tiempo por Espartero, contra el cual iban principalmente dirigidos.

Las sesiones de Cortes suspendidas en 17 de Julio, se reanudaron el 8 de Noviembre, en cuyo día se anunció otro ministerio, caracterizado por Perez de Castro y Arrazola, cuyos nombres no daban satisfacción á la opinión, alarmada por las amargas reminiscencias de los dos anteriores.

Afrontó este la temeraria cuestión de ayuntamientos, elocuente y vigorosamente combatida por la minoría progresista, hasta el punto de que, no pudiendo el ministerio contrarrestarla en el terreno por él elegido, apeló al mañoso recurso de aplazar los debates, suspendiendo las sesiones de Cortes el día 8 de Febrero de 1839. Semejante medida, cuando estaban por votar las contribuciones, cuando había pendientes de discusión otros proyectos de ley y cuando se hallaban en estado de sitio algunos distritos militares, enconó más los ánimos, dando lugar á manifestaciones hostiles, aun cuando pacíficas, en Madrid, y muy desagradables en Valencia. Tres de los ministros, aconsejándose en la prudencia, dimitieron sus cargos, siendo reemplazados por otros que, alentando á los resistententes, llevaron las cosas al extremo, en Junio, de disolver las Cortes.

LIII.

Coincidiendo la reunion de las nuevas Cortes en 1.º de Setiembre, con los memorables sucesos de Vergara, estos y la cuestión de fueros vascongados, ligada á ellos, dieron abundante materia para

las primeras discusiones parlamentarias, que fueron empeñadas y borrascosas algunas; terminando, por último, con una segunda escena del abrazo de Vergara, entre las poco antes enardecidas oposiciones. Si el ministerio no hubiera estado envenenado por los odios de partido; á sentir en su corazón los latidos del patriotismo y en su cabeza los consejos de la prudencia, ¿quién duda que habría aprovechado coyuntura tan favorable y rara, para restaurar, al calor de aquel gran triunfo de la libertad, los gastados resortes de la máquina constitucional?

Bien lejos de obrar así, provocó la antigua discordia, reproduciendo la cuestión de ayuntamientos, y la exacerbó con otros dos proyectos sobre Milicia Nacional é imprenta, igualmente contrarios al espíritu de libertad.

Aquellas Cortes, compuestas en su inmensa mayoría de progresistas, á pesar del dogmatismo electoral del Sr. Borrego y de la presión oficial de toda una situación completamente moderada, viéronse forzadas á aceptar la lucha, con tanto desacuerdo provocada, como con tenacidad sostenida, por el malhadado ministerio Perez de Castro Arrazola; y convencido éste, á los primeros embates, de su impotencia, acudió otra vez, en 31 de Octubre, á la atrabiliaria tréguva de suspender las sesiones por veinte días. Pero la mayoría parlamentaria, que conocía ya la táctica de los moderados, anticipándose á la lectura del decreto de suspensión, presentó una proposición motivada en los principios más rigurosos de la doctrina constitucional, encaminada á que declarase el Congreso: que los españoles no están obligados á pagar contribuciones, arbitrios, ni otra especie de impuestos, empréstitos ó anticipaciones que no hayan sido votados ó autorizados, según el art. 73 de la Constitución.

Aprobada esta proposición, casi sin debate, por 91 votos contra 3, el ministerio debió darse por muerto allí mismo, teniendo contra sí el país legal y careciendo de recursos para gobernar. Pero esta herida, mortal por necesidad, en cualquiera organización común, apenas se manifestó leve en la callosa del ministerio, y reaccionando este con nuevos bríos, excepción hecha de Alaix, que pronunció el 18 de Noviembre, víspera del día en que debían reanudarse las interrumpidas sesiones, lanzó un decreto de disolución de las actuales Cortes y de convocatoria de otras nuevas para el 18 de Febrero de 1840.

Medida tan arriesgada, anunciaba ya, sin ambages, el advenimiento de una política anticonstitucional y reaccionaria á todo trance; y como el norte de ella estaba fijo en unas Cortes devotas, para traerlas cual se deseaba, se pusieron en juego medios tan reprobados como eran los fines á que se aspiraba. Renovóse casi por completo el personal de la administración, sobre todo en aquellas provincias donde las autoridades habían mostrado más templanza en presencia de la lucha electoral anterior; se persiguió á los progresistas de más prestigio; se amordazó la voz de la prensa independiente; se conservaron las diputaciones, contra el precepto legal que disponía su renovación parcial periódica, acordada además por decreto *ad hoc* de 24 de octubre, porque habiendo sido exploradas, se manifestaron dispuestas en su mayor número á secundar los planes del ministerio, como los secundaron á maravilla, en el importantísimo punto de la rectificación de las listas electorales; y preparada así la máquina, amarróse á ella el país, arrastrándole en busca del bellocino electoral.

Triunfó el gobierno por medio de sus agentes, pero á la manera de Pirro con sus elefantes en Heráclea, contra el cónsul Levino, que se lamentaba como pudiera haberlo hecho de la más infausta derrota; *soy perdido*, exclamó, *si consigo otra victoria como esta*.

Mas es indispensable hacer constar, que el ministerio había agravado lo criminal de su política con lo artero de su conducta. Consignamos ya oportunamente, cómo se había tratado de comprometer á Espartero en la conjuración reaccionaria, asociándolo oficiosamente á los ministerios moderados, que venían sucediéndose con tan anómala intermitencia; más no curándose estos de los desaires de aquel, corrieron al presente la voz, á manera de santo y seña polí-

ticos, de que lo tenían de su parte; cuya artera extrategia sirvió poderosamente para asegurar el éxito de las elecciones. Para justificarse Espartero de tan gratuita complicidad y condenar al propio tiempo la conducta ministerial en las elecciones, hizo publicar después una especie de protesta, bajo el nombre de su secretario Linage; documento conocido en la historia con el nombre de *Manifiesto de Mas de las Matas*, que fué el pueblo donde se firmó.

LIV.

Reuniéronse las Cortes con toda pompa régia, anunciándose en el discurso de la corona proyectos reaccionarios sobre imprenta periódica, elecciones, diputaciones provinciales, ayuntamientos y diezmos. La escasa minoría progresista combatió con enérgica inteligencia todos los fraudes electorales, por medio del exámen de actas; concitando la animosidad de la opinión liberal, dentro y fuera de la Cámara, contra un gobierno que tales desvarios cometía, y contra la mayoría moderada, cuyas *tragaderas* conmemoró *Fray Gerundio* con aguda sátira. Adoleciendo las listas del vicio legal de formación, obra de unas diputaciones provinciales incompetentes, y agravada esta causa con la aprobación de actas, las más escandalosas, no bien constituido el Congreso, huyeron de él algunos de los diputados progresistas, dejando consignadas formales protestas.

Las actas y el discurso de la corona habían consumido mes y medio de tareas parlamentarias, y el 6 de Abril comenzó la discusión batallona, no sobre el proyecto de ley de ayuntamientos, sino sobre otro de simple autorización para plantear aquel. Estraña á nuestro objeto la crónica de esta famosísima campaña parlamentaria; bástanos consignar que el 5 de Junio quedó resuelto el asunto en el Congreso, y sumarisimamente pocos días después en el Senado, con manifiesta violación del art. 70 de la Constitución vigente, del Código de 1837, aceptado tres años hácia por los moderados, con las manifestaciones más espontáneas y placenteras.

Los moderados sinceros han confesado, que la *ley de ayuntamientos* de 1840 fué, cuando menos, una indiscreción de su partido; pero los arguciosos é intransigentes han sostenido, que con ella y las demás que se preparaban se produciría una reacción necesaria en el sentido genuino de la Constitución de 1837, la cual, según ellos, habían anulado los progresistas, por medio de las leyes orgánicas con que la completaron. El Sr. Pastor Diaz su pretencioso dogmatizador, ha dicho (1) á este propósito: «El gobierno responsable y fuerte debía tener agentes propios: las Cortes de 37, le dieron por agentes á diputaciones independientes. Los funcionarios del gobierno debían ser obedecidos en los pueblos: las leyes de 37, colocaron al frente de los pueblos autoridades que no estaban obligadas á obedecer al gobierno. El Poder Ejecutivo tenía en sus manos el mando de la fuerza armada: aquellas Cortes armaron y centralizaron la Milicia nacional con separación del poder público.» Inférese de estas amañadas alegaciones, que los que las emplean confunden el gobierno constitucional con el absoluto; que desconocen las leyes fisiológico-políticas de los poderes; que juraron con mentales reservas púnicas, el pacto sacrosanto de la alianza de 1837; que lo que pretendían de los progresistas no era una concordia sino una abdicación; en una palabra, que hubiesen empleado los materiales destinados á levantar el alcázar de la libertad, en reforzar los macizos muros del monárquico palacio.

LV.

Provisto el gobierno con el material de guerra reaccionario fabricado, en las malaventuradas Cortes de 1840, solo le faltaba un jefe militar que llevara á ejecución sus planes, y al efecto pensó en Espartero, la figura más descolante entre las filas del ejército y entre las masas del pueblo. Empeñado por afición y por deber en las graves atenciones que demandaba la reñida lucha sostenida contra el carlismo, tuvo Espartero el buen juicio de no contribuir al acrecentamiento de las discordias intestinas entre la familia liberal, cuando había un enemigo común á quien combatir; man-

teniéndose, por lo tanto, extraño á los accidentes de la política palpitante.

Los partidos, sin embargo, se disputaban con celo sus favores, por medio de halagos y sugerencias: los moderados se lisonjaban de atraerlo á su causa por la eficaz mediación de Cristina, entre la cual y Espartero mediaba una inteligencia tan cordial é íntima, como lo permitían la alta alcurnia de aquella y el honrado comedimiento de éste; mientras que los progresistas, adivinando en el humilde hijo del pueblo al soldado de la libertad, no podían concebir se expusiese á manchar las limpias glorias del campamento con las pestilencias de la corte.

Los moderados, aristócratas por linaje algunos y por presuncion todos, haciendo ascos de la pobre cuna del hijo del carretero de Granátula, y menospreciando al militar de filas, sin barniz académico, le adulaban importunos porque le temían y necesitaban, en tanto, al ménos, que no pudieran derribarle de su pedestal para colocar sobre él un idolo de su hechura, que á esto tendían las calaverescas exhibiciones de Narvaez por Madrid y Sevilla, en el año anterior, bajo la protección de la famosa sociedad secreta intitulada de Jovellanos: los progresistas, por el contrario, sentían vivas simpatías hácia él por analogías concomitantes, pero no lo cansaban con importunas y pérfidas obsesiones.

Deslindados así los campos de los dos partidos, en los momentos críticos de que venimos ocupándonos, el moderado elevó su último memorial á Espartero por medio de la procuración de la reina gobernadora, la cual, con sus hijas y toda la corte, marchó al efecto hácia Barcelona, bajo el especioso pretexto de tomar baños de mar, pero realmente en busca de aquel que se hallaba por allá tras Cabrera y demás secuaces de don Carlos. Tan urgente é imperioso se consideró el viaje, que, para emprenderlo, fué necesario desbaratar el plan de la campaña en que estaba empeñado el ejército liberal, para escalarlo sobre el itinerario de la Corte, y aun así corrieron las angustias viageras grave riesgo de caer en poder de la facción de Balmaseda.

Los ayuntamientos de todo el reino se habían manifestado contrarios á la reforma antiliberal de los mismos, y los de los pueblos del tránsito de la corte aprovecharon la coyuntura para hacerlo entender así á SS. MM. entre aclamaciones entusiastas y respetuosas; significándose notablemente en esta unánime demostración las corporaciones populares de la invicta Zaragoza.

En Lérida esperaba Espartero á Sus Magestades, con las llaves de la rebelde Morella en sus victoriosas manos; les presentó el ejército, les dió escolta hasta Esparraguera, desde donde marchó de nuevo sobre Cabrera, fugitivo ya, y en ese punto se celebró la primera conferencia política. Recapitulando en ella Espartero las quejas de la opinión, acentuadas con la franca sinceridad de sus consejos, mostróse dispuesta Cristina á cambiar el personal y la política del actual gobierno; compromiso que corroboró en la segunda entrevista celebrada ya en Barcelona el día 13 de Julio, si bien con frío indiferentismo.

LVI.

No tardó en hallarse la causa secreta de este cambio de miras, porque al día siguiente fué sancionada cautelosamente la funesta ley de ayuntamientos, y burlado bajamente Espartero, por cuanto lo contrario era una de las bases de su programa. Puesto en trance tan crítico, su conciencia y la pública vindicta le exigían un acto que aclarase sucesos de tan equívoco sentido, y para ello, hizo dimisión motivada de todos sus cargos, por medio de un notable documento, fechado el 16 en Barcelona, que comenzaba con este significativo párrafo: «Un triste desengaño, demasiado sensible á mi corazón, me ha convencido de que en el día no puedo ser útil á mi Reina ni á mi Patria, porque sin duda los hombres que ostentan hipócritamente interés por tan caros objetos han podido más en el ánimo de V. M. que este soldado fiel á sus promesas, á sus juramentos y á los deberes que su cargo le imponía.» El 17, declarándose el poder confeso de los tremendos cargos desenvueltos contra él por Espartero en su citada exposición, le aseguraba el presidente del Consejo de ministros, á nombre y por

(1) En su obra citada, página 35.

encargo de S. M., que no habiendo caído de la gracia de ésta, ni desmerecido su confianza, no tenía a bien admitirle la expresada dimisión.

Paliativo tan vulgar, no podía calmar los dolores de aquella crisis, y el paciente acudió por sí al remedio heroico de su terapéutica instintiva; á la revolución. El 18, por la tarde, Barcelona en masa se pronunció por la Constitución y el duque de la Victoria, contra el ministerio y la ley de ayuntamientos, y llamado aquel á palacio, le rogó Cristina que conjurase el peligro de que se veía amenazada. Por consejo de Espartero accedió al relevo del ministerio moderado, nombrando otro progresista, caracterizado de tal, principalmente por Gonzalez, Sancho y Ferraz; pero expuesto su programa, y no siendo aceptado por la corona, se descompuso en parte por la retirada inmediata del presidente.

Hostigada la corte en Barcelona, huye á Valencia, donde es recibida con receloso silencio, con el silencio aforístico de Mirabeau; y sin entender su alcance ó despreciándole, repuesta un tanto de la pesadumbre revolucionaria, acepta la renuncia de los ministros progresistas, reemplazándoles el 30 de Agosto con otros sacados de la panacea moderada, Cortazar, Ateta, etc. Conocido en Madrid, el 31 por la noche, este suceso, hizo en la opinión las veces de la mecha aplicada á la mina.

Despierta de súbito la revolución en el seno de todas las clases, pero con espíritu tal de orden, que las mismas masas populares más acaloradas se dirigen al ayuntamiento pidiéndole que la regularice y represente. La corporación municipal responde al llamamiento, y apoyada en la Milicia nacional, con la cual fraterniza el ejército, después de una ligerísima colisión, se forma una Junta provisional de gobierno, el memorable 1. de Setiembre de 1840; conducta que siguen inmediatamente las provincias.

LVII.

Sobrecogida de estupor la corte, encastillase con el ministerio en palacio, donde después de meditaciones y consejos intranquilos, se resuelve ordenar á Espartero que marche con su ejército á sofocar el movimiento insurreccional de Madrid. Colocado este caudillo en una situación análoga, aun cuando mucho más estremada, á la en que se vió poco antes en Barcelona, salió de ella inspirándose en el mismo atinado y patriótico criterio, es decir, resistiendo el cumplimiento de semejante orden, por las razones que explicó en su célebre manifiesto del 7; del cual trascribimos á continuación, los párrafos que más cumplen al objeto de esta historia.

Su contexto literal es como sigue: «En el pronunciamiento que se ha verificado ya, ha sido poca la sangre vertida. El objeto se me dice que no es otro que el sostener ileso el trono de Isabel II, la regencia de V. M., la Constitución del Estado y la independencia nacional..... Por el relato de esta exposición se evidencia, sin hacinar otros antecedentes, que la dirección de los negocios no ha llevado el sello de la prudencia, ni de la imparcial justicia que hace fuertes y respetables los gobiernos. El empeño ha sido constante desde la disolución de las anteriores Cortes, de desacreditar al partido liberal denominado del progreso, estableciendo un sistema de protección exclusiva en favor del otro partido llamado moderado, que se procuró aumentar con personas de precedentes sospechosos, y haciendo patrimonio de esta fracción todos los principales destinos del Estado..... Yo creo, Señora, que peligra el trono de mi reina, y estoy persuadido que pueden evitarse los males de mi país apreciando los consejos que para conjurarlos me pareció dar á V. M. Todavía, Señora, puede ser tiempo: un franco manifiesto de V. M. á la nación ofreciendo que la Constitución no será alterada, que serán disueltas las actuales Cortes, y que las leyes que acordaron se someterán á la deliberación de las que nuevamente se convoquen, tranquilizará los ánimos, si al mismo tiempo elige V. M. seis consejeros de la corona de concepto liberal, puros, justos y sábios.» Este manifiesto, fué como la sanción augusta de un pronunciamiento universal, llevado á cabo sin alarmas ni vejámenes en nombre de las instituciones representativas mancilladas; y hallándose el país

en «uno de esos extremos en que la arrogancia de los reyes ó la altivez de torpes ministros tiene que postrarse ante la fuerza de una insurrección popular.» nombró Cristina el día 12 un ministerio progresista, bajo la presidencia de don Vicente Sancho. No habiendo aceptado éste, nombró á Espartero, facultándole para que eligiese por compañeros á los que bien le pareciese; lo cual efectuó, después de haber pasado á Madrid para sondear todo el fondo de la situación, proponiendo como candidatos á los señores Ferrer, Cortina, Gomez Becerra, Fernandez Gamboa, Chacon y Frias. Con estos, bajo la presidencia de Espartero sin cartera, quedó constituido el ministerio en Valencia el día 9 de Octubre, después de prestado el debido juramento en manos de Cristina.

J. T. M.

D. AURELIANO FERNANDEZ GUERRA.

De la *Nazione*, periódico florentino, copiamos con grande complacencia, por cuanto es muy honrosa para nuestro país, esta descripción de la visita hecha al ilustre académico por un escritor italiano:

«Madrid 16.

...Una de las primeras preguntas que hice en Madrid fué la siguiente: «¿Cuál es, entre los que viven, vuestro primer prosista?» Me nombraron á varios, pero el nombre que ó más á menudo fué el del Sr. D. Aureliano Fernandez Guerra, académico de la real Academia española, corresponsal de la real Academia de ciencias de Berlin, miembro y director honorario del Instituto arqueológico de Roma. Su trabajo más notable fué la publicación de las obras de Quevedo, con gran copia de notas críticas, comentarios, discursos críticos, una maravilla, según todos, de erudición y de ingenio, que le costó largos años de fatigas; se dedicó también á la poesía lírica, y escribió algunas odas y baladas que se leen aún con admiración.

Obtuvo fama de escritor dramático de valia con cuatro dramas, que fueron acogidos con gran aplauso. *La pena de los enamorados*, *Alonso Cano*, *La hija de Cervantes* y *La rica-hembra*; esta última hecha en colaboración con Tamayo; ilustró y anotó á Cervantes; escribió acerca de cuestiones arqueológicas, filológicas y de historia, y publicó, por último, varios discursos académicos que están reputados como modelos de estilo y de lenguaje por los más severos cultivadores de la clásica prosa española.

Nació en Granada el año 1816; fué primero abogado, y después profesor de literatura en la Universidad de Madrid. Es también miembro de las Academias de la lengua y de la historia, y vive completamente extraño á la política.

Los hombres más eminentes en literatura y en ciencias son ó fueron sus íntimos amigos, Quintana, el duque de Rivas, Zorrilla, Espronceda. Hubiera bastado mucho menos para que naciera en mí un deseo vivísimo de conocerle; subí, pues, las escaleras de su casa con emoción; pero fué una emoción de pocos instantes; cuando lo ví, me pareció haberlo visto otras veces. Es uno de aquellos hombres serenos y bondadosos que agradan tanto á los jóvenes, porque les ofrecen una bella imagen de la edad madura, y que al mismo tiempo tratan con los jóvenes con gusto, porque son jóvenes ellos mismos todavía de corazón y de inteligencia. Yo quisiera envejecer de ese modo, le dije al entrar.

El empezó enseñándame á discurrir acerca de aquellas cosas en que ya adivinaba que yo abrigaba intención de preguntarle, y lo hizo con una sencillez, con una claridad, con una viveza tan espontánea y agradable, que yo sentía cada una de sus palabras estamparse en la memoria como un nombre de amigo, y creo que cuando salí de su casa habría podido escribir, con pocas equivocaciones, todo lo que le oí. Al cuarto de hora lo quería bien y pensaba ya con sentimiento en el día en que me fuera de Madrid. Cada vez que me llamaba, como aquí es uso, *Don Edmundo*, acudía á mis lábios la palabra *gracias*. Por poco no le digo *Lei mi fa del bene*.

Quisiera que los lectores me creyeran, es el hombre más semejante á Manzoni que he conocido hasta ahora. Mucho menos avanzado en edad, con el cabello gris todavía, más fresco, más vivaz que nuestro ilustre conciudadano, pero afable, franco é ingenuamente modesto como él. Es un hombre de corta estatura, con los ojos negros, la voz juvenil y una risa natural y sonora que alegra.

En pocos momentos me hizo ver cien cosas preciosas. De una colección de antiguos manuscritos sacó un legajo de poesías de Góngora, con las enmiendas hechas de su puño; un paquete de manuscritos de Quevedo, una orden escrita de puño y letra de Felipe IV para desterrar de la corte á Quevedo y muchos otros curiosos manuscritos. Entre los modernos me enseñó el *Don Juan Tenorio* que le regaló el mismo Zorrilla, donde yo observé con gran curiosidad los borrones, las adiciones y enmiendas, después de haber leído con gran placer todo el trabajo.

Le restituí el *Don Juan Tenorio* cuando tropezó mi mirada con un cuadro cuyo asunto no comprendí al pronto y se lo pregunté. El cuadro representaba una gran sala, con las paredes cu-

biertas de cuadros; en un lado un pintor que trabajaba en un lienzo y alrededor un círculo de hombres, parte sentados y parte de pie, y en medio un joven que estaba leyendo.

Este joven, me dijo el Sr. Guerra, era Zorrilla. La sala era el estudio del pintor Esquivel, muerto hace pocos años, famoso en su tiempo, y en cuyo estudio solían reunirse los más ilustres escritores y artistas que florecieron en España desde 1800 acá. El cuadro representa una de estas reuniones, que tuvo lugar en su casa no sé qué día del año 1846, para oír leer al mismo Zorrilla uno de sus dramas. Lo pintó Esquivel en el mismo año, y lo compró el ministerio de Fomento por mil duros.

El que posee Guerra es una fotografía, pero tan excelente que, sabiendo que son parecidísimos á los originales los retratos del cuadro, se puede decir que por ella se conocen de vista en pocos instantes todos los más notables personajes del moderno Parnaso español. Zorrilla leía y lee prodigiosamente, tanto que, después de Ventura de la Vega y de Cañete, se le atribuye la palma entre los lectores hoy en día. El auditorio está atentísimo á la lectura, en actitudes diversas; algunos hablan al vecino al oído, otros meditan con los brazos cruzados y la cabeza baja; el cuadro está lleno de vida, parece que se oye la voz del poeta, y está un tanto de tender el oído para recoger las palabras.

Nuestros lectores desearían acaso conocer á los iustres españoles que rodean al joven poeta: también yo tuve ese deseo; pero la sala está completamente llena de gente, y por rápida que fuese la reseña que yo hiciera resultaría larga, pero nos serviremos en parte de las palabras del Sr. Guerra, y de los juicios que he oído á otras personas muy doctas; y entonces les parecerán breves. El primero, á la izquierda, es un sacerdote alto, de rostro franco y sereno, que se parecería á Pio IX si tuviese la mirada más viva y algunas facciones menos marcadas. Saludémosle, porque es el príncipe de los poetas líricos contemporáneos, autor de la tragedia *El Oscar* y de la *Oda del Dos de Mayo*, y traductor de *I promessi sposi*. Se llama Nicasio Gallego, y falleció ya hace años, con general sentimiento. Este escucha á Zorrilla con profundo recogimiento, pero con las cejas fruncidas, como si dijese: «Tengo algunas cosas que advertir.»

Junto á él se ve un semblante redondo y lleno de salud, que inspira paz y bondad desde una legua: es Gil y Zárate, tío de Manuel Tamayo, muerto hace pocos años, autor dramático de valor escaso, más conocido como autor de una *Historia de la instrucción pública*, muy querido nuestro, ya que no por otra cosa en gracia á su sobrino. Quiéramos otra vez el sombrero; al lado de Gil y Zárate está Breton de los Herreros; vive aún, octogenario, gran poeta cómico, pintor insuperable de la antigua clase media; autor del drama famoso *¿Quién es ella?* y de la comedia *Marcela*.

Más allá, Ros de Olano, que también vive, general, inventor del morrión militar que lleva su nombre, poeta elegante y extravagante, estimado como general por los poetas y como poeta por los generales. Próximo á él Burgos, el gran traductor de Horacio, que ya ha muerto, ministro que fué de Fomento, encuentra los versos de Zorrilla poco clásicos, y está pronto á levantarse para decirle cara á cara, suceda lo que suceda.

Otro saludo: aquel hermoso anciano de frente despejada, de ojos grandes y mirada apacible, es Martínez de la Rosa, ministro, poeta, historiador, autor dramático, crítico, traductor, alma noble, hombre querido en Europa y una de las principales glorias de España. Un paso más atrás: Ferrer del Rio que, á primera vista, se puede tomar por Silvio Spaventa, alto, grueso, ojos grandes con gafas, periodista é historiador laboriosísimo, corresponsal de los periódicos americanos, escritor tenaz, pero vigoroso y de estilo *bonghiano*.

Otro saludo: aquel hombrecillo sin barbas, risueño, con un aire modesto, no hay que juzgarlo por su aspecto, como decía Galdino á los hablando del padre Zacarías: es nada menos que Hartzensbusch, que aún vive, á Dios gracias, príncipe de los escritores dramáticos, conocedor profundo del corazón humano y escritor elegante.

Más allá Rodríguez Rubí, ministro no há mucho de Isabel II; poeta de moda del 42 al 54, y que ahora acompaña en la emigración á la reina caída. Escritor cómico de imaginación vigorosa, pero cuya fama quizá exceda de lo justo.

Isidoro Gil, hermano de Zárate, traductor infatigable de obras francesas en tiempo del romanticismo, y el primero que españolizó á Víctor Hugo y á Dumas.

Sigamos adelante: Flores, cara de diplomático, novelista de fama, autor de *Ayer, hoy y mañana*, libro que merece leerse.

Cayetano Rossell, de pies sobre una silla, no sé si para coger un libro en un estante ó para mejor ver á Zorrilla. Es un hombre simpático, poeta lírico notable, autor de una historia apreciadísimamente premiada por la real Academia, *El combate de Lepanto*, y hoy exclusivamente dedicado á estudios bibliográficos.

Más acá un hablador infatigable y amensísimo, representado en actitud de distraer á los que están junto á él; es Escosura, jóven de buena presencia, periodista, escritor dramático, autor de *Barbara de Blomberg* y de *La corte del Buen-Retiro*.

Molina, cara larga y grave, con gran corbata á lo Lamarmora, actual director de la real Academia, buen poeta lírico y sobre todo dramático, autor de *Doña María de Molina* y de muchos y apreciables discursos académicos.

Pezuela, conde de Cheste, general, alto, flaco y pálido, traductor de tres poemas: Dante Tasso y Camoens.

Siguen los traductores: Gabino Tejado, traductor de *I promessi sposi*, de Taparelli y de otros muchos escritores católicos; filósofo, atildado prosista, de aspecto manso y benigno. A su lado un jóven de ruda apariencia y de grandes cejas. Poeta, más conocido como autor de una *Historia de la literatura española*, en diez grandes tomos, llamado aquí el *Tiraborchi español*, más justo, pero no menos difuso.

Sombrero en mano, el duque de Rivas; esto es, no es él ni su retrato, sino un cuadro que confusamente le representa; á la sazón embajador en Nápoles, ya ha muerto. Gran poeta dramático y lírico, autor del célebre drama *Don Alvaro* y de admirables romances históricos, figura severa y simpática, alto, pálido.

Valladares y Garriga y Carlos Doncel, poetas dramáticos, complemento el uno del otro, que escribieron siempre juntos. El primero más reflexivo, el segundo más inspirado, ambos discretísimos: sus dos obras más célebres son: *Las travesuras de Juana* y *El cuante de Coradino*.

Ya estamos en medio del salón, detengámonos un momento. De aquí adelante casi todos los que vamos á encontrar viven aún. En medio está Zorrilla, pequeño, moreno, con dos bigotillos afilados, gran cabellera negra, ojos grandes, de frac y corbata blanca y zapatos.

Lee con voz solemne y sonora, con entonación enfática y agradable, aunque algo monotonía, como Prati, con quien tiene muchos puntos de semejanza, por ejemplo, en el sentimiento católico, en la prodigiosa facilidad de versificación, en lo vago, ardiente y atrevido de sus baladas y poemas.

Pasemos á la derecha de la sala. La fisonomía que llama antes la atención es la de Fernandez de la Vega, bello perfil realizado por una abundante cabellera castaña, uno de los fundadores del Liceo, célebre sociedad de artistas y escritores, en la que figuraban príncipes y reyes, y que concluyó en 1834.

Después de Fernandez, Ventura de la Vega, pequeño, calvo, buenos ojos, poeta de gran imaginación. Deseó, y lo dijo públicamente, escribir la mejor comedia, la mejor tragedia y el mejor drama del teatro español moderno. Consiguió, quizá, su deseo con la comedia *El hombre de mundo*, que agradó y sigue agradando muchísimo. Quedó atrás en su tragedia *César*, respecto al *Bdipo* de Martínez de la Rosa, y la *Virgínia* de Tamayo. No superó con su drama *Fernando de Antequera* ni el *Alfonso el Casto* de Hartzensbusch, ni el *¿Quién es ella?* de Breton, ni *La locura de amor* de Tamayo. Junto al pintor y á Ventura de la Vega está Luis Olona, autor aplaudidísimo de zarzuelas notables por su vis cómica y su enredo.

Hécos ya en Esquivel, el pintor que se vuelve hacia Zorrilla, teniendo en la mano la paleta y el pincel. Fué hombre de modales rudos, violento, caprichoso, pero de nobilísimo corazón. Nació en Sevilla, copió á Murillo, amó la poesía, ganó mucho dinero, lo gastó todo en socorrer artistas necesitados y murió pobre después de una vida agitada. Dejó tres cuadros de fama, *San Miguel*, *Judit* y *Sara*, fué amigo íntimo de los principales escritores de su tiempo, le llamaban el amigo de los poetas. Guerra habla de él conmovido, y esto basta para hacerme venerar su memoria.

Y ahora hagamos un saludo más profundo que nunca, porque estamos delante del gran poeta de la guerra de la Independencia, del secretario de la Junta central, del redactor de las terribles proclamas contra Napoleon en la Francia, don Manuel José Quintana, la figura colosal de la moderna literatura española; su alma está retratada en su semblante, tiene facciones viriles, dilatadas sus pupilas, su porte lleno de majestad y de firmeza. Fué escritor profundo, gallardo y puro: sus *Vidas de los españoles célebres* es una de las más bellas colecciones de bibliografías de todas las literaturas, sus *Odas guerreras* son rayos.

Cerca de él ¡ah! en un cuadro, porque ya había muerto en 1846, José Espronceda, el autor de *El Diablo mundo* y de *El estudiante de Salamanca*, ingenio vigoroso, jóven gallardo, valiente, calavera, que tuvo en su vida y hay en sus obras algo de Byron, de Musset y de Tostolo, maravilloso por su armonía y su vigor. Malogrado para España y para el mundo en lo mejor de su edad.

A la derecha Manuel Cañete, otro lector famoso, barbilampión, pero hombre, como aquí se dice, de pelo en pecho, crítico insigne, ilustrador del antiguo teatro español, defensor acalorado de la primacía literaria de Italia, sobre todo en la cuestión de los orígenes del teatro moderno, escritor dramático, autor de dos conocidos dramas, de *El duque de Alba* y *Un rebato en Granada*.

Más á la derecha Pedro Madrazo, ilustre escritor de Bellas Artes, poeta lírico no sin mérito, hermano de Madrazo, el más célebre de los pintores que viven.

Al llegar aquí, el Sr. Fernandez Guerra se echó á reír, y comprendí que habíamos llegado delante de su retrato. Yo miré al retrato y le miré á él. El miró al retrato y me miró á mí, y convinimos en que ya se le parecía poco. Las personas que además del aspecto tienen agradable la voz, la acción, la sonrisa, lo son en todo aquello que hacen y dicen, pierden mucho en los retratos.

Después de Guerra, y más acá, hacia el espectador, encontramos la figura austera y tranquila de Cándido Nocedal, jefe del partido católico carlista, orador, juriscónsulto y escritor

de gran mérito, autor de una bella *Historia de España*, y no menos estimado por lo elevado de su ingenio, amigo íntimo y profundo admirador de Guerra.

Detrás de él, apoyado en la pared, solitario, con una gran cabellera, Romero Larragaña, poeta lírico y dramático de fama por los años 1836 á 1850, y ahora inspector de la Biblioteca nacional.

Entre los que se hallan más próximos al espectador, hiere la vista una cara ancha, con dos ojos que brillan bajo las gafas, y que revelan un ingenio suspicaz y pronto. Es Mesonero Romanos, poeta lírico y dramático, pintor excelente de costumbres, conocido sobre todo por ciertos bocetos ó bosquejos que tuvieron gran boga. Imitó generalmente á los franceses y escribió una bellísima *Historia de Madrid*. Finalmente el duque de Frias, sentado, con la cara vuelta hácia el que mira, con un pie sobre otro; muy parecido á Rossini, poeta, saludémosle, moderno de los más eminentes, autor de la renombrada *Oda á Felipe II*, que es como nuestro 5 de Mayo, embajador en Francia y jefe de guerrillas durante la guerra de la Independencia.

Durán es el último á la derecha del cuadro: el gran ilustrador de los antiguos romances españoles, varón grato á las musas y á la fecunda restauración de las letras.

Estos son los personajes del cuadro; y ahora el que quiera leer dramas, comedias y tragedias ya sabe cómo y dónde buscarlas, gracias al buen pintor Esquivel y al amabilísimo Sr. Fernandez Guerra, que me permitió detenerme á estudiar aquella fotografía.

Cuando llamé á su puerta brillaba un hermosísimo sol; cuando tomé el sombrero para marcharme era casi de noche. Salté con cuatro ó cinco libros bajo el brazo, corrí á mi casa y me puse á leer ávidamente *Algunos datos nuevos para ilustrar el Quijote*, y leí muchas horas seguidas, no sé si más fascinado por la belleza de la armoniosísima prosa, ó aturrido por la profusión de la doctrina, ó seducido por la fuerza del razonamiento que campea en este precioso libro.

Lef y después pensé en el cuadro, y después me volvíeron á la memoria los versos amorosos que el Sr. Guerra mismo me había leído con un fuego juvenil, y por último, me dije á mí mismo que aquel era uno de los más hermosos días que había pasado en España.

¡Qué agradable y venerable persona! Antes de dormirme repetí dos ó tres veces á solas, sonriendo, *Don Edmundo*, y tratando de imitar aquella voz alegre y benévola; y no sé por qué se aparecía en mi mente la imagen de un anciano que me quería mucho, y que no vive ya, y que acaso si leyese esta carta, en la que he depositado un reflejo del amor que le profesaba, habría bendecido á su ahijado ausente.

E. DE AMIGOS.

EL TEATRO DE SHAKSPEARE.

Las obras del ingenio, del talento, del estudio, de la fe, de la perseverancia y del amor á las bellas letras tendrán siempre nuestro humilde pero entusiasta aplauso. Por eso hoy, con toda sinceridad, se lo tributamos á la nueva traducción de Shakspeare que acaba de dar á la estampa el marqués de Dos Hermanas.

Comprende una de las más admirables creaciones del gran poeta: *Julietta* y *Romeo*, sublime epopeya del amor, que no envejecerá nunca.

Esta obra, como las dos que ya le han precedido, *Otelo* y *El mercader de Venecia*, ha sido fielmente traducida del original inglés, con presencia de las primeras ediciones y de los textos dados á luz por los más célebres comentadores del inmortal poeta.

Forma el volumen III de sus obras, según el orden en que las va publicando su ilustrado y concienzudo traductor; y su impresión es tan correcta, lujosa y elegante como el II, que comprende *El mercader*.

En la seguridad de complacer á nuestros lectores, dándoles una idea acabada de la última obra del marqués de Dos Hermanas, insertamos la *Introducción* con que el mismo la encabeza, trabajo crítico de relevante mérito, que muestra en su fondo y en su forma la erudición y el buen gusto del marqués su autor.

Hé aquí dicho trabajo:

«INTRODUCCION.

La obra cuya traducción ofrecemos hoy á nuestros lectores es una de las más bellas, de las más selectas que encierra el teatro de Shakspeare. Gracia, sentimiento, naturalidad; sublime lenguaje, expresión del amor ardiente que aspira á la correspondencia, del amor correspondido que lucha con la contradicción, del amor triunfante y satisfecho que pierde improviso el cielo de su ventura; hé aquí, en pocas palabras, el cuadro cada vez más correcto que va á entretener nuestra imaginación y á re-
montarla, sorpresa, extasiada y anhe-

ante, por las aéreas regiones de lo espiritual.

No tan angélica como Desdemona, no tan gentil como Porcia, pero sí más vehemente, más apasionada, más interesante y conmovedora en sus elevados arranques, la Julieta de Shakspeare, caracteriza el tipo bello, perfecto, superior, de la más perfecta, superior y bella sensación del alma. Haciéndola, ó bien intérprete de su exquisita sensibilidad, ó bien irrecusable testimonio de su rara concepción, el eminente poeta la ha eternizado reina entre sus heroínas, y le ha ceñido el laurel de su nombre inmortal.

Julietta, unificada con Romeo, es la fiel representación de la tragedia del amor, como dice M. Guizot, lo mismo que Otelo, lo mismo que Macbeth, arrastrados por sus infernales consejeros, conforman las tragedias de los celos y la ambición.

Lo hemos dicho antes, y no nos cansaremos de repetirlo, por más que la docta pluma de Chateaubriand haya querido consignar diferencias, Shakspeare sobrepasa sin rival por la pureza y naturalidad de sus creaciones, por la viva y extraordinaria similitud con que retrata los sentimientos humanos. Así como estos predominan, como se elevan y descienden, como se cambian á merced de impulsos repentinos indefinibles, así su prodigiosa imaginación los detalla, sin esfuerzo, sin ningún premeditado estudio, sin quitar ni añadir un solo punto á la verdad, postergando siempre á ésta todo ficcioso compuesto, toda floridez y elevación.

Fehaciente testimonio de este proceder son los interesantes caracteres que, aparte el de los protagonistas, figuran en la pieza que traducimos á continuación.

Fray Lorenzo, Mercucio, la Nodriza, Capuleto, cada uno en particular, es tipo de perfección admirable, tipos ó pinturas que van ofreciendo al lector contrastes inesperados de pureza y sublimidad, de sencillez y grandeza, siempre adecuados á las situaciones, siempre en analogía con el sentimiento especial que determinan.

El bello protagonista de esta pieza, en cuya repentina mudanza de afecto han querido muchos fundar una crítica severa, sin ver, como dice razonadamente Víctor Hugo, que el nombre de Rosalina es solo el pseudónimo de la belleza ideal que absorbe la mente de aquel; Romeo, meridional en su conducta, meridional en su lenguaje, hijo legítimo de la extremosa Italia, hablando el idioma del Petrarca, puro amorador de sus antitesis, de sus tiernas alegorías, de sus gracias al par que vehementes comparaciones, Romeo, buscado y hallado por Shakspeare en las leyendas italianas, mantenido italiano con asombrosa maestría, todo italiano en su pasión por Julieta, también oriunda de las regiones del Sur, aparece desde el principio hasta el fin de la pieza tal como el pensamiento, como el alma, como la vida de la inteligencia le buscaran para hacer de él la vida, el alma, la encarnación del amor.

Su graciosa declaración en el baile de máscaras y su más bello é interesante encuentro con Julieta en el jardín de Capuleto, elevan á superiores regiones la más desprevenida imaginación, preparándola sin esfuerzo á las escenas que subsiguen. «¡Oh cara acreencia! mi vida es propiedad de mi enemiga,» dice Romeo al saber el nombre de su amada; exclamación únicamente comparable con la breve, expresiva sentencia que muy poco después emite Julieta: «Si está casado, es probable que mi sepulcro sea mi lecho nupcial.»

Amantes que en el primer albor de su misterioso y singular afecto se expresan ya de este modo, deben necesariamente producirse como lo hacen en la bellísima escena segunda del segundo acto; deben remontarse á las esferas celestes y hablar el puro, cadencioso idioma de los arcángeles; deben entregarse á esos raptos, á esas expansiones inocentes que brotan de las almas vírgenes, que, rodeadas de extremas castidades, divisan el terrestre paraíso de su felicidad suprema. Romeo tiene que dejar á su Julieta; nada le importa que le sorprendan, nada puede temer de sus enemigos los Capuletos, nada de su encono, si la mirada de su bien se dulcifica, mas tiene que partir y apartarse de su eden querido, como el amor del amor se aleja, como el niño que vuelve á la escuela, con semblante contrito;

Su alma, empero, le llama por su nombre, y cautivo de trenzadas ligaduras, dócil azor, vuelve á renovar la sabrosa y amante plática, deseando al terminarla ser el sueño y la paz, para, paz y sueño, aposentarse en el corazón y los ojos de Julieta.

¡Qué imágenes, qué ideas estas tan encantadoras y bellas, tan propias de la situación, tan en armonía con los puros sentimientos de los dos amantes! Todo nuevo, todo original del poeta, está sin embargo escrito en la conciencia del individuo, y el que lo siente, el que lo oye, juzgándole natural y propio, se pregunta si no lo ha escuchado ó sentido otra vez, si es posible que se diga ó se sienta de otro modo.

Y sin embargo, pálida aparece seguramente esta graciosa escena, comparada con la más dulce, más tierna, más encantadora de la despedida de Romeo y Julieta.

Los primeros resplandores del día orlan en Oriente las nubes crepusculares, las antorchas de la noche se han extinguido y el riante día trepa á la cima de las brumosas montañas: los dos esposos, cobradas ya las primicias de su misteriosa unión, tristes en medio de su fugaz ventura, platican tiernamente, prolongando en lo posible el acuerdo de su amoroso deseo. La luz que se distingue no es para Julieta la luz de la aurora, es solo la luz de algún meteorito que el sol ha exhalado para servir de conductor á su dulce bien; la voz que ha penetrado en los oídos de éste es la del ruiseñor, cantante de la noche, no la de la alondra, anunciadora del día. Romeo comprende lo contrario, ve la inmediata necesidad de partir, más prefiere ser sorprendido por complacer á su adorada, y conviene al fin en que el gris resplandor de la mañana es solo el pálido reflejo de la frente de Cúntia.

Dulce, encantadora condescendencia, que seduce más por la sencillez, por la propiedad de su expresión que por otra cosa; idea no nueva ni extraordinaria seguramente, si extraordinaria y nueva por su forma, por el conjunto en que se envuelve, por la atmósfera de que brota. Esta atmósfera y este conjunto, combinación de gozo y de melancolía, de inefable dicha y de pesar profundo, efecto de una satisfecha esperanza y de una esperanza desvanecida, engendra, si no los primeros, los más reales, los más consistentes y tristes presentimientos en el alma de los dos amantes. Ya no es una simple, infundada, particular frase, cual la emitida por el taciturno Montague al entrar en la mansión de Capuleto; es, sí, una doble, idéntica sensación de funesto porvenir, en que la vista y la imaginación se aunan para dejar más honda huella y hacer más esperado, más indefectible el romántico, solemne, moral y grandioso desenlace de la tragedia. «Ahora, que abajo estás, dice Julieta al mandar su postrer adiós á Romeo, me parece que te veo como un muerto en el fondo de una tumba. O mis ojos se engañan, ó pálido aparece.» «Pues de igual suerte te ven los míos, contesta el infeliz desterrado; el dolor penetrante deseca nuestra sangre.»

Esta despedida, lo volveremos á decir, prepara admirablemente la sublime escena del cementerio, escena en que Shakspeare, dejándose arrastrar por su poderoso genio, arrebatando á los héroes de su tragedia el florido y dilatado idioma que les hace hablar desde el principio, prestándoles en cambio la concreción, el laconismo de la raza sajona, la ruda y vigorosa imaginación del Norte, los coloca á la altura del drama horrible en que figuran, haciéndoles propios, dignos representantes de él. ¿Quién, sino un consumado maestro, hubiera así roto de improviso todas las reglas, tan largo tiempo continuadas?

«Alejate de aquí, dice Romeo á Baltasar así que llega á la tumba de su amada, y haz cuenta que si, receloso, vuelves para espiar lo que tengo el designio de llevar á cabo, te desgarraré pedazo á pedazo, y sembraré este goloso suelo con tus miembros. Como el momento, mis proyectos son salvajes, feroces, mucho más fieros, más inexorables que el tigre hambriento ó el mar embravecido.»

Este rudo, preciso y atterrador discurso viene á ser un anticipado resumen de lo que va á sucederse en el cementerio. El alma de Romeo, toda entregada á un pensamiento, al pensamiento, á la idea de reposar al lado de Julieta, no intenta mostrarse inflexible sino en la ejecución

de su designio. El triste, desventurado amante no guarda odio ni resentimiento alguno, no va armado de rencor ó venganza; la fiera resolución que le domina solo atañe á su persona, no va más lejos, y con tal que no le estorben, será manso cordero para los extraños, corriente sin olas para sus mismos contrarios. La privilegiada imaginación de Shakspeare, que amenudo, tras una frase ligera, tras una idea incompleta, tras una simple palabra, dejá adivinar un segundo pensamiento, una perfecta sucesión de cosas, en la entrevista de Romeo con el Boticario, en la despedida de aquel y Baltasar, hace ya ver de un modo notorio los benignos sentimientos que germinan en el corazón de su protagonista, elevando por medio de esta mezcla de dulzura y fortaleza, de desesperación é indulgencia, el carácter del héroe principal de su tragedia.

El que disculpa y hasta defiende la venalidad del mísero droguista, el que no halla una voz de injuria para tildar el aparente olvido de fray Lorenzo, el que tiene en cuenta la bondad de su sirviente en el supremo instante de darle el último adiós, el que poco más adelante implora perdón del propio Tybal, á quien ve reposando en su sangrienta mortaja, debe á la fuerza dirigir á París las concretas frases con que paga sus insultos: «Te amo más que á mí mismo, vive, y dí, á contar desde hoy, que la piedad de un furioso te impuso el huir.»

Pero el prometido de Julieta, despreciando las súplicas de este sublime demente, se empeña en contrariarle, y se hace él propio víctima de su persistente afecto y de su injusta acusación. Muere, pues, á manos de Romero, y Romero, su matador, no se encoloriza ante la sangre que ha vertido; por el contrario, se lamenta del hecho, y siempre rebosando conmisericordia, cumple la postrera voluntad de París, y siempre luchando con la indispensable idea de su suplicio, juzgándose perdido para el mundo, muerto llamándose, deposita á la muerte en la esplendente tumba de su amor.

¡Su amor! ¡Oh! ¡qué ideas brotan de la calenturienta mente de Romeo al contemplar de nuevo á la que llena su alma toda! «¡Amor mio, esposa mia! la lice; la muerte, que ha extraído la miel de tu aliento, no ha tenido poder aún sobre tu beldad: no has sido vencida; el carmin de la belleza luce en tus labios y mejillas, do aún no ondea la pálida enseña de la muerte. — ¿Por qué luces tan bella aún?»

Este preciso, arrobador lenguaje; éste, sin duda, raro modo de pintar un tal conjunto de encontradas emociones, todas ellas respirando pureza, naturalidad y vigor, ésta sublime contemplación de la belleza en la muerte, quizá no alcance el artificio y refinamiento de la exquisita pintura del Petrarca, pero le excede en robustez y verdad. Laura y Julieta, ambas envueltas en el blanco sudario de la tumba, son dos tipos casi uniformes, que han eternizado dos plumas maestras; son dos efigies sorprendentes, que han desposeído á la muerte de sus negros horrores; dos primorosos modelos terminados por insignes pinceles, representando un argumento mismo, sin rival el uno por la suavidad de sus toques, sin ejemplar el otro por la pujante verosimilitud de su colorido; son, en verso, cuadros de amor tan bellos y distintos, como en prosa, los patrióticos cuadros trazados por las inmortales plumas de Demóstenes y Cicerón.

¿A quién, sino á Shakspeare, se le hubiera ocurrido, en el supremo instante de finalizar su brillante tragedia, el caprichoso cúmulo de conceptos que, sin suspender el rápido curso de la acción, la conducen, asombrando siempre, á su desenlace? Inagotable como una corriente caudalosa que, desbordando á trechos, conforma y alimenta profundos cauces en su carrera, sin menguar en su poderosa desembocadura; prestando eterna vida á sus creaciones, comparables, según Lamartine, á los vírgenes bosques de las orillas del Mississippi, que rebosan perenne frondosidad, la mente, el genio fecundo del inmortal poeta, después de haber puesto en boca de sus protagonistas los mil bellos, selectos discursos que hemos citado ya, halla nuevas y más extraordinarias locuciones que darles, nuevos y más admirables, más robustos, más precisos, más adecuados conceptos, conquistadores de imperecedera fama.

La belleza de Julieta, su aspecto de vida en brazos de la muerte, despierta un mundo de ilusión, de celosa duda en la imaginación de Romeo.

«Debo creer, la dice entonces, dominado por la ferviente llama de su amor, debo creer que el fantasma de la muerte se halla apasionado, y que el horrible, descarnado monstruo te guarda aquí en las tinieblas para hacerte su dama? Temeroso de que así sea, permaneceré a tu lado eternamente, y jamás tornaré a retirarme de este palacio de la densa noche. Aquí, aquí voy a estacionarme con los gusanos, tus actuales doncellas; sí, aquí voy a establecer mi eterna permanencia y a sacudir del yugo de las estrellas enemigas este cuerpo cansado de vivir.»

Extraña, fantástica, pero última y sublime emanación de un alma, cuya vida se hallaba concentrada en la vida, en el alma de la que supo tornarle el alma y la vida, de que se hallaba carente.

El carácter de Romeo, de una ternura excesiva, que casi, según Hallam, pudiera tomarse por afeminamiento si el varonil coraje con que venga la muerte de Mercucio no hiciera ver otra cosa, se ha pretendido determinar por cierto ilustre crítico como la viva encarnación del infortunio. Según el escritor citado, la fatalidad acompaña sin cesar al joven Montague, y cuanto bueno intenta hacer, se trueca por su intercesión en desastroso y funesto. ¿Es esto verdad? M. Maginn confunde ciertamente la falta de prudencia con la falta de fortuna. El genio impaciente y ardoroso de Romeo, que se presta admirablemente al desarrollo del importante y especial papel que representa en la tragedia, no pudiera en diverso sentido arribar al culminante desenlace que le es propio. Una mente reflexiva, un espíritu frío jamás pueden prestar alimento a una pasión exaltada, y un amor vehemente tiene a la fuerza que ser ciego y dejarse arrastrar por las vertiginosas corrientes de la exaltación. La fatalidad no es la inseparable compañera del protagonista; la fatalidad es el preciso, adecuado y moral fin de la tragedia. Romeo no lleva el infortunio a la mansión de los Capuletos; el inveterado rencor de las dos nobles familias de Verona es la causa verdadera y determinante de los sucesos que ocurren; Samsón y Gregorio lo predicaban desde el comienzo de la primera escena.

El joven Montague, perdido y desesperado, en vez de contrariedad, halla ventura al lado de Julieta, se cura de sus antiguos errores, y en alas de una suerte propicia, recibe pronta correspondencia de su amada, la habla sin ser visto en el jardín, después del baile, y lleva a cabo su enlace con ella, sin que ninguna contrariedad se le presente.

La muerte de Tybal solo le ocasiona un destierro, y aun ya desterrado, logra llegar al pináculo de la dicha y salir para Mantua, sin dar con nadie en su ruta. El que tanto alcanza, el que halla siempre en sus cuitas un amigo y protector religioso que le tiende la mano, el que se aparta de su amor llena el alma de consuelos y esperanzas, no puede ser, no puede determinar la encarnación del infortunio. Romeo, vástago de una imaginación meridional, sin duda engendro de un amor perdido en la noche de los tiempos, educado en extranjero clima y por preceptor extranjero, sin variación de sentimientos, pero con ganancia de virilidad, extraordinario compuesto de dulzura y de fuerza, figurando en medio de los múltiples contrastes que amolda el elevado y caprichoso genio de Shakspeare, es, a semejanza de las escenas que le imprimen movimiento, melancólico ó expresivo, severo ó jocoso, débil ó fuerte, nuncio de desventuras ó felicidades, solo inmutable en el dominante sentimiento de su pasión, que es el que realmente constituye la base de su carácter.

Inocente y sencillo, lo propio que Julieta, lleno como ésta de bondad, ambos amantes se conquistan la general simpatía: todos les quieren, todos desean su bien y todos, deseándolo, les conducen por medios extraordinarios a la fatal pendiente de su destino. La fatalidad, como lo hemos dicho, es la base moral de la tragedia, la ley a que en común se obedecen; cuantos personajes figuran en aquella, contribuyen sin pensarlo a este indispensable fin.

La importante figura de fray Lorenzo resalta notablemente y es un acabado

tipo de humano conocimiento, de bondad admirable. La filosofía del monje, escribe Mézières, es solo el juicio que pronuncia el poeta; cuando habla, oímos lo que éste se dice en voz alta a sí mismo, comunicándonos los resultados de su experiencia personal y las conclusiones a que le ha llevado el conocimiento del mundo. Profundo en el estudio de la humana naturaleza, penetra sus debilidades, sus contradicciones, sus impacientes deseos, y sin mostrarse ni indiferente ni tirano para con sus propias hechuras, sonríe ante su extravío, se lastima de su debilidad, las amonesta a veces llamándolas al deber; pero siempre lleno de compasión, extiende al fin su mano protectora, y con sabios consejos invita a la conformidad.

«Sin ser joven ni exaltado cual sus héroes, ama la juventud, excusa la pasión, y su alma noble y generosa acepta las causas de aquellos a quienes condena su razón.»

Este bosquejo, que rinde merecido tributo al inmortal poeta, compendia en pocas frases el venerable carácter de fray Lorenzo. Ministro evangélico, ministro de la caridad y de la ciencia, se parece bien poco, como dice acertadamente Víctor Hugo, al monje ignorante, engañador y trapacista que han puesto en evidencia Bocaccio y Rabelais. Sin ser mágico, como el Lorenzo de la leyenda italiana, puede augurar, en fuerza de su ciencia profunda; sin ser ligero, sin ser confiado, como el sacerdote del drama impreso en 1597, puede acordar su afluencia a la unión de los amantes, basándose en un fin altamente provechoso é invocando la intervención celeste para desvanecer sus escrúpulos.

Cuanto dice y opera el monje desde que entra en escena, va envuelto en una tal atmósfera de grandeza y filosofía, de rectitud y experiencia, de abnegación y de bondad, que atrae por completo la atención, desviándola poderosamente de todo otro motivo. Desde que se le oye, se adivina el importante papel que está llamado a representar en la tragedia, se comprende todo el alcance de su ciencia, todo el poder de su intervención, y cada uno de sus elevados axiomas, de sus conclusiones sorprendentes, son brillantes compuestos que contribuyen a la excelencia de la pieza.

Si las dimensiones en que debemos encerrar este prólogo no fueran inconveniente, citaríamos aquí toda la escena tercera del acto segundo. La singular descripción de la aurora que pone Shakspeare en boca de fray Lorenzo, el gracioso cuanto exacto símil con que este finaliza su monólogo, los dulces, sencillos y oportunos cargos con que reprocha el monje la inconstancia de Romeo, todo, sí, instruye y encanta a la vez, puro contraste, no de lágrimas é hilaridad como en la escena final del acto, si no de majestad y sencillez, de sublimidad profunda y gracia encantadora.

La tercera eminencia del drama no ha sido, empero, hasta aquí sino bosquejada a medias; las maestras pinceladas que van a darle vida imperecedera en el lienzo colosal donde ya aparece comienzan en la escena cuarta del acto segundo. Romeo, mudo y febril, no cuidadoso de otra cosa que de su pronto enlace con Julieta, penetra, devorando su impaciencia, en la celda del monje: Fray Lorenzo, pensativo, pero determinado, midiendo con calma la gravedad de la situación, viene a su lado. Su alma está en Dios, su alma pide al cielo que presida el pacto sagrado que va a celebrarse, para que la conciencia no le reproche en las horas venideras; pero Romeo no es capaz de apreciar esta solemne invocación; para él la presencia de su amante es la suma felicidad, el contemplarla un breve instante compensa todos sus futuros dolores, enlazado a su bien nada le importa que la muerte, vampiro del amor, desplegue su osadía; llamar suya a Julieta es su único afán.

¿Qué entiende de remordimientos la volcánica fantasía del exaltado joven? «¡Ah! esos violentos trasportes, exclama al oírle el filósofo franciscano, son como el fuego y la pólvora, que, al ponerse en contacto, se consumen. La más dulce miel, por su propia dulzura, se hace empalagosa y embota la sensibilidad del paladar. El que va demasiado aprisa, llega tan tarde como el que va muy despacio.» Breves, proféticas expresiones que

sirven de fiel preámbulo a la conclusión del drama.

Realizada la unión de los amantes, no vuelve a presentarse el monje hasta la escena tercera del siguiente acto. Pero ¡qué circunstancias tan difíciles! Graves acontecimientos han tenido lugar en pocas horas. Romeo, insultado groseramente en las calles de Verona, detenido en medio de su felicidad por el fatídico rencor de un encarnizado enemigo de su linaje, paciente primero, después desesperado, ha tenido que vengar la muerte de su íntimo confidente, de su hermano de juventud, de su leal compañero Mercurio, cortando la vida de Tybal, el predilecto pariente, el más querido primo de la noble Julieta.

El príncipe, lleno de amarga pesadumbre, cansado de ver holladas las leyes, influido por los Capuletos, violentando su indulgente carácter, ha dictado un fallo de destierro; y el nuevo consorte, que aun no ha gustado las primicias de su amor, el infeliz victorioso, que maldice su infeliz estrella y comprende su infeliz percañe, ha buscado refugio en la celda del religioso, en el humilde albergue de su cariñoso protector.

Enterado de todo por Romeo, el monje ha salido en busca de noticias, y vuelve con ellas. Su alma, llena de resignación y filosofía, no presiente sin duda la espantosa tormenta que está a punto de estallar; su despejado juicio, aleccionado por la experiencia, al saber el mal, ha pensado en el remedio, y la esperanza del bien futuro se mezcla ya en su corazón con el dolor del infortunio presente. Así, pues, cuando el inquieto amante, estimando en su vida que el terrible pesar que le oprime, inquiere la resolución del príncipe, el buen sacerdote le contesta sin vacilar: «Un fallo menos riguroso que el de muerte ha pronunciado su boca. De aquí, de Verona, estás desterrado. No te impacientes, pues el mundo es grande y extenso.»

Al oír estas frases, la exaltación del joven se desborda.

«Fuera del recinto de Verona, exclama, el mundo no existe; solo el purgatorio, la tortura, el propio infierno. La proscricción es la muerte con un nombre supuesto: llamar a ésta destierro, es cortarme la cabeza con un hacha de oro y sonreír al golpe que me asesina.»

La tormenta ha estallado, la lucha se halla en su primer período de crecimiento; y antes que el poderoso timón de la sabiduría arrumbe la débil nave combatida, enormes oleadas de loco frenesí deben jugar con ella a su capricho.

«El destierro es un suplicio, no una gracia, prosigue diciendo Romeo: el paraíso está aquí, donde vive Julieta. ¿No tenías, para matarme, alguna singular mistura, un puñal aguzado, un rápido medio de destrucción, siempre menos vil que el destierro?—Tú no puedes hablar de lo que no sientes. Si fueras tan joven como yo, el amante de Julieta, casado de hace una hora, el matador de Tybal, si estuvieses loco de amor como yo, y como yo desterrado, entonces podrías hacerlo, entonces, arrancarte los cabellos y arrojarte al suelo, como lo hago en este instante, para tomar la medida de una fosa que aún está por cavar.»

La excepcional disposición de Romeo, con tan vivos y naturales colores reflejada, habría hecho de seguro sucumbir a la ciencia si el genio siempre inagotable de Shakspeare no se alzara omnipotente, para continuar elevando sin medida la actitud de sus grandiosos personajes. Sublime es la que muestra el desdichado amante; la voz de la nodriza, las concretas, desgarradoras frases vertidas al entrar, han puesto el colmo a la desesperación de Montague; el dulce bien por quien su alma suspira, llora y gime cual él, el nombre de Romeo la aniquila, lo propio que el disparo de un arma mortífera. ¿Cómo resistir a esta idea? «¡Oh! dime, religioso, prorrumpe el joven en su parasismo, dime en qué vil parte de este cuerpo reside mi nombre, para que pueda arrasar la odiosa morada.»

La borrasca ha llegado a su más culminante punto: un momento de duda, un instante de perturbación, y el propio acero que ha pasado el pecho de Tybal irá a hundirse en el de su contrario.

La solemne voz de Fray Lorenzo previene el golpe: su discurso, enérgico al principio, reflexivo después, mauantial de indulgentes esperanzas a lo último, todo lo convierte a efecto de una magia

irresistible. «Deten la airada mano, dice a Romeo. ¿Bres hombre? Tu figura lo pregonera, mas tus lágrimas son de mujer y tus salvajes acciones manifiestan la ciega rabia de una fiera. ¡Bastarda hembra de varonil aspecto! ¡Deforme monstruo de doble semejanza! me has dejado atónito. ¿Por qué injurias a la naturaleza, al cielo y a la tierra? Naturaleza, cielo y tierra te dieron vida, y a un tiempo quieres renunciar a los tres... Haces injuria a tu presencia, a tu amor, a tu entendimiento: con dones de sobra, verdadero judío, no te sirves de ninguno para el fin, ciertamente provechoso, que habría de dar realce a tu exterior, a tus sentimientos, a tu inteligencia. Tu noble configuración es tan solo un cuño de cera, desprovisto de viril energía; tu caro juramento de amor un negro perjurio, que mata la fidelidad que hiciste voto de mantener; tu inteligencia, este ornato de la belleza y del amor, contrariedad al servirte de guía, prende fuego por tu misma torpeza, como la pólvora en el frasco de un soldado novel, y te hace pedazos en vez de ser tu defensa. ¡Vamos, hombre, levántate! Tu Julieta vive,—un mar de bendiciones llueve sobre tu cabeza, la felicidad, luciendo sus mejores galas, te acaricia:—ve a reunirse con tu amante.»

¿Cómo desatender tan vigoroso lenguaje? ¿Cómo desoir la potente argumentación del veraz amigo y consejero? ¿Cómo rechazar, en fin, la seductora tentación de correr a las plantas de Julieta, solo castigo impuesto por el monje a sus injustos, frenéticos arranques?

La calma ha vuelto a los agitados espíritus, y esta milagrosa conversión debe recibir el merecido encomio. «Me habría quedado aquí toda la noche para oír saludables consejos», dice la Nodriza. «Si una alegría superior a toda alegría, agrega Romeo, no me llamara a otra parte, sería para mí un gran pesar separarme de ti tan pronto.» Sencillos, encantadoras frases con que cierra admirablemente Shakspeare esta borrascosa escena.

Como última de las muy notables en que resalta la figura de Fray Lorenzo citaremos la primera del acto cuarto. Los padres de Julieta, tergiversando la poderosa causal que ocasiona el acerbo pesar de su hija, atribuyendo a la muerte de Tybal su continuo lloro, han resuelto desposarla con París, y ya fijado en esto el intransigible Capuleto, el noble anciano, que tan bien ama lo caballeroso y lo cortés a lo pertinaz y a lo dominante, es inútil toda resistencia.

Romeo ha partido para Mantua, la indulgente y buena Nodriza, ayuda hasta allí de la aflijida joven, ha cambiado repentinamente de parecer, y ya harto comprometida, se niega a patrocinar sus amores.

Lady Capuleto defiende al conde su sobrino y odia a Montague. ¿A quién acudir? Propicio confidente del misterioso enlace que une los destinos de Julieta, solo queda el monje franciscano; solo, sí, en la celda de Fray Lorenzo puede aquella encontrar el consuelo y la protección que necesita.

Las circunstancias son, empero, difíciles, y solo acudiendo a un extremo recurso es dable salvar el conflicto en concepto del sabio religioso. Su joven protegida llega a él armada de valor y resolución, dispuesta a darse la muerte antes que su mano, unida a la de Romeo, sirva de sello a otro pacto. Nada asusta a la fiel y enamorada consorte; precipitarse desde lo alto de una torre, discurrir por las sendas de los bandidos, velar donde se abrigan serpientes, encadenarse con osos feroces, permanecer durante la noche en un osario repleto de rechinantes esqueletos, de fétidos trozos de amarillas y descarnadas calaveras, ser envuelta con un cadáver en su propia mortaja, todo lo osara, a todo está pronta para conservar la immaculada esposa de su dulce bien.

La profunda experiencia del monje, el gran conocimiento que tiene de las yerbas y las plantas, le han hecho poseedor de un misterioso narcótico, de un brebaje eficaz que opera el exacto símil de la muerte. Tenida por difunta, Julieta no será nuevamente desposada, el furor de Capuleto no se hará extensivo a nadie, Montague podrá renunciar secretamente con su amada, y un día quizá, terminadas las contiendas de los parientes, revocado el fallo del príncipe, una dicha y ventura general se extenderá a todos.

Así piensa en su interior Fray Lorenzo, mientras que la arrebatada joven invoca su auxilio. El aparente ánimo de esta le provoca; pero tendrá la fuerza, la calma y la tranquilidad necesarias en el crítico instante de la ejecución? Indispensable es convencerse de ello á todo trance y para evitar un compromiso supremo. Sí, lo es; y hé aquí la causa de la minuciosa, de la terrífica relación que hace á su protegida el sabio franciscano.

Rasgo maestro que todos reconocen, doctas plumadas que encierran todo lo docto y maestro que, de maestro y de docto, pueden encerrar los maestros rasgos de un ingenio privilegiado.

Shakspeare se muestra en la descripción de que hablamos tan profundo fisiólogo como inteligente conocedor de la época que retrata, é injurian su nombre, injurian su saber, hasta desconocen su genio los que, no harto pacientes para estudiarle ú ofuscados por su inmensa claridad, han pretendido recurrir al campo de la interpretación para darse cuenta de la belleza y propiedad que encierra este final escénico.

Otra notable figura de la tragedia es la de Mercucio, personaje de la entera creación de Shakspeare, nacido de su fantasía, puro compuesto de las dotes más singulares. Contraste de Romeo, hombre descortés, presuntuoso, increyente, pero siempre humorista, gracioso y satírico, ayuda admirablemente al realce y buen desarrollo del drama, preséntandole importantes componentes, de que carecía en su origen. Amigo y confidente del protagonista, perenne compañero del bueno y amable Benvolio, á entrambos ama y con entrambos se concuerda admirablemente, sin excusarlos por ello de sus picantes jocosidades.

Franco en demasía, su propia franqueza le excusa; licencioso oportuno, despeja de celajes las dudosas situaciones; atrevido y valiente, es el verdadero representante de la causa de los Montagues y el real y positivo adversario de Tybal, el intransigible defensor de los Capuletos.

Mercucio conoce todos los refranes, todas extrañas relaciones, todas las agudezas que pueden aplicarse á una situación determinada, y los ensarta sin piedad ni compasión para satisfacer su incansable afán de hablar, cuidándose poco ó nada de los sentimientos que ataca, de la gravedad ó importancia de las personas que le oyen. Á las puertas del palacio de Capuleto, enristra con Romeo, se burla de su amor, combate sus escrúpulos, y tomando pié de una confesión inocente y natural, se aferra al aéreo carro de la reina Mab, y le sigue incansable por las mil extrañas revueltas del fantástico sueño.

Una advertencia de Benvolio le remonta al más original espiritismo, y le hace descender á la más grosera conclusión; la vetusta faz de la Nodriza desata su lengua licenciosa; una pura reconvencción de Tybal presta pábulo á sus sarcásticos insultos y le lanza á la lucha. Herido de muerte por su contrario, ni se alarma, ni cambia de hábito; la estocada, que le ha llegado á través del brazo protector de Romeo, no es tan profunda, en su concepto, como un pozo, ni tan ancha como una puerta de iglesia, pero hará ciertamente su efecto.

Tal es, tal se muestra Mercurio desde que empieza hasta que concluye: la burlesca sonrisa, el dicho agudo, no le abandonan ni en el crítico instante de perder la vida; esencia de su naturaleza extraordinaria es la mofa, y por eso, al concluir, no teniendo de quién burlarse, se burla de sí mismo. «Créemelo, dice á Romeo; para este mundo estoy en salsa. ¡Maldición sobre vuestras dos familias! Ellas me han convertido en pasto de gusanos.»

Segun un muy respetable crítico, M. Dryden, Shakspeare se vió en la necesidad de matar á Mercucio en medio de la pieza, para que Mercucio no acabase con él; pero en esto hay falta de verdadero criterio. El inmortal poeta, que ha sabido presentar, desenvolver y llevar felizmente á conclusion otros tan difíciles caracteres como el de que ahora nos ocupamos, habría podido, variando de ánimo, dar vida más duradera al amigo y compañero de Romeo, sin riesgo de sucumbir. «La muerte de Mercurio, dice Johnson, no ha sido en manera alguna precipitada; ha vivido el tiempo que le estaba asignado en la construcción de la pieza.» «Su fin, añade Victor Hugo, no es un

accidente intempestivo, resulta lo de un súbito capricho, de una imaginación fatigada: es el acontecimiento necesario, de donde debe surgir el desenlace. Tybal tiene que matar á Mercucio, á fin de que Romeo mate á Tybal.»

El papel de la Nodriza, secundario ciertamente, llama sin embargo la atención por la extrema propiedad de que le ha revestido la suprema concepción del poeta. El vulgo, como dice con harto juicio M. Taine, jamás sigue una directa línea de razonamiento; vagando entre cien incidentes, dando vueltas alrededor de una idea, produciendo infinitas repeticiones, llevado sin cesar á la senda del último pensamiento que cruza por su mente, se afana horas tras horas por alcanzar una sonrisa, y conseguida no puede sufrir que se le escape. Este exacto, este verdadero símil del vulgarismo, se ajusta admirablemente á la madre Prudencia: ella quiere, ella ama á Julieta porque la ha criado, y no puede prescindir, por lo tanto, cuando la hablan de la infancia de su niña, de ensartar las viejas, las mil veces contadas ocurrencias de su crianza, deténgala ó no en su relato, las produce; deténgala ó no las comenta; y al comentarlas, olvida por completo el asunto que ha dado margen á la historia, y solo viene á él cuando, ya fatigada la lengua, sin otra recompensa que su propia hilaridad, tiene necesidad de reposo.

Impúdica, licenciosa, de buen corazón, mezcla de pronunciado cinismo y de ridícula dignidad, sensible y egoísta á un propio tiempo, atrevida, medrosa y voluble segun las circunstancias, patrocina durante los dos primeros períodos del drama los amores de Julieta; es la secreta y activa confidente del matrimonio de Romeo, la fiel mensajera de los infelices esposos, la ciega admiradora y panegirista de Fray Lorenzo. Contraria de Tybal, lamenta su muerte con penetrantes chillidos, le ensalza hasta las nubes, reniega de su asesino y concluye por traer á éste á la alcoba de Julieta. Censura del paterno abuso, falta de tacto y penetración para apreciar el grado de familiaridad que Capuleto le dispensa, cree poder mezclarse en los serios y graves asuntos de la familia; y al verse humillada, al sentirse deprimida por el orgulloso imperio de su señor, en vez de rebelarse empuje, en vez de fortalecerse cobra miedo, y olvidando cuanto ha hecho en pró de Julieta, sin medir los compromisos que la envuelven, cambia repentinamente de idea, y después del borrascoso final de la escena quinta del acto tercero, da por todo consuelo á su protegida que se case con París.

El carácter de la Nodriza, lo decimos de nuevo, se halla fielmente dibujado. Es el fiel tipo de esas viejas, asquerosas, consentidas serviciales de las grandes familias, á quienes por hábito se sufre, á quienes, en fuerza de su misma antigüedad, se consulta en los caseros asuntos, á quienes odian y maldicen los criados. Shakspeare, con la charla la ha dado el origen, con el asma le ha impreso el ridículo, con lo mudable, la condición esencial de su carácter.

Para acudir á la terrible prueba del narcótico, preciso era que Julieta se viese desamparada de todos, que solo hallara recurso en la profunda ciencia de Fray Lorenzo. El postrer consuelo de la joven acababa de naufragar; la fuga de la casa paterna era imposible. La imprudente negación del aya debía precisar la verosimilitud dramática, y este magnífico toque no podía escapar al maestro pincel del gran poeta.

Y aquí viene de punto hablar sobre el carácter de los esposos Capuletos. Algunos críticos han tachado á Shakspeare el no haberlos representado con más dignidad y elevación de conducta, considerando impropio de su alto linaje la casi jovial grosería que ostentan de ordinario y la innatural impiedad con que tratan á su hija. Los que tal sostienen, olvidan, seguramente, que esa acritud, que esa obstinación, son el principal justificante de Julieta. Joven, pura é inocente, arrastrada por el amor sublime á los mayores extremos, cómo pudiera, sin sentir dureza semejante, arribar hasta el suicidio? El genio duro, pertinaz y despota de Capuleto es el que requiere el jefe de la enemiga casa de Montague para mantener el odio tradicional de su familia, es el que demanda la suprema decisión del monje franciscano, es el que exige

la concentrada cólera de Tybal, el indiferentismo de lady Capuleto y el inesperado, cínico cambio de la Nodriza. Dulce, benigno, indulgente, á más de hidalgo y caballero, nadie habría temido al padre de Julieta, todo se hubiera trocado en lo contrario, esta exquisita pieza no llevaría el nombre de tragedia.

Shakspeare todo lo ha medido, todo lo ha pesado concienzudamente en ella; su genio poderoso ha revestido de tales encantos, de tal propiedad, grandeza y similitud este seductor compuesto, que ha desecado los manantiales que contribuyeron á darle vida. ¿Qué son hoy las tradiciones, las leyendas, los poemas, que antes del drama presente ya exaltaban este episodio de amor sublime? Si se citan, si se comentan, si se buscan, á Shakspeare lo deben; los nombres de sus héroes despiertan siempre la memoria de este inmortal maestro.

Y, sin embargo, lo acabamos de apuntar ahora mismo, y lo hemos también dicho al comenzar el prólogo, Shakspeare buscó en fuentes extrañas el argumento de su magnífica composición. Los nombres, incidentes, situaciones, la mayor parte de los detalles y caracteres que aparecen en la historia de que hablamos se encuentran en otros libros igualmente determinados.

Luigi Da Porto, oficial oriundo de Venecia, los compiló en una novela que vió la luz en 1535, seis años después de su muerte, aseverando que le fueron contados por un tal Peregrino, viejo arquero de su regimiento, que le hizo compañía en cierto viaje de Gradisca á Udina, á través de los entonces devastados caminos del Frioul. Segun el relato de Da Porto, el triste suceso de Romeo y Julieta tuvo lugar á principios del siglo XIII, cuando Bartolomeo de la Escala era señor de Verona.

La sangrienta rivalidad de los Montescos y Capuletos, la entrevista de los amantes, el injusto desafío de Tebaldo, su inmediata muerte, el destierro de su matador, la intervención del monje franciscano, la entrega y toma del narcótico, el terrible sopor de Julieta, su enterramiento en el cementerio de San Francisco, la trasmisión de esta noticia por conducto de Pedro, el suicidio de Romeo, forman en compendio el contenido de la novela citada, que en su parte final ofrece el doloroso cuadro del reconocimiento de los esposos.

Veinticuatro años después del fallecimiento de Da Porto, y diez y ocho á contar de la publicación de su *Giulietta*, un acreditado romancista, el monje dominico Mateo Bandello, hizo reaparecer en un nuevo libro, compilación de cuentos, dado á la estampa en Luca, el relato anterior, que, contenido de reformas y adiciones de poca monta, logró pasar como de su propia inventiva. Este libro obtuvo un gran éxito, y de aquí seguramente el que Pedro Boisteau, de origen breton, se hiciera de él y trasladara á su idioma la trágica relación de Romeo y Julieta, introduciendo en ella dos novaciones de suma importancia, el original carácter del Boticario y el desenlace final, que hace morir á los amantes sin alcanzar la última y suprema entrevista en el cementerio.

Pedro Boisteau dió á luz la cambiada traducción del romance de Bondello, sobre el año 1559, y basada en ella, aunque con graves alteraciones, en 1562 la historia fué convertida en un poema inglés por Arthur Brooke, bajo el siguiente título: *The Tragical History of Romeus and Juliet, containing a rare Example of true Constancie: with the subtill Counsels, and Practices of an old Fryer, and their ill event.*

Este poema, publicado por Richard Tottel, se reimprimó por el propio librero en 1582.

En el de 1567, es decir, en el intermedio de las dos ediciones que acabamos de citar, William Paynter tradujo literalmente la versión de Boisteau y la insertó en el tomo 2.º de una compilación de diversos cuentos, titulada *El palacio del placer.*

¿Cuántos ensayos, cuántos afanes para inmortalizar una triste, lamentable historia, digna de inmortal, lamentable recuerdo!

Asunto de amor, el más sublime de los sentimientos humanos, Shakspeare, el más profundo conocedor de las pasiones, debió gustarlo con avidez, y aficionado á lo antiguo, á lo curioso, á lo es-

condido y extraordinario, halló, de seguro, en la historia citada, el mejor argumento del exquisito drama con que soñaba su imaginación. Pero ¿cuál de los libros, cuál de las obras que hemos apuntado sirvió de original?

Verplanck sostiene que Shakspeare, exceptuando el ideado carácter de Mercurio, lo tomó todo de Brooke; Malone y Heervin, dando como harto probable que el poeta sacase determinados antecedentes de la novela de Paynter ó de alguna otra traducción en prosa de Boisteau, aseguran, como Verplanck, que el poema inglés es la indiscutible base del drama en cuestión; M. Lloyd, apoyado en Walker, asevera que la tragedia *Hadriana*, de Luigi Grotto, única que consigna la magnífica escena del ruiseñor, y en la que aparece una antitética definición del amor, enteramente igual á la que Shakspeare produce en su tragedia, determina el directo origen de esta última; Francisco Michel, conviniendo en que la mayor parte de los toques de Romeo y Julieta guardan estrecha analogía con los que relata en su historia Girolamo della Corte (1), acepta como fundamento más probable de la tragedia inglesa el que determina el comentarador Malone; Le Tourneur la hace pura emanación del romance de Bandello.

Vista, pues, esta variedad de opiniones, ¿qué debemos juiciosamente pensar?

A resolver tan solo por la más general concordancia, el poema debió ser la legítima fuente en que se inspiró el poeta. Prescindiendo del fondo de la historia, en que todos convienen, el último, lo mismo que Brooke, apellida Montagues á los parientes de Romeo, Fray Juan al mensajero del hermano Lorenzo y Freetown á la residencia de los Capuletos; determina las personas que deben concurrir al festín del conde, y llama Escalus al príncipe de Verona.

Paynter no personifica á los convidados; dá el nombre de Villafranca á la tradicional mansión de los Capuletos, y el de Signor Escala, ó señor Bartolomeo de la Escala, al primer jefe magnate de la ciudad. Tales diferencias, por pequeñas que aparezcan, prueban irrecusablemente, como ya lo hemos dicho, que Shakspeare siguió paso á paso el poema de Brooke.

Si además de la general se toman en cuenta las concordancias particulares, si no solo el conjunto sino los detalles, por insignificantes que sean, deben hacernos formar una opinión, creemos que Shakspeare sacó antecedentes de Paynter y de Grotto. El primero dió á luz su libro en 1567, cinco años después de la publicación del poema, siguiendo fielmente el texto de Boisteau, libro apreciado por todos los eruditos de la época, y que, por la exactitud de su versión, debió conocer y consultar el autor de *Romeo y Julieta*. La magnífica y encantadora escena del ruiseñor, aparte de otras notables similitudes, induce á creer lo que hemos apuntado del segundo.

Tal es lo que juiciosamente se desprende, y lo que han pensado sobre el particular de que hablamos los más doctos y eruditos literatos. Que Shakspeare, curioso, prolijo, amante de las antiguas leyendas, rebuscador de viejas tradiciones, de rarezas literarias, tuviese á la vista otros antecedentes, no es cosa por cierto que pondremos en duda.

La trágica relación de que nos ocupamos se remonta á épocas bien anteriores, y guarda hasta sorprendente analogía con diversos hechos históricos. Piramo y Tisbe se amaron como Julieta y Romeo, y contrariados en su pasión, tuvieron un fin semejante. Jenofonte de Efeso, en su poema *Los Efesiacos*, relata una ocurrencia del todo parecida; Girolamo della Corte, refiriéndose al año de 1303, también la consigna en su *Historia de Verona*; Masuccio di Salerno, novelista antiquísimo, la cuenta en su *Novellino*; Thomas Dalapeend, en su fábula de *Herma-phroditas y Salmacis*, hace mención de ella; B. Rich, en su diálogo entre Mercurio y un soldado, asevera que el asunto, por demasiado tradicional, se hallaba representado en tapices.

De todos modos, llegaron ó no estos antiguos datos á manos del poeta, innecesarios debieron ser después de la publicación de Bandello y de las versiones que de ella se hicieron. JULIETA Y ROMEO

(1) - *Istorie di Verona*, del Signor della Corte, édit. de 1594.

no puede, no debe considerarse hija sino de estos últimos y precisos originales.

Si, lo repetimos, hija de ellos, mas solo por su argumento; hija, engendro exquisito y primoroso de Shakspeare, por las mil bellezas que atesora, por las felices y acertadas innovaciones que presenta, por los maestros toques que le han dado vida inmortal.

Lope de Vega, poco antes que Shakspeare, dió á luz una pieza basando su argumento en la leyenda italiana; ¿por qué este trabajo, sin duda correcto, espiritual, ligero, divertido, con todos los méritos y defectos de las comedias de capa y espada, no ha llegado ni con mucho á la altura del drama inglés?

Oigamos lo que sobre el particular nos dice uno de los más sensatos, de los más profundos admiradores del autor de *Hamlet*:

«La pieza española carece de las cualidades supremas, le faltan la observación que escudriña el interior del alma, la imaginación que crea los caracteres, la concentración que regula el movimiento; hay en ella acción, pero no hay vida; todos sus personajes se agitan, pero no respiran; hablan, pero no piensan; gimen, pero sin sentir; se nos muestran como autómatas, que hace mover á la casualidad un irresponsable capricho. Shakspeare ha vengado á los amantes de Verona de las ironías de Lope, les ha vuelto su pérdida terneza, su inquebrantable fidelidad, su fin sublime. El drama inglés, prosigue diciendo el célebre escritor de que hablamos, no es la parodia, es, sí, la resurrección de la leyenda italiana. Shakspeare ha reanimado con un soplo soberano todas esas figuras, que yacían envueltas en el manto de la tradición: Romeo, Julieta, Tybal, la Nodriza, el Monje, Capuleto. El poeta, no solo ha hecho revivir los personajes de la historia, sino que ha vuelto la época de ella.»

Victor Hugo tiene razón. La Italia del siglo XIV, la Italia de los bandos, de los partidos, de las reyertas, se nos muestra tal cual era, tal como se representaba en cada Estado, en cada población, en cada familia. Güelfos contra Gibelinos, Blancos contra Negros, Orsini contra Colonos, Capuletos contra Montague, todos en disensión continua, ensangrentando las calles, burlando las leyes, satélites del odio conspirando contra la humanidad.

¿Pero á qué insistir más sobre puntos que ya se encuentran sobradamente ventilados? La excelencia del drama inglés, su ventajosa superioridad ha pasado al dominio de lo indiscutible, y los pocos lunares que aun pretenden encontrarle la crítica moderna son nuevos toques de belleza, rasgos más bien de admirable propiedad, en concepto de ilustres y eruditos pensadores.

Si, el desenlace de JULIETA Y ROMEO llevado á cabo por Shakspeare segun Brooke y Paynter, esto es, de acuerdo con las innovaciones hechas por Boisteau, no merece fundada censura. Da Porto en su novela y Bandello en su romance, presentan una última entrevista de los amantes en el cementerio; Montague, ya apurado el tósigo fatal, siente respirar á su adorada, oye su dulce voz, y ébrio, enajenado de gozo, olvidándose por un momento de la muerte que ya le oprime en sus garras, exclama: «¡Oh cielo, vida de mi vida, corazón de mi cuerpo! ¿quién jamás experimentó placer tan grande como el que siento en este instante?» (1).

¿Fúlgida ilusión! El terrible veneno, devorando las entrañas del infeliz esposo, le torna á la realidad, y esta realidad, que el propio Romeo descubre á su bien querido, ocasiona una escena de dolorosos ayes, que prolonga la angustia pero no hace más sublime el dolor. «No, hay una medida de agitación, dice el concienzudo Schlegel, más allá de la cual todo lo que se agregue causa tortura, sin acrecentar la impresión del ánimo.»

¿Qué más puede expresar el sentimiento, qué más puede decir el amor infortunado que lo que dice y expresa Romeo antes de morir? ¿Qué más honda sensación que la de Julieta al escuchar el breve relato de Fray Lorenzo? ¿Qué mayor tristeza que la que imprimen estos dos sublimes suicidios?

Que Shakspeare ha tenido fundadas razones para no dar fin á la tragedia con

la muerte de Julieta, lo comprueban con doctos escritos muchos distinguidos literatos. «La afectuosa reconciliación de los dos enemigos (Montague y Capuleto), la justa defensa del sabio monje, dice Tieck, justifican la continuación del drama. Para que la glorificada esencia de éste hiciera tangible al alma del oprimido oyente el íntimo fin moral del poema, se requerían los últimos detalles que consigna en su obra el inmortal poeta.»

Victor Hugo, á quien ya en este prólogo hemos citado más de una vez, apoya también el final de que tratamos.

«En lugar de concluir su drama con el anatema de la desesperación, Shakspeare le ha reunido en un grito de esperanza. La lucha entre el amor y el odio se termina en definitiva por el éxito del buen principio; la batalla, que parecía haber perdido el amor, se acaba, gracias á un cambio repentino, con la derrota del odio. La muerte de los dos amantes opera la reconciliación que no había podido llevar á cabo su enlace; los mártires convierten á los verdugos, las víctimas se llevan el triunfo. ¡No más querellas intestinas en lo futuro, no más venganzas domésticas! Los Capuletos tienden la mano á los Montague, Eteocles abre los brazos á Polinice, Tieste se arroja á los pies de Atreo. El sacrificio de Romeo y de Julieta es el holocausto expiatorio, que debe por siempre apaciguar las furias del fratricidio.»

El violento fin de París en el cementerio, ante el panteón que encierra el cuerpo de su prometida, también ha sido objeto de crítica. Escritores de alta reputación han tachado á Shakspeare este nuevo desastre que presenta en su grandiosa tragedia, considerándolo como innecesario, y hasta cierto punto repugnante y odioso.

¿Es acaso fundada esta objeción? El erudito doctor Heinrich Theodor Röttscher, en su valiosa obra titulada *Filosofía del Arte* (1), ha probado que no de un modo concluyente. París, sin verdadera pasión, atacando el dominio de la libre individualidad, se empeña en llevar adelante el matrimonio de pura conveniencia que ha tratado con los padres de Julieta, y es, por consecuencia de su inmoral prestación, el verdadero y legítimo causante de todos los infortunios que acaecen.

La muerte de Tybal, el destierro de Romeo, habrían tan solo producido tormentos, lágrimas, acaso desesperaciones prolongadas, pero no extremas. Julieta, libre de violencias, mantenida en su fe, conforme con su esperanza, no hubiera querido matarse, no hubiera apurado el fatal narcótico; Romeo, impaciente en Mantua, pero viviendo y subyugándose por su amor, no se hubiera arrojado al suicidio.

La tenaz insistencia de París, su prosaica inclinación, su falta de talento para adivinar el verdadero motivo de la repugnancia de Julieta, son pues, como antes hemos indicado, los poderosos determinantes de la horrible, amorosa catástrofe.

¿Debían quedar impunes semejante violencia, tamaña ceguera, ataques tan contrarios á la justicia y la moral? No, el triunfo completo de la buena causa era indispensable en la tragedia, y por eso Shakspeare hace que París acuda al cementerio y que sucumba á manos del único, legítimo juez que debe castigar su presunción y su torpeza.

Y con esta última manifestación damos fin á nuestro prólogo. Si peca de extenso, si, traspasando los límites del traductor, hemos entrado en análisis y en consideraciones que atañen al dominio de la crítica, sea nuestra excusa sincera el indecible entusiasmo, la ferviente devoción que nos inspira el inmortal poeta, cuyas gigantescas figuras, cuyos sorprendentes cuadros le hacen, á diferencia de Corneille y de Racine, la universal personificación de todas las edades, la viva imagen de todos los sistemas.

M. DE D. H.

EL PERRO.

La imparcialidad es una de las cualidades que más recomiendan los escritos históricos: y por cierto es la que menos sobresale en ellos, bien

(1) Vol. IV, ROMEO AND JULIET, Analyzed, with especial reference to the Art of Dramatic Representation. Berlin, 1842.

que en todo tiempo ha sido tarea harto espinosa retratar á los hombres tales como realmente han existido; por eso recorremos las páginas de la historia, y nos confundimos al observar un caos de opiniones contradictorias acerca de los hechos de este ó aquel personaje. ¿Y esto qué prueba? Que desde la época más remota hasta los tiempos que alcanzamos, los historiadores no han sido imparciales, que cada uno aisladamente ha mirado al hombre, como dice Montaigne, «por el balcón de su propia conciencia,» y el hombre que juzga segun esta manera de ver, no es posible que narre con imparcialidad. Por lo tanto, ¿dónde encontraremos nosotros héroes no lisonjeados ó no calumniados?... ¿Dónde? Ahora lo veremos; me propongo hacer un fragmento de historia imparcial; voy á hablar de los perros, seguro de que estos no vendrán á reconvenirme si vitupero sus defectos, ni á darme las gracias si alabo sus buenas cualidades.

Lejos de observar el órden analítico de un naturalista, hablaré de este animal segun me acuerde de las distintas razas que existen, sin que tampoco por esto se entienda que contraigo la obligacion de analizarlas todas.

El perro de aguas, fiel, inteligente, diestro, hace el ejercicio y otras habilidades; se lanza intrépido en el agua para coger el baston de su amo; se lava, se peina y se alinda antes que los niños; es bastante sufrido para prestarse pacíficamente á los juegos crueles y tiránicos de los bulliciosos herederos de su amo.

Signiéndome, pues, mi sistema de imparcialidad, diré que se han exagerado mucho las cualidades del perro, concediéndole cualidades propias del hombre social: se han inventado otras expresamente para él; á tal punto que si esta admiración no se explicase naturalmente por el afecto que tienen los hombres hacia lo maravilloso, por una necesidad de creencias, que hace, como dice Pascal, que á falta de verdad acogemos lo falso, me inclinara á creer que el perro no es más que un contraste, una anátesis, creada por la civilización para dar en rostro á los hombres con sus vicios, como Tácito en otro tiempo de una población de salvajes formó un tipo admirable, el cual prestó todas las virtudes de que carecían los romanos. No hay duda que las facultades instintivas de este animal excitan la admiración y el afecto.

Observemos al perro de Groenlandia, por quien su amo atraviesa desiertos impracticables para los demás animales.

Dirijámonos al perro del pastor; señor severo, defensor intrépido y obediente asociado.

Perro especialmente al compañero natural del hombre, al perro de caza, cuyo retrato dirá más que nuestra seca descripción.

Es un compañero casi indispensable para el cazador un buen perro de caza, pues solamente él puede hacer que ésta sea abundante, por la misma razón en todos los tiempos han existido leyes contra estos perros.

Entre los perros útiles debemos incluir al dogo, al mastin, al guarda, al portero, al cervero de nuestras casas, más poderoso en favor de la propiedad que el nuevo Código penal.

Perro los perros más queridos, festejados y acariciados son los inútiles para sus amos, incómodos para las personas extrañas. Mucho tiempo ha reinado la moda del falderito de lanas, perpetuo invasor de los sillones, de los sofás, y aficionado á morder las pantorrillas de los amigos de la casa; haragan, gruñon y goloso.

El danés, perro de orejas mutiladas, impertinente, aunque de buen tono, perro que por poco mata á J. J. Rousseau, derribándole y haciendo que se hiriese la cabeza sobre el pavimento.

Estos animales tienen dos enfermedades propias y características á su especie, la una incómoda y peligrosa para ellos solamente; esto es, el moquillo; la otra no solo nociva á ellos, sino muy dañosa para el hombre que tiene la desgracia de tropezar con un perro; esto es, la rabia. Se dá el nombre de rabia al conjunto de los fenómenos que resultan en el hombre de la mordedura de los animales rabiosos. Muchas veces se ha designado bajo el nombre de *hidrofobia* (que significa horror al agua); pero esta aversión hacia los líquidos se manifiesta en diversas aficciones nerviosas, y por consiguiente, la palabra *hidrofobia* debe más bien designar uno de los síntomas de la rabia, que la rabia misma.

Esta enfermedad es susceptible de desarrollarse espontáneamente en el perro, en el lobo, en el gato y la zorra, quienes pueden transmitirla despues á otros cuadrúpedos ó al hombre; pero no está probado que se manifieste sin mordedura precedente en los animales de otra especie, ni que estos puedan, cuando han sido mordidos, comunicarla á otros individuos. Algunos médicos han considerado la rabia en todos los casos como el efecto de una imaginación muy afectada, pero la opinión general atribuye esta temible enfermedad á la acción de un virus particular depositado en la llaga producida por la mordedura.

La rabia es una enfermedad aguda, caracterizada con accesos de furor, y con vehementes deseos de morder á menudo, acompañada de la aversión al agua, y convulsiones al ver cuerpos brillantes y luminosos.

Esta enfermedad, como ya lo hemos dicho, sobreviene espontáneamente á algunos animales; el hombre y otros muchos animales no son atacados de ella más que por la mordedura de uno ya enfermo, por el contacto ó la introducción de su baba en una herida, ó en una part cubierta con una piel muy fina.

Cuando la rabia se declara en el perro, éste aparece primero triste, abatido, se sienta en un rincón, gruñe con frecuencia, sin causa aparente, sobre todo contra los extraños, á los cuales

procura morder; rehúsa los alimentos, la bebida, ó toma de todo, pero en corta cantidad.

Despues de dos ó tres días de este estado se aumentan los síntomas; el animal deja de prontol a casa de su amo, huye por todos lados, pero su andar es incierto, su lana se eriza, su mirada se extravía, marcha con la cabeza baja, con la cola entre piernas, y arrojando por la boca una baba espumosa y con la lengua de fuera; entonces experimenta accesos de furor que le atacan por intervalos, y se lanza sobre los animales que se halla al paso, los muerde y continúa su camino. En este grado de enfermedad el animal no toma ningun género de alimento y huye de toda clase de bebida.

Sin embargo, algunas veces se le ha visto comer, beber y atravesar los rios, pero por el concurso de estos signos se puede juzgar de la naturaleza de la enfermedad; más siempre desconfiemos de la mordedura que hace un animal que no ha sido provocado.

En su consecuencia, es un deber de todo buen ciudadano vigilar atentamente el estado de los animales que tenga en su casa, y desde los primeros signos de la enfermedad de un perro, debe por la propia seguridad de su familia y por la tranquilidad pública, ó sacrificarle al momento, ó encerrarle en un patio, ó en un paraje aislado donde no pueda escaparse.

Cuando un hombre ha sido mordido por un animal rabioso, dice el doctor Comte, su primer cuidado debe ser el de lavarse al momento la herida, apretarla en diferentes sentidos para esprimir la sangre y extraer la baba que el diente del animal ha depositado allí. Para este objeto puede emplearse el agua de una fuente ó la del primer arroyo que se encuentre; pero las lociones serán más eficaces si se emplea el agua caliente mezclada con jabon y sal; el agua hirviendo, el agua de legía y el orin caliente son también remedios muy eficaces.

Despues de esta locion primera, que debe hacerse con sumo cuidado y continuarse lo ménos por espacio de diez minutos, es preciso quemar la parte mordida, bien aplicándole un hierro candente, bien un cáustico tal como el agua fuerte ó otra sustancia de la misma naturaleza.

«El mismo tratamiento debe emplearse con respecto al ganado que ha sido mordido por un animal rabioso; sin embargo, si la mordedura se ha limitado á la cola, á la oreja, ó en una parte de poca importancia para la vida, es más sencillo cortar al instante algo más de la parte mordida.»

Despues de estos procedimientos empleados contra la rabia, no será ocioso mencionar las recientes observaciones que acaba de hacer un vecino de Puerto Real, llamado D. Fernando Guerra de la Vega, acerca de la existencia de una planta que, segun él, puede también emplearse como antídoto contra la hidrofobia. Se llama este remedio *corteza de almazo*, pero añade que el exámen aislado de esta corteza no proporcionará todo el conocimiento que se desea inquirir, porque la corteza de este raro árbol tiene una perfecta semejanza con la del laquido ó roble, sus hojas con la de la encina, y su fruto con la bellota del alcornoque, aunque algun tanto más esférica en su figura, pero también se diferencia de las demás bellotas conocidas en su sabor particular. Además indica, para mayor esclarecimiento, que este arbusto es vulgarmente conocido con el nombre de *mesto*, el cual debe entenderse por sinónimo de *mirtó*.

Igualmente asegura el Sr. Guerra de la Vega que todas las personas y animales que han usado de este preservativo han evitado el desarrollo de la infección hidrofóbica, siendo en todos análogos sus resultados, y sin producir acción sensible sobre la economía al neutralizar el virus hidrofóbico.

El *Boletín de medicina y cirugía* del 16 de Setiembre de 1851 publicó un artículo que da cuenta del resultado obtenido con la virtud especial de la corteza del almazo en siete años de experimentos, todos satisfactorios, y se refiere además á un rico labrador que usa de este vegetal con mucha frecuencia para impedir el desarrollo de la hidrofobia en su ganado, obteniendo siempre un éxito conforme á sus deseos.

Añadiremos de paso que el Sr. Guerra de la Vega es un comandante graduado de artillería, y sus últimas explicaciones acerca de la materia indica muy oportunamente que escribe en una materia ajena de sus conocimientos, por lo cual, á nuestro parecer, son más de admirar y agradecer sus observaciones, harto benéficas á la humanidad.

A lo dicho anteriormente, será bueno añadir, por vía de complemento, algunas observaciones respecto al perro, para lo cual le pondremos en relacion con la historia y la civilización. Los griegos y los romanos adiestraban á sus perros con especial cuidado, y el mismo Jenofonte no se ha desdénado de entrar en algunos detalles sobre el conocimiento y la educación de estos animales.

Se hace mención en la historia de un pueblo de la Etiopía, que fué gobernado por un perro, cuyos ladridos y movimientos se estudiaban y consultaban en circunstancias importantes y espinosas. Sajon el gramático refiere que Osen, rey de Suecia, despues de haber subyugado á la Noruega, la hizo gobernar por un perro, al cual dió el nombre de Suening, obligando, por ignominia, á los rebeldes á rendir pleito homenaje á este gobernador de nueva especie.

El perro del padre de Pericles fué el héroe de su raza: habiéndose embarcado sin él para pasar á Salamina, el animal se precipitó en el agua y siguió á nado el navío. Este precisamente es el lugar de referir el rasgo de Alcibiades y su perro, en el cual este último no hace más que

un papel pasivo. Alcibiades tenía un perro de una estatura extraordinaria y de tan gran belleza, que le compró en setenta minas (cerca de veintisiete mil reales de nuestra moneda), y mandó que le cortasen la cola, que era justamente lo que más hermoso tenía. Sus amigos le recomendaron, diciéndole que todo el mundo hablaba de esta acción, y le vituperaban mucho por haber dejado imperfecto a un perro tan hermoso.

—Eso es lo que yo quiero, respondió Alcibiades riéndose; que los atenienses se entretengan con esto, para que no hablen de otra cosa, y no digan de mí otras peores.

¡Cuántas veces se ha parodiado este rasgo entre nosotros, y siempre con el mismo éxito, pues tal es la ligereza de los modernos atenienses!

En las medallas antiguas, el perro aparece como el símbolo de la fidelidad. A Mercurio le dan este símbolo por su vigilancia y por su industria en hallar lo que busca. Diana tiene sus lebreles a su lado: en varios pueblos de la antigüedad inmolaban el perro a Mercurio y al dios Marte; estaba en gran veneración entre los egipcios, y sobre todo, en la prefectura Cino-politana. Anubis era allí adorado bajo la forma de un perro; el respeto hacía estos parece que se funda en que Osiris é Isis tenían un perro destinado a su guarda; más otros refieren que después que Tifon asesinó a Osiris, un perro guardó al cadáver y condujo a Isis al sitio donde el asesino se había ocultado, y para pasar a la posteridad la memoria de la fidelidad de este perro, en las ceremonias celebradas en honor de Isis, los perros marchan a la cabeza.

Los romanos, al contrario, aborrecían a este animal desde que los perros a quienes estaba confiada la custodia del Capitolio se dejaron sorprender por los galos.

Todos los años tenían la costumbre de sacrificar a un perro, mientras que paseaban en triunfo por la ciudad una oca, que colocaban en una magnífica litera, y a cuyo animal colmaban de honores, en memoria del importante servicio que había prestado a los romanos, supliendo a la ficticia vigilancia de los perros.

Pyrrad, en sus *Viajes a las Indias Orientales*, dice que los perros son tan aborrecidos en las Maldivas, que si uno de estos animales toca a algún habitante, éste último corre inmediatamente a bañarse para purificarse; al paso que Tavernier, en sus *Viajes a Turquía, Persia y las Indias*, habla de una población india, en la que los perros son venerados.

El afecto que algunas personas han tenido a sus perros ha rayado casi en locura; el duque de San Simon, en sus Memorias, al hablar del general Vandoma y del cardenal Alberoni, dice que el primero se acostaba en la cama con una infinidad de perros. Tampoco habrá quien ignore que Enrique III decía con frecuencia que amaba más a sus perros que a su pueblo.

«Nunca olvidaré, dice M. de Sully, la actitud extravagante en que se encontraba este príncipe cierto día en su gabinete. Tenía la espada a un lado, una pequeña capa sobre sus hombros, una especie de toca en la cabeza, y una cesta llena de perritos colgada a su cuello por medio de una ancha cinta, y le ví tan inmóvil, que nos hablaba sin mover la cabeza, ni los pies, ni las manos.»

Los mahometanos tienen en sus ciudades más populosas hospitales consagrados a estos animales, y un viajero español asegura que al recorrer estos puntos observó que los mahometanos ricos al morir legaban pensiones a los perros, y que se pagaban gentes para que ejecutasen las voluntades del testador. ¿Y dejaremos de mencionar en este artículo, que Leibnitz ha hecho mención de un perro que hablaba? En fin, si mal no recordamos, nos parece que el año 34 ó 35 llegó a nuestras manos un librito que se publicaba en París con el título de *Histoire des chiens célèbres*, cuya obra nos pesa en este momento no haber leído, pues acaso nos hubiera demostrado cosas curiosas.

El perro ha sido también un objeto digno de la pluma de un escritor tristemente célebre del siglo xviii. Hé aquí algunas reflexiones de Voltaire acerca de este animal.

«Parece que la naturaleza ha concedido el perro al hombre para su defensa y para su recreo. De todos los animales es el más fiel y el mejor amigo que puede haber encontrado el hombre; parece que hay muchas especies de estos animales enteramente distintas. ¿Cómo pensar que un lebrele provenga originariamente de un perro de agua? No tiene de él ni la lana, ni las piernas, ni la cabeza, ni las orejas, ni el ladrillo, ni el olfato, ni el instinto. Un hombre que no hubiese visto, en materia de perros, más que los de agua ó los falderos de lanas crecidas, y encontrase un lebrele por vez primera, le tomaría más bien por un caballo enano que por un animal de aquella raza...»

Cuanto se refiere respecto a la seguridad, la obediencia, la amistad y el valor de los perros, es prodigioso y verdadero. El filósofo militar Ulloa asegura que en el Perú los perros españoles conocen a los hombres de raza india, los persiguen y los despedazan; y que los perros peruvianos hacen otro tanto con los españoles, lo cual nos prueba que una y otra especie de perro conservan todavía el odio que le inspiraron en la época del descubrimiento, y que todas las razas combaten siempre por sus amos con el mismo entusiasmo y el mismo valor...

Los turcos, aun sin estar enfadados, dicen, con ánimo de despreciar, los «perros de los cristianos.» El populacho inglés, cuando ve pasar a un hombre que por su aspecto, por su vestido ó peluca, manifiesta haber nacido en las márgenes

del Sena y del Loira, le llama comunmente *frech dog* (perro francés). Esta figura de retórica no es muy política, y es injusta. El delicado Homero introdujo primero al divino Aquiles, diciendo al divino Agamenon que no es «impudente como un perro.» Esto podría justificar al populacho inglés.»

No concluyamos sin hacer una observación que nos sugiere el patriarca de Ferney, y es que el gato no ha encontrado lugar en los cielos ó en sus constelaciones, al mismo tiempo que aparecen allí las cabras, los cangrejos, los toros, los carneros, las águilas, los leones, los peces, las liebres y los perros. El perro, en fin, presta grandes servicios al hombre, y éste no le recompensa nunca como merece. Lejos de esto, le maltrata incesantemente sin razón y sin justicia, y no obstante, el pobre animal continúa siempre fiel, leal y obediente, y lame la mano cruel que despiadadamente le castiga.

CARTA ABIERTA.

AL SR. D. E. H. PARA ENTREGAR A D. FRANCISCO FLORES Y GARCÍA.

Muy señor mío: Dejando a un lado todo cumplimento, paso a decir a Vd. algunas palabras, en esta mi primera, respecto al modo de ver que ambos tenemos una cuestión de suma trascendencia social. Trátase de la MUJER y su emancipación.

En el número anterior de LA AMÉRICA he visto con sumo placer el bien meditado y mejor escrito artículo en que se ocupa Vd. de la educación de la mujer, y en el que a fuer de amante de la luz, hija de la discusión, cree Vd., como buen campeón del progreso, «haber abierto palenque al certamen y campo para dilucidar tan importante materia.» A fe que razón le sobra, y con razón la tiene quien conoce que los males sociales tienen en su mayor parte origen en tan punible como lamentable descuido; mas como abundamos en las mismas ideas, pasemos más adelante, que ley es avanzar para nosotros, y declararé, sin embargo, que va más allá mi ánimo al empuñar la pluma con que doy comienzo a esta carta. Vamos a cuentas.

En el mismo número de este periódico en que ven la luz nuestros escritos, al volver la hoja, detrás del suyo, y antes del fin en que concluye el pobre ensayo en que doy a conocer el gran trabajo del Honorable Wendell Phillips, insigne publicista y hombre de Estado americano, tocante a los derechos de la mujer, he leído con más sorpresa que gusto el que suscritor por D. Francisco Flores y García lleva por título la *Emancipación de la mujer*, que juzgo fué equivocación al bautizarlo, pues solo traduzco *esclavitud*, como habrá de verlo todo el mundo, salvo los reaccionarios que están dispensados con la bula romana.

Y no le extrañe que a Vd. me dirija, pues aunque a ninguno de los dos hubiese tratado, al menos hasta ahora, a Vd. ya le conozco, y a él también, por aquello del griego, que para conocer a uno bastaba oírlo, y por tal concepto a Vd. me dirijo con leal franqueza, encargándole la misiva, ya que ninguna distancia nos separa ni discrepamos un pelo en opinión.

Dice, pues, el Sr. Flores, flores verdaderamente, y para que el declado estuviere *flourelissé*, que dirían los franceses traspirenaicos, levanta la enseña de Balzac, que aunque toda la Francia, inclusive la parte invadida y sujeta por Prusia, me lo sostenga, yo se lo disputo aquí y en Valladolid, como diría Villergas, que no es autoridad el difuso novelista, autor sin enmienda, de la *Fisiología del matrimonio*, quien puede hablar de la regeneración de la mujer, pues sabido es que su moral trasciende a perfume del Trianon purificado en los *Chateaux de Fleurs* del imperio de la *bourgeoisie* que dió el pequeño Napoleón a los diablos en Sedan, al cabo de tantos desastrosos y para coronamiento de su obra *cancanescas* de Cesarismo.

Y digo, ya que del francés me ocupo, que su decir ni deslumbra ni satisface a quien piense y obre como hombre, que es lo que en su sentir se debe hacer: cuestas arriba a la mujer que abdica las gracias de su sexo, quedando en el estado de neutralidad de los serafines del cielo católico.

¡Es cosa que encanta, mi querido E. H., oír las sutilezas del ingenio que se opone a que los privilegios de lo que se ha dado en llamar sexo fuerte, no deban ser extensivos al mal llamado sexo débil!

Digo, cuando es verdad inconcusa que el más templado de los Daríos, Alejandro, Césares, Solimanes y Napoleones, ha bajado y bajará la cabeza ante la más débil mujer a quien se humillan, rogándole acepte su libertad y pujanza a cambio de una sonrisa. Y eso que por lo común no han dado con una Juana de Arco, Mad. Roland, Isabel Blackwell ó María Padilla, y otras de su temple, que hacen bajar la vista al mismo Ayax Telamon, que era todo un mozo que, a pesar de los dioses, le mandaba sus flechazos al olimpo. Y a propósito, lo de Elena basta, y sino que lo diga el padre Quevedo, al confesar que

«Al infierno el trácico Orfeo su mujer bajó a buscar...»

Pero dejemos a un lado teogonias, fábula, leyenda, historia y teatro, y hasta la misma práctica mundana de la vida, que de sobra hay con volver razones por flores al señor *Idem* para callar, dándole con el texto en la cara, al decir escolástico, a él y otros muchos si fuere menester.

Dice, y puede Vd. verlo, mi querido E. H., después de empezar asintiendo en nuestras doctrinas, cual buen eclético ó acomodaticio doctrinario, que, efecto de la gran evolución humana en pos de la perfectibilidad, al través de tantos siglos de esfuerzos, y merced al sublime dinámico de la revolución que ha universalizado las ideas, hay mujeres que «se creen igual al hombre en todo, considerándose con las mismas aptitudes, con iguales derechos y hasta con la misma misión que realizar.»

¿Y quién lo duda? Por ventura, ¿choca al Sr. Flores lo que así debe ser, por más que no sea? Preciso es ser muy poco revolucionario para escamarse por cosa tan natural, lógica, justa y necesaria, como la consagración de los derechos humanos, máxime cuando los reivindica la parte desposeída hasta ahora, no porque es débil, sino porque se la ha debilitado en la esclavitud por la atrofia de la inteligencia, la prostitución del corazón y las apremiantes necesidades de la miseria; siempre rodeada de atractivos que exaltan su delicada sensibilidad, llena de las supersticiones de una mala educación, y, lo que es más, vejada por el hombre que la burla y engaña, sirviéndose de ella como medio para aparecer más grande; y negándole hasta el derecho como madre de dar nombre a la familia, ya que solo, gracias a ella, existe el hogar, de que es la piedra fundamental, y que, como nota muy bien Castellar, es profesora de higiene, medicina, moral, ciencias, y hasta el ministro de Hacienda, según mi criterio, que tan admirablemente sabe nivelar los presupuestos para evitar la bancarrota.

¿Negará esto el Sr. Flores y García por muy conservador que sea?

Créame Vd., compañero, que la mayor parte de los resabios que respecto a este punto quedan a la raza latina, son efecto de la perniciosa influencia de la civilización romana, que mal de su grado habrá de escaparse de entre las manos a los conservadores, por más que se esfuerzen en galvanizar el cadáver del pasado. No así sucede entre la gran familia sajona, y conocido es por demás el tipo de la mujer inglesa, que aun en la clase de criadas excede en ilustración a muchas señoras de la aristocracia, que le encomiendan sin reparo la educación de sus hijos. Que hay diferencia entre esta y nuestras amas de cría lo reconoce el más ciego.

Y no quiero hablar de la mujer *yankee*, pues delineado está el tipo en FANY y poco cuesta hacer el viaje para conocer prácticamente la gran organización político-social de la república de los Estados-Unidos de América, que desconoce las Maritornes y Sanchos de los tiempos de Don Quijote.

Pero pasemos, para que vea Vd. que tengo razón en lo que digo, a examinar punto por punto los chistosos argumentos con que el Sr. Flores trata de justificar su vieja teoría, y veremos cuanto se codea con el error por huir de la verdad que sobre todo resplandece.

Tomando por tema la mujer *publicista*, traza el cuadro de más negro colorido que el Severo Catalina no imaginó con objeto de desalentar a la mayoría de nuestras mujeres para quienes leer y escribir es contrabando, sin embargo de oscilar entre la iglesia y el salón de baile ricamente enjaezadas, a fin de llamar

la atención por el lado que gusta a los correligionarios del Sr. Flores.

Exagerado por demás está el articulista al suponer que en la casa de la mujer *literata* anda todo manga por hombro. Si el tal hubiese tenido conocimiento de como escribió miss Beecher Stowe la *Cabaña del tío Tomás*, obra que causó una revolución para redimir de la esclavitud a la raza africana en América, no habría incurrido en tal desliz, pues su ilustre autora compuso sus mejores capítulos en los intermedios de sus faenas culinarias. Que no se excluyen los quehaceres domésticos y las ideas elevadas, ya sean políticas, artísticas ó literarias, es tan verdad como que insignes escritoras que todos conocemos, aquí mismo en Madrid, no son modelo de desbarajuste, ni las artistas, cualquiera que sea el ramo que cultiven, han dejado de arreglar jamás su tocador ni olvidaron prender las cintas de su vestido. Fuérale más bien propicio a su teoría el argumento, si en vez de fijarse en la mujer ilustrada, el escritor tomara por punto de mira ese tipo que tanto abunda en las altas regiones de la corte: la señora marquesa recibe a sus amigos que le celebran sus devaneos tan solo porque es hermosa ó simpática, y su conversación frívola por demás, está salpicada del aroma de los cuentos *verdes* que oye con gusto; preocupada la moda y sus veleidades, va al teatro y a la *soirée* para lucir, y acompañada de su joven amante, por lo común a su nivel, abandona sus hijos a las pasiegas que los modelan a su imagen y semejanza; en tanto la administración de la casa anda en manos de la *doncella* de confianza, cómplice por lo general de su señorita, y allá en las altas horas de la noche, escenas bastante fuertes para ser contadas, vienen a turbar la dicha de ese matrimonio, imposible entre la nerviosa dama que se encuentra hastiada, y su ilustre consorte que fatigado por los trabajos burocráticos ó bursátiles, por buscar distracción pagó su vanidad irritándose al perder sobre el tapete verde su dinero fiado en las dudosas probabilidades de un rey contra una *sota*.

Se comprende que cada cual juzga en relación a lo que cerca de sí tiene, y por tanto conoce. El Sr. Flores comprende a la mujer *publicista* en el caso de los escritores que respiran bajo la presión de la monarquía, expuestos a las arbitrariedades de funcionarios que todo lo deben al favor del tirano y se ensañan contra el que no aplauda sus hechos, mientras dan la justicia al opulento que con una mera indicación de disgusto de su parte puede causar la pérdida de su destino.

Los siguientes párrafos comprueban mejor que nada la justicia de mis reparos.

«Imagínese el lector la espaciosa estancia donde reside un club.

El lenguaje empleado en estos centros es casi siempre apasionado.

En lo más interesante de la sesión, se oye la voz fina y delicada de la *ciudadana G.*, que pide la palabra para *terciar* en el debate.

Cuanto la ha llegado su turno, la *ciudadana* atraviesa el salón, en cuya atmósfera está condensado el humo de los cigarros, lo que algunas veces hasta impide la respiración a los hombres, y ocupa graciosamente la tribuna, no sin haber escuchado al pasar por entre la multitud, los punzantes epigramas con que la obsequiaran sus correligionarios políticos.»

Si esto no es desconocer lo que pasa en otros países donde el respeto a los demás es condición de la libertad, y paladinamente confesar al mismo tiempo la necesidad de reforma en las costumbres, que me emplumen. Todo, ¿efecto de qué? De la indiferencia con que se ha mirado la educación de la mujer, pues como dice Vd. muy bien, mi querido E. H., de ella depende que los hombres no estén todavía a la altura que debieran en nuestra anómala sociedad.

Pero esto son tortas y pan pintado al lado de este excelente párrafo que reproduzco a continuación:

«Oigan Vds. un discurso *femenino de club*, y digan luego con franqueza si de él han podido sacar algo en limpio, y digan también si algo provechoso tiene que decir ó hacer una mujer en semejante lugar.

Nada: su *trabajo* se concreta única y exclusivamente a declarar en media hora ó en una, el discurso que a duras penas escribió en un día y en dos aprendió de memoria, y cuyo contenido es la sempiterna repetición de las palabras más huecas y rimbombantes del diccionario de los escritores a la fuerza y de los políticos por compromiso. Menos cuando no emprende una senda, para ella más desconocida y difícil que la

rutinaria, pero de más gloria, y proclama la destrucción de la familia, la liquidación social, la anarquía, y hasta la necesidad de achicharrar con petróleo á la mitad del género humano.»

Sobre ser exagerado el afirmar en absoluto que una mujer no pueda hacer un discurso en regla, es ridícula la timidez que se apodera del ánimo, porque demos de barato que suceda, una mujer pida la reforma social, cosa que no comprenden los santones sin el petróleo. Parece cosa del heleno Sr. Caudau tal hipótesis comburente.

En fin, ya que tocamos ese punto, bueno será que convengamos en que los neo-conservadores, que tanto temen á la libertad no tienen más bienes raíces que las de sus muelas, y al declamar siempre contra toda reforma es por el afán de lucir el taco, á fin de que caigan en las redes de su fingido crédito los pobres honrados que viven de su trabajo. Es máxima estudiada que surte sus efectos.

Y diré, por conclusion, mi querido E. H., que *sine ira et studio*, es á saber, sin propósito deliberado de ofender, digo las verdades cuando se presenta la ocasión. Así, pues, sin temer al progreso, cuyas iras son caricias para el género humano, la emancipación de la mujer vendrá, y con ella el mejoramiento de la familia, porque es cierto de toda certeza que el hombre es tanto más perfecto cuanto mejor es la mujer, piedra angular de la sociedad y exacto reflejo de las costumbres y cultura de los pueblos.

No nos pese, ni nos desaliente, á los que trabajamos por la revolución universal, que se nos presenten obstáculos en el camino; tanto mejor: la solución de los grandes problemas sociales que habrá de realizarse en lo que resta del siglo, tienen forzosamente que traer fuertes conmociones, de las que mal librado habrá de salir el carcomido edificio del pasado en justa expiación del mal que ha producido y de los vicios constitutivos de su origen.

El porvenir solo aterra á los egoístas, cuyo temor de sufrir va hasta la aversión contra los que sufren, así como nunca sorprendió á los fuertes, que viendo bajo la mortalidad social la imperdurabilidad humana, sonríen ante las grandes catástrofes que preparan el nuevo día, y al ver los primeros rayos de luz que asoma rasgando las negras nubes del horizonte del presente, dirán con más fe:—«Adelante! Adelante! Confíemos en el porvenir!»

Con todo lo cual queda del Sr. D. E. H. obsecuente servidor, su más adicto y leal compañero que le desea valor y energía para la lucha y mejor éxito en la empresa.

Salud, etc., etc.
Vuestro afectísimo

JOSÉ MARÍA PRELLEZO.

Madrid, Julio 2 de 1872.

RECUERDOS DE PORTUGAL.

«A estas nobres villas submetidas
A junta também Mafra em pouco espaço,
E nas serras da Lua conhecidas
Subjuga á fria Cintra o duro braço,
Cintra, onde as nasades escondidas
Nas fontes, vao ingirto ao doce laço,
Onde amor as enreda brandamente,
Nas aguas accendendo fogo ardente.»
(CAMOENS.—Os Lusadas.)

I.

España y Portugal constituyen la Península ibérica. Las costumbres, la lengua, la religión, la manera de ser de la familia, los derechos civiles y políticos de los naturales presentan en ambos países idénticos caracteres y tienen no pocos puntos de semejanza. Hasta en las variaciones del clima, en la riqueza del suelo y en las obras del arte se encuentra algo especial que les distingue de las demás naciones. A pesar de la identidad de origen, pocos pueblos habrá que hayan tenido méos relaciones entre sí; y es que sus habitantes fomentan y conservan cierta indiferencia, que puede llamarse tradicional.

Los gobiernos han procurado, y hoy más que nunca procuran, estrechar los intereses comerciales, facilitando las transacciones mercantiles de ambos pueblos. El telégrafo y el ferro-carril hacen cada día más fácil esta obra meritoria, y es de creer que llegue un momento, y quizá esté cercano, en que las tarifas postales, telegráficas, aduaneras, monetarias y del giro mutuo, se confundan entre sí.

Se observa desde los últimos años una afluencia mayor de españoles en territorio portugués; pudiendo asegurarse que en Lisboa llega á 40 000 el número de nuestros compatriotas, y excede de 20.000 en la comercial Oporto. Los libros de los escritores más conocidos entre nosotros, las publicaciones periódicas, y hasta las revistas de modas, circulan de mano en mano.

Allí se respetan los nombres de los ingenios que producidos la España contemporánea, y quizá algunos de ellos ignoren que sus producciones son leídas con avidez ó se representan en el teatro. Verdad es que nuestro representante en Lisboa, con esa prodigiosa actividad y esa ilustración que amigos y adversarios le reconocen, ha trabajado con fe en esta empresa, si bien le secundaron en la obra literatos, artistas y hombres públicos de la nación vecina. (1)

Los portugueses tienen grande afición á la lectura de nuestros libros, porque encuentran rica en vocablos y armoniosa en los perfidos la lengua castellana; á la música popular que les recuerda los cantos de su tierra y las composiciones de sus más insignes vales; á las pinturas y grabados de nuestros artistas, que les presentan ante sus ojos sus propias costumbres y la reproducción de grandiosos monumentos. Así es, que si nuestros compatriotas favorecieran la publicación gratuita de una selecta biblioteca con obras de escritores españoles, y subvencionaran en Lisboa y Oporto un teatro nacional, nuestro país sería conocido y apreciado de las clases populares. Solo conociéndose y apreciándose mutuamente, sin perder nada de su autonomía é independencia, podrán llegar á ser hermanos ambos pueblos.

Debemos acostumbrarnos á no esperar todo del Estado. Los hijos de España, que tanto quieren á su patria, pues nada hay más vivo que el sentimiento nacional hallándose en tierra extranjera, están en el caso de asociarse en beneficio suyo y en el de su país. Con la valiosa ofrenda del rico y la modesta suscripción del obrero podrían crearse algunas escuelas y hospitales, donde se admitiese á los pobres de ambos países, y se enseñara á los niños, en idioma español, los primeros conocimientos de la vida. De esta suerte acabarían de una vez y para siempre resistencias injustificadas y añejas preocupaciones.

II.

Así como los extranjeros al llegar á Madrid visitan el monasterio del Escorial antes que las academias, museos, hospitales y edificios notables de la corte, así los que van á Lisboa se dirigen á Cintra, sin cuidarse de las bellezas artísticas que encierra la ciudad del Tajo.

La capital del vecino reino presenta un aspecto sorprendente por la multiplicidad de construcciones, que recuerdan todos los órdenes arquitectónicos, y por las sinuosidades del suelo, que hacen más variada la vista de la población; pero el viajero encuentra mayores atractivos en la poética Cintra, que inspiró á Camoens sus versos más melodiosos, y hasta el ténitico lord Byron no pudo ser indiferente lanzando flores, si bien con espinas, sobre este nuevo paraíso.

A cinco leguas al Noroeste de Lisboa se halla Cintra, en terreno poco llano, pero apacible, y su romántica sierra, tan decantada por la belleza de sus bosques y la amenidad de su clima. Prolóngase esta hasta el mar, donde termina el cabo de Roca, y desde ella se descubre la embocadura del Tajo, bahía de Setubal y las islas de Berlengas y Peniche.

La comunicación entre Cintra y Lisboa se resiente de la falta de un ferro-carril, siquiera fuese movido por fuerza animal. Sin embargo, son tantos los carruajes, ómnibus y diligencias que encuentra el forastero, que por una cantidad insignificante realiza un viaje de ida y vuelta, sobre todo en los meses de verano. En el resto del año es preferible un coche de alquiler durante un día que suele costar 4.000 reis (unos 84 reales próximamente), y en cuyo espacio de tiempo se examinan, aunque muy á la ligera, las preciosidades artísticas del castillo de la Peña y las bellezas naturales que esmaltan la sierra de Cintra.

Ante todo, el viajero, una vez instalado en el pueblo que está á la falda de la montaña, tiene que proveerse de uno ó más vehículos del género *asinus*, si no quiere llegar rendido de fatiga al palacio y castillo del rey D. Fernando. Desde la población, que reúne todos los encantos de la naturaleza y del arte por el inmenso número de casas de campo y de caprichosos jardines, hasta el castillo, modelo de arquitectura gótica, no hay otro camino que una pendiente en forma de caracol, muy pronunciada, accesible á los carruajes, pero que la prudencia aconseja no usar en aquel punto como medio de locomoción.

Así es que se ve á los extranjeros y á los hijos del país, sea cual fuere su clase y categoría, en humildes cabalgaduras, llegando á constituir este detalle uno de los más divertidos del viaje.

(1) En España era muy raro que se leyese un libro portugués, si se exceptúan algunas personas, como los Sres. Romero Ortiz, Valera, Barrantes, Martínez (D. Joaquín Benigno), Balaguer, Amador, Moreno Nieto, García Barzanallana (D. José), Calvo Asensio, Castelar, Campoamor y Fernández de los Rios, aficionados como pocos al estudio de aquella literatura. En Portugal no eran mucho más conocidos nuestros libros. Gracias ahora al empeño de hombres ilustrados de ambos países, nuestras relaciones literarias con aquel reino se han estrechado y prometen ser fecundas. Para dar una idea de esto, bastará decir que las corporaciones científicas de España han enviado á las de Portugal en el espacio de dos años 6.820 volúmenes, y las de Portugal han enviado de cambio á las de España 7.012. Consta además que en el comercio de libros de Portugal ha crecido mucho el pedido de obras españolas.

En Lisboa se han establecido tres cátedras de lengua castellana, y aun se va á establecer otra.

No deja de ser un poderoso auxilio para los naturales del pueblo, en su inmensa mayoría ex-casos de recursos, el de proporcionar los vehículos indispensables y los guías, que son su lógica consecuencia.

Más de una, y más de dos veces, el que estas líneas escribe encontró en la cuesta del castillo larga caravana de viajeros, aristocráticamente montados, unos en tierra por apresuramiento de los animales, y otros forcejeando por conservar la posición vertical; y era de ver á corpulentos hijos de la altiva Albion pidiendo auxilio para atajar la marcha al humilde cuadrúpedo, que había hecho todo lo posible por desahirse de su nuevo amo.

El convento (hoy palacio) y castillo de la Peña, debió construirse por los años 1503 al 1504 próximamente. La crónica refiere que D. Juan de Castro, último virey de la India, fué propietario del terreno y sus edificaciones, que se convirtió más tarde en asilo de religiosos. Ahora pertenece, por compra hecha, á un particular, al padre del monarca lusitano.

Segun nuestras noticias, aquella magnífica posesión figuraba en los inventarios de los bienes desamortizables cuando las asociaciones monásticas dejaron de tener existencia legal, y por consiguiente, fué objeto de la venta en pública subasta. Un particular, como mejor postor, adquirió la propiedad; pero siéndole gravosa su administración y no pudiendo conservarla como merecía, hubo de traspasar el dominio al rey D. Fernando, previo el pago de una cantidad considerable.

Nuestros lectores saben que este príncipe es muy aficionado á los objetos de arte, y no les extrañará seguramente que haya dedicado sus vigilias y gran parte de su fortuna á la mejora y transformación de un castillo feudal en el más admirable modelo de la arquitectura de la Edad Media. Ciertamente que aprovechó gran parte de las murallas, fosos y almenas que antes existían; pero no lo es ménos que ha completado con nuevos trabajos un sistema de fortificación de la época que representa. Los adornos del edificio, los detalles más insignificantes de la obra, hasta los muebles, guardan perfecta armonía, y al penetrar en aquel recinto recuerda la memoria las descripciones de antiguos escritores y los modelos que todavía existen en nuestro país. Las personas que han visitado la Alhambra de Granada encuentran algo parecido entre una y otra construcción.

Desde las torres del castillo, que parece esconderse entre las nubes, se descubre un extenso horizonte, y en días claros se ve el Mar, Mafra, y algunas leguas de tierra. La dilatada vista del Océano no puede ser más imponente ni más conmovedora.

Entre las muchas bellezas que avaloran el castillo, se encuentra en primer término la capilla. El viajero, se detiene ante el altar mayor, porque en él existen trabajos artísticos de gran valía, aparte de la significación religiosa que inspira siempre la creencia católica; las esculturas de las éfigies que allí se veneran tienen un mérito extraordinario; retratan á lo vivo el carácter, la humildad, hasta la fisonomía del que vive solo y exclusivamente para sus semejantes, y en doroncinas laterales se ve la *Passion y muerte de Jesucristo*, trabajo delicadísimo como ejecutado sobre mármol y en espacio sumamente reducido. La capilla, en su forma y en su fondo, es digna de un monarca, y pudiéramos decir de un artista.

El palacio conserva gran número de pinturas y objetos antiguos que le hacen codiciable á ojos extranjeros. El hombre de ciencia tiene allí á su disposición una selecta biblioteca de útil y variada lectura; el escultor encuentra no pocos modelos que imitar; el naturalista observa una vegetación lozana y una verdadera riqueza en plantas exóticas; el pintor puede reproducir en lienzo las obras de los grandes artistas; al arquitecto se le presentan ante sus ojos construcciones de envidiable gallardía, y el que solo vive de los trabajos agrícolas, que vaya á la posesión del rey Don Fernando para examinar las máquinas, artefactos, saltos de agua y procedimientos de cultivo.

Después de recorrer las habitaciones de palacio, el viajero vuelve á la plataforma, que se halla á la entrada de la capilla. El punto de vista que en aquel sitio ofrece el castillo y cuanto le rodea, es de lo más pintoresco, pues se encuentra á una altura de novecientos y tantos metros sobre el nivel del mar. Desde allí se ve en lo alto del monte la estatua colosal de Vasco de Gama, que se reproduce en miniatura en uno de los cristales de la capilla.

Antes de llegar al pueblo, el viajero encuentra abiertas las puertas de los parques, bosques, jardines é invernaderos. El botánico más exigente tiene que rendir culto á la variedad de familias y especies que allí existen, y á la pródiga naturaleza que las cobija en su seno.

Rodean al castillo, en un perímetro de dos leguas castellanas, extensos terrenos cultivables, hallándose destinados en su mayor parte á prados, huertas y alamedas.

III.

Instalado ya en la población, no debe abandonar el viajero sin visitar el palacio real, que se encuentra en la plaza del mismo nombre. Es un edificio notable por la irregularidad de su arquitectura, por sus elevadas almenas de forma cónica y por la belleza de su ornamentación, que recuerdan gusto puro árabe. Todo en él es antiguo, pero airoso; y aunque las construcciones de su época están fortificadas con grandes fosos y torreones para la defensa, el pala-

cio fué hecho para la vida campestre y deliciosa de familia.

Mandó edificarlo el rey D. Juan I, y los sucesores de este monarca le reformaron en alto grado, sin que perdiera su carácter primitivo. Parece que existían antes de su construcción algunas obras de los moros, y segun un escritor portugués, fué la pequeña Alhambra de los reyes de Lisboa. Mas sea de esto lo que quiera, es indudable que su fundación se remonta á tiempos antiguos, y hasta pudiera atribuirse á la época en que los sarracenos ocuparon como señores la Península ibérica. A pesar de los tiempos y de la transformación, todavía conserva vestigios del gusto que dominaba á la arquitectura de aquella edad. Actualmente está destinado á residencia de verano de SS. MM.

En el terremoto de 1795 sufrió el palacio grandes deterioros, que fueron reparados en lo posible por el marqués de Pombal. Hay en él una particularidad digna de notarse. Fué prisión de Alfonso VI, y existe en la capilla, encima del coro, el sitio donde oía misa sin ser visto del pueblo.

Después de visitar la morada de los reyes, el viajero tiene todavía tiempo de subir al castillo de los moros, que pertenece al rey Don Fernando, y de examinar las preciosas casas de campo que se encuentran dentro del término de Cintra. Sobre todo, lo que merece la atención más diligente y un verdadero estudio, es la de M. Kook, uno de los fabricantes más conocidos en Inglaterra, y cuya afición á las artes es digna del mayor elogio. No hace seis años que ha terminado su casa, con honores de palacio, y hoy es el depósito particular más completo de objetos antiguos y modernos, tanto científicos como industriales. Seis millones de libras esterlinas aplicados á la adquisición de cuanto pueda ser útil ó agradable, bajo el punto de vista del arte y de la ciencia, con sabia elección y gusto delicado, fueron lo bastante á construir la base de su Museo, porque museo es su casa, sus muebles, sus adornos, cuanto hay dentro de él.

Para penetrar en aquel recinto, se exige la cualidad del extranjero. Así es que los españoles están comprendidos en la franquicia concedida por M. Kook.

Después de examinar, aunque ligeramente, las bellezas artísticas y naturales de Cintra, el viajero tiene á su disposición durante el verano seis ó ocho ómnibus que le conducen á Lisboa en las últimas horas de la tarde (1).

Y antes de llegar á la capital, todavía puede ver en el camino las magníficas obras ejecutadas para la conducción de aguas, y el sin número de casas de campo que rodean á Lisboa.

Parécenos que en tan breve período de tiempo, desde las siete de la mañana hasta igual hora de la tarde, no es posible encontrar un espectáculo que más halague á la inteligencia. Además, el viaje es cómodo, el gasto reducido, la impresión agradable. Aunque uno sea indiferente, que no puede serlo, á las obras de los hombres, que suponen grandes trabajos é inmensos tesoros, al ménos grandamoso culto á los principios de la naturaleza, cuando esta se presenta en todo su esplendor.

MODESTO FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ.

DON JUAN FRANCESCH Y SERRET.

¿Quién es el Sr. Francesch? preguntan en estos momentos todas las personas que han sabido por los periódicos el atrevido golpe de mano que ha intentado dar en Rús al frente de 600 carlistas.

El hecho justifica la curiosidad del público: un hombre que detiene un tren, hace apearse á los viajeros, manda á la gente que tiene á sus órdenes que suba á los coches y dice al maquinista «¡á Reus!» no es una persona vulgar.

En efecto, el Sr. Francesch es, ó era, porque á estas horas ha muerto, un hombre de talento, de instrucción militar y de carácter enérgico.

¡Lástima que todas estas condiciones se hayan puesto en actividad para continuar las luchas civiles que amenazan no acabarse nunca en nuestro país!

¿Pero quién es el Sr. Francesch?

Un oficial de ingenieros que ingresó en la Academia en 1850: dedicado á los estudios de ciencias exactas, al salir de la Academia se encontró en el mundo sin las nociones indispensables para no chocar con esta sociedad ligera, que no averigua el fondo de las personas, limitándose á juzgarlas superficialmente.

(1) El viaje en ómnibus es un medio de transporte barato. Cuesta el billete personal desde Lisboa á Cintra, haciendo escala en *Alto da Porcalhota*, 20 reales. Estos carruajes parten de la plaza del Pelourinho. Sin embargo, las familias ó los amigos que excedan de dos personas y no pasen de cinco, deben elegir un coche de alquiler, ajustándolo antes, condición que la prudencia aconseja usar á todo extranjero que visite la capital del reino lusitano, sobre todo con los conductores de carruajes.

Conviene advertir á nuestros lectores que la moneda española se admite en pago de toda clase de transacciones, y el tipo oficial del cambio es 940 reis por cada duro español; pero los particulares no llegan más allá de 930, ó á lo sumo 935.

Enamorado Francesch de una bellísima joven perteneciente á una familia de la aristocracia española, vió un día y otro pagada su pasión con desdenes.

Francesch no tenía una posición distinguida, ni una figura arrogante, ni una elegancia sorprendente, ¿por qué aspiraba á enamorar á una joven de las más elegantes, de las más bellas, de las más aristocráticas de nuestra sociedad?

Las ciencias matemáticas servirán para muchas cosas, pero no conquistan corazones.

El pobre oficial de ingenieros devoró en silencio los desdenes y se propuso perder la vida ó adquirir por su valor una posición brillante en el ejército: solicitó y obtuvo con este objeto ir á la guerra de Africa, y en ella se portó con tanto arrojo que se le veía siempre en los lugares de más peligro.

Puede decirse que Francesch durante la campaña vivió en las guerrillas.

Pero la suerte no acompaña siempre al valor, y el enamorado militar, que iba buscando algo que le enalteciera á los ojos de las gentes, volvió de la guerra con algunas cruces que colocar sobre su pecho y algún grado más en su carrera, pero inútil para el servicio de las armas y desfigurado por un balazo recibido en la rodilla derecha.

Una gloria coja no suele entusiasmar al bello sexo.

Desde aquella época quedó Francesch en situación de retirado, y su carácter se agrió de tal manera, que sus amigos necesitaban en ocasiones dominarse para conservar sus buenas relaciones.

Sin embargo de hallarse retirado, el 22 de Junio salió á la calle á combatir la insurrección y obtuvo una recompensa por sus servicios en favor de la causa del orden.

Como matemático, era Francesch un hombre muy notable y ha tenido en Madrid una academia donde acudían casi todos los jóvenes que se preparaban para ingresar en carreras especiales.

Desde que la revolución de Setiembre reanimó al apagado partido carlista, Francesch se acogió á esta bandera y ha hecho en los últimos años diferentes viajes á la residencia del pretendiente, obteniendo expresivas muestras de distinción del príncipe á quien acataba como á su rey.

Cuántas personas conocían á Francesch y sabían que estaba al frente de una partida esperaban ó temían que llevase á cabo alguna acción extraordinaria, y en efecto, la entrada de Reus del cabecilla carlista es un acto de arrojo que, á haber sido secundado por la suerte, hubiera puesto en un conflicto al gobierno.

El acto del cabecilla carlista y de los que le acompañaban, y la defensa bizarra que han hecho las tropas del gobierno, prueban una vez más que quedan héroes en España.

PLAGIOS Y COINCIDENCIAS.

(MOSAICO LITERARIO.)

I.

Entre el plagio y lo que yo me complazco en llamar «coincidencia literaria» existe una notabilísima diferencia.

Hay persona que llama plagio á las situaciones dramáticas que recuerdan otras; á las composiciones que con otras coinciden en algo; á los títulos de producciones literarias que algunos semejantes traigan á la memoria; á los versos y cantares asimilables á cantares y versos de distinto autor; á cualquier asunto, en fin, que en otro análogo haga pensar.

Pero como entre el plagio y la coincidencia de pensamiento median, repito, notables diferencias, conveniente me parece fijarlas y determinarlas aquí.

El plagio se divide y subdivide en varias clases, como sucede con la coincidencia misma: hay plagio grosero y plagio delicado; la coincidencia se clasifica en intencional y casual.

Estas divisiones admiten cada una otras subdivisiones entre sí: de buen gusto ó de mal gusto, ó sean plagios ó coincidencias oportunas ó inoportunas. Excusado creo indicar qué es de mal gusto y qué lo es de bueno.

El del lector aplicará por sí propio el correspondiente á cada caso en las subdivisiones; señalaremos únicamente la primera clasificación.

II.

Plagio grosero es aquel en que el autor de la obra ha utilizado ajeno pensamiento, revistiéndole con detalles propios de su ingenio, y aun á veces del de diferente escritor, anunciando y publicando el trabajo así elaborado como producto del autor del remedo, plagio delicado se llama al en que el plagiario tiene la ingenuidad y la

franqueza de confesar paladinamente lo que en sus creaciones intelectuales incluye como fruto de diferentes entendimientos.

Pasemos á las coincidencias. Lo es intencional cuando un autor intercala ó cita en determinada obra un episodio, un incidente, un rasgo característico, un concepto, un verso, una frase que claramente se vé que aquel ha interpuesto de un modo expreso entre las suyas propias, ya como tributo de admiración ó afecto al autor del pensamiento dramático, lírico, poético ó cómico que se ha hermanado y ligado al trabajo en que se incluye, ya para confirmar con opinión de extraños la de uno propio, ora como recuerdo consagrado á un autor de mérito, ora cual medio de amplificar un fruto intelectual embrionario. La coincidencia casual resulta de la doble, triple y hasta múltiple homogeneidad ó igualdad de pensamiento en que concurren diferentes autores, ignorantes por completo de esa uniformidad de ideas propia y extrañas.

Aun pudiera decirse que el plagio delicado es la misma coincidencia intencional, ó vice-versa. Yo prefiero las cuatro clasificaciones mencionadas, porque la coincidencia intencional se contrae á menores proporciones imitativas que el plagio delicado: este al conjunto de una obra: aquella á partes de la misma.

Toda cita es coincidencia de pensamiento cuando este no nace del conocimiento de aquella. El deslindar esto solo podría hacerse con ayuda de la buena fe de los autores. Respecto de algunas coincidencias, no hay necesidad más que del estudio para determinar lo intencional ó casual de cada caso.

III.

Emitir ideas, y cuando con hechos concretos puedan confirmarse, citar y enumerar estos es el medio mejor de hacer resaltar la bondad y exactitud de las mismas.

Quien quiera que á estudios literarios se dedique con alguna preferencia ó siquiera atención, habrá observado con cuánta frecuencia la lectura de una comedia recuerda otra; cómo un asunto, un detalle, un verso, un pensamiento, pone en la memoria otro parecido.

Dramas, sainetes, novelas, cuentos, artículos de costumbres, poesías enteras, versos sueltos, fábulas, epigramas, refranes, modismos y locuciones vulgares, nos recuerdan á cada momento otras locuciones, otras poesías, otros artículos, otros dramas más ó menos semejantes. Todo ello no es sino efecto del mismo plagio ó de la misma coincidencia.

Es más: á veces el drama hace pensar en la novela, el cuento en la comedia, el verso en el artículo, la poesía en el refrán; y así, por el mismo orden, unos por otros, cualquier trabajo literario recuerda lo que en algo se le asemejen, aun siendo frecuentemente, no ya literario, sino es también propio de distinto ramo del saber humano, que también en ciencias, armas y artes existen coincidencias y plagios, los cuales, por referirse estos ligeros apuntes únicamente á las letras, no citaré también. Quizá lo haga algún día.

De antiguo, de muy antiguo parten aquellas y aquellos, y su campo de acción por la redondez de la tierra ha sido tal, que un estudio detenido de los preceptos bíblicos primero, y después de las producciones de los clásicos latinos y griegos, de las de escritores de la Edad Media y del día, nacionales y extranjeros, ya ingleses, ya alemanes, ya italianos, ya franceses y portugueses y árabes y hebreos, nos suministraría vasto arsenal de textos que confirmara mis aserciones.

Ni á la publicación á que este escrito se halla destinado permite gran variedad de citas, ni para ellas he hecho trabajo de preparación alguno: son las siguientes, la reunión de aquellas que á mi propósito cuadrando vienen á la memoria en la presente ocasión, y que citaré con la coordinación misma en que se ocurren á la mente.

IV.

¿Quién no conoce aquellos versos de Lope de Vega, tan repetidos para los que escribimos para para el público, que dicen:

«El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo
Hablarle en necio para darle gusto (1).»

Pues bien; en *La pícara Justina*, novela compuesta por el licenciado Francisco Lopez de Ubeda segun unos, y segun otros fray Andrés Perez, leonés, dominico y autor de diferentes libros más, se dice:

«Que con los discretos hablo bien, y con los necios hablo en necio para que me entiendan.....»

La palabra necio me recuerda otros dos casos que pueden parecer contraposición, y, sin embargo, coincidencia también.

Cervantes hace exclamar al canónigo del *Quijote*: «Que vale más ser loado de los pocos sabios, que victoreado de los muchos necios;» y después Iriarte termina una de sus fábulas así:

«Si el sabio no aprueba, malo;
si el necio aplaude, poor.»

Véase cómo los cuatro, Lope y fray Andrés Perez por un lado, y Cervantes ó Iriarte por otro, han venido á coincidir en el fondo de cuatro textos, en que el talento debe ser siempre honrado por el genio.

(1) En alguna parte he leído yo en lugar de «paga» poner «quiere;» pero en la nota 305 de las del libro *Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza* por D. Luis Fernandez Guerra, se asegura que Lope dijo:

«Porque como las paga el vulgo, es justo
Hablarle en necio para darle gusto.»

Nombrar la honra sugiere otro ejemplo de coincidencia; en cierta leyenda heráldica se estampó lo que sigue:

«Da la vida por la onra, y la onra por el alma.»

No es el mismo pensamiento el que dicta Calderón en *El Alcalde de Zalamea*, diciendo:

«Al rey la hacienda y la vida
se ha de dar; pero el honor
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios.»

La situación de dicha gran comedia calderoniana, en que el hijo digno y noble del alcalde Pedro Crespo se parte con las tropas del capitán D. Lope de Figueroa, y la familia del bisoño le ve alejarse por lo blanco del camino á la luz de la pálida luna, es escena que el espectador que la conoza ha de recordar siempre que vea el final del primer acto del buen drama de Perez Echevarría *Las Quintas*, cuando en un tanto parecidas circunstancias Julian marcha á servir al rey.

Pocos plagios y pocas coincidencias habrá tan frecuentes como de situaciones dramáticas: basta por eso la citada comprobación de que en todas partes se hallan, ó como suele decirse,

«En todas partes cuecen habas
y en la mia á calderadas.»

Proverbio ó refrán que viene de molde para intercalar texto italiano, justificando con él la coincidencia que apunté de nacionales y extranjeros:

«*Tutto il mondo é fatto como la casa nostra.*»
«El hábito no hace al monje.»

«*Debaixo de una mala capa hay un buen bebedor.*»

y «*Las apariencias engañan.*»

¿no expresan ideas muy semejantes cada uno de dichos adagios?

Los refranes sirven continuamente para títulos de obras dramáticas, para artículos literarios, denominación de libros y aun de poesías. Uno solo de aquellos da titulación á más de un trabajo, y todo esto no es ménos que coincidir en pensamiento ya creando, y esta es la coincidencia; ya adoptando, que también es coincidir en adoptar.

Cuando Alarcón en sus *Poesías serias y humorísticas* dice:

¿Y qué haya un lirio más, qué importa al mundo?
no plagia ó coincide intencionalmente con Espronceda al final de su canto III de *El diablo mundo* en

Truéquese en risa mi dolor profundo.

¿Qué haya un cadáver más, qué importa al mundo? lo mismo que el Sr. Campoamor en el poema *La novia y el nido*, coincide con Fr. Luis de Leon, que dijo:

«Que descansada vida
La del que huye el mundanal rüido.
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido.»

escribiendo ahora el académico de la española:

«¿Para qué habrán servido
Los nidos todos que en el mundo han sido?»

Recuerdos como los citados, intencionales seguramente, podrían apuntarse multitud de ellos; más los expuestos en verso, y el siguiente en prosa y verso, serán suficiente para mi objeto:

«Más dura que el mármol á sus quejas»

era una dama, y estas partían de su amante. Así se expresa el Sr. Fernandez Guerra hablando de una comedia de Ruiz de Alarcón.

Garcilaso dejó escrito en su Egloga I, poniéndolo en boca del pastor Salicio:

«O más dura que mármol á mis quejas.»

Al mismo autor pertenece este terceto:
«En medio del invierno está templada
El agua dulce desta clara fuente,
Y en el verano más que nieve helada» (1).

Y el segundo verso hace recordar el de Petrarca á la fuente de Valclusa, patria de su queridísima Laura:

«*Chiare, fresche é dolce acque,*»

y este otro de Voltaire:
«*Claire fontaine, onde oimable, onde pure*» (2).

La edición de las obras que tengo á la mano del célebre egloguista, comprende varias notas, en las que se van detallando los versos en que el vate bucólico imitó ó copió, ó como yo digo, coincidió con pensamientos ó imágenes de Virgilio, Ovidio, Tibulo, Horacio, Sanázaro, Teócrito, Propertio y algunos otros clásicos primitivos.

Unas ciertamente que serian inspiradas por obras del autor de la *Bucida* y de las *Georgicas*, ó por las del que escribió las *Transformaciones*, ó por el elegiaco vate, ó por el modelo epistolario ó cualquiera otro de los escritores antes mencionados.

Pero muchas serian coincidencias, como hay motivo para creerlo, de sin número de casos de algunas que por su carácter privado no puedo citar aquí, aunque yo aseguro que existen. Títulos de obras, composiciones y asuntos de otras, prosa y versos, inédito todo, conozco yo, por

(1) Un comentador del poeta toledano, fundado en el testimonio de Tamayo de Vargas, asegura que la composición se refiere á la fuente sita en la casa del autor, y conocida en Bares por Fuente de Garcilaso.

(2) Buttura cita la composición de Voltaire como inspirada por otra de Petrarca.

tener á bien los autores leerme sus trabajos literarios y consultar mi opinión humildísima sobre los mismos, que me autorizan á proclamar en alta voz que existen «coincidencias literarias,» porque de buena fe me aseguraban aquellos no conocer producciones á las que yo sacaba de las de estos analogías, parecidos y semejanzas.

Y esto en todos géneros, cuentos, fábulas, cantares.

Prescindiendo de lo privado y aludiendo á lo de dominio público, citaré dos cosas.

La conocidísima fábula de Samaniego *La cigarra y la hormiga*, halla su similar en título, asunto capital y terminación con otra del doctor D. Antonio Mira y Amescua.

Termina la de aquel fabulista así:

«¡Ho! ¡Con que cantabas
Cuando yo andaba al remo?
Pues ahora que yo como,
Baila, pese á tu cuerpo.»

Hé aquí la conclusion de la del arcadiano del Guadix:

«Pues cantaste en el verano,
Danza, hermanas, en el invierno.»

Como en cantares coinciden también autores diferentes, se tendrá leyado los que siguen, bellísimos por cierto, y que han publicado en 1871 poetas que ni se conocen, ni se tratan, ni tenían noticia alguna de sus respectivas composiciones.

D. Augusto Ferrán, en su libro *La pereza*:

«Por la noche pienso en tí,
Y en tí pienso á todas horas;
Y mientras tanto yo viva,
Viviré en mí tu memoria.»

Del joven D. Tomás Senderos.—*Versos*, librito microscópico:

«¿Quieres saber cómo pasa
Todo el día para mí?
La mitad en tí pensando,
Y la otra pensando en tí.»

El mencionar cantares me trae á la memoria que en una *marza*, canción montañesa se dice:

«Dama, si queréis amor, amad.»

Pensamiento es este que el autor del libro de donde la copio le compara con el de Séneca:

«*Si vis amari, ama.*»

Para resolver si *El cura de aldeas*, drama del Sr. Perez Escrich, y *La oracion de la tarde*, de D. Luis Mariano de Larra, eran plagio una obra de otra, ó meramente coincidencia, se celebró años há una reunion en la que, si no me engaño, se decidió lo segundo.

Ante tal prueba, ¿hacen falta más?

Diré, sin embargo, que como hay coincidencias buenas y malas, hay quien coincide intencionalmente con Lope de Vega Carpio, parodiando su

«En una de fregar cayó caldera;
Trasposicion se llama esta figura.»

D. Pedro Antonio de Alarcón, muy dado, al parecer, de intercalaciones de ajenos versos, hablando de las granadinas, dice:

«Las de ojos negros y gentil cintura
Te recomiendo yo, pálidas diosas;
(Trasposicion se llama esta figura).»

No tengo que decir á qué gusto pertenece copiar ó imitar ciertos errores. Es verdad que dice el refrán, y la linda comedia de D. Fernando Martinez Pedrosa, mi particular amigo:

«De gustos no hay nada escrito.»

De cuyo precepto existe además esta otra locucion francesa:

«*On ne doit pas disputer des gouts.*»

Igual nacionalidad tiene la siguiente composición de Malherbe:

«*Elle étoit de cet monde, ou les plus belles choses
ont le pire destin,
Et rose elle á veu ce que vivent les roses,
L'espace d'un matin.*»

Aquí hay dos coincidencias: una donde se habla del destino de las cosas, con Petrarca, quien en el soneto c. c. x. c. libro *Invita di M. Laura*, exclamaba:

«*Cesa bella mortal passa é non dura;*»

la segunda con Rioja, el cual en la silva á la rosa dejó dicho:

«Pura, encendida rosa,
Emula de la llama
Que sale con el día,
¿Cómo naces tan llena de alegría,
Si sabes que la edad que te dá el cielo
Es apenas un breve y veloz vuelo?»

El mismo escritor y Jorge Manrique, y aun Góngora, ofrecen punto de exámen en el presente artículo.

El racionero cordobés, culterano y punzante poeta, escribía:

«Arroyo, ¿en qué ha de parar
Tanto arribar y subir,
Tú, por ser Guadalquivir,
Guadalquivir por ser mar.»

Halla analogías el lector, en esa pintura dé en lo que pára la vida, con el decir del vate sevillano:

«Como los rios en veloz corrida
Se llevan á la mar, tal soy llevado
A último suspiro de mi vida.»

Yo sí, y las anteriores citas no se dirá que difieren del pensamiento dominante en la composición conocidísima de Jorge Manrique, en que, segun él, señores y rios y todo, irá: «á se acabar.»

Y es cierto; todo en el mundo acaba y muere.

igualándolo todo la muerte: hasta los enemigos son perdonados entonces.

«Que más allá de la muerte
No hay venganzas ni rencores.»

como ha dicho Larra (D. Luis Mariano), y ya antes Quintana expresó la idea del perdón de ofensas, consignando que:

«La muerte de un contrario valeroso,
solamente el que es vil la solemniza.»

V.

Creo que el haber escrito ahora aquí «la muerte» me pone en afán de ir matando mi entusiasmo por aglomerar citas.

Aun me quedan frescas y bullentes en la memoria otras cuantas coincidencias de Descartes con Aristóteles; de Shakespeare con Sófocles; Villamediana con Cervantes; Rojas Zorrilla con Ruiz de Alarcón; Hurtado con Moratín; Castro y Serrano con Víctor Hugo; Ruiz Aguilera con Florentino Sanz, y otras varias que no cito en obsequio á la brevedad; y para terminar de una vez el presente artículo, donde todavía hallaría el lector «plagios ó coincidencias,» si señalase más símiles entre el Dante y Calderón, y Petrarca y Balbuena, Campoamor, Escalante, Eguílaz, Ochoa y otros escritores de diferentes países y naciones y distintos tiempos y edades, que acabarían de completar este cuadro, verdadero mosaico literario. Dejémoslo para mejor ocasión.

EDUARDO DE CORTAZAR.

LA MANO DE DIOS.

La ciudad de Strasburgo, hoy presa de los alemanes, se hallaba enriquecida por multitud de monumentos y obras notables de arte de extraordinario mérito, distinguiéndose entre ellos una magnífica catedral, cuya elevadísima torre mide sobre 400 pies de altura.

Las crónicas aseguran que antes de la edad cristiana existía en el sitio en que está aquella catedral construida un bosque sagrado, el cual fué más tarde destruido por los romanos, levantándose un templo á Hércules.

El reloj de dicha catedral, obra de Habrecht, fué construido en 1580; en él se observan todas las revoluciones del calendario, las ecuaciones solares y lunares, el cómputo eclesiástico y otras muchas preciosidades artísticas. Al dar las horas se inclinan doce apóstoles ante el trono del Señor; ostenta asimismo un gallo como símbolo de vigilancia, el cual, cuando la campana marca las horas, agita las alas y produce un sonido imitado al de esa ave.

Refieren las crónicas de aquellos tiempos que temiéndose que el autor de tan grande obra, conocida por la tercera maravilla de Alemania, pudiera construir otra análoga, y ser entonces aquella ménos célebre, el magistrado le mandó sacar los ojos, y en venganza el artista de haber recibido tan brutal recompensa, cortó uno de los principales resortes de la máquina, quedando esta completamente imposibilitada de funcionar.

En los últimos años del pasado siglo un hijo de aquella ciudad, de nueve años, llamado Schwilke, pasaba todo el día observando el reloj de la catedral, y era objeto constante de las reprensiones del anciano guardián de la basílica, como asimismo de sus padres por su escasa aplicación y continua falta de asistencia á la escuela.

Un día el niño Schwilke preguntó con gran empeño al sacristán:

—¿Por qué no anda ese reloj?
—Muy curioso eres, respóndele. A tí ¿qué te importa?

—Es que debería ser una grande obra cuando toda la máquina estuviese en movimiento.

—Ya lo creo, contestó el interpelado; este reloj era conocido como la tercera maravilla del país.

—¿Y por qué no le hacen funcionar?
—Te se esperaba á tí para que lo consigas, replicó con ironía.

Callóse el muchacho, y el buen guardián se dirigió solícito á enseñar á unos extranjeros todas las bellezas artísticas y objetos importantes que encerraba la catedral, ganoso de aumentar su exíguo salario con algunas monedas que le proporcionaba su oficio de cicerone.

Los viajeros lamentaron que la máquina del reloj no se hallase corriente, extrañándose que en un país tan artista no se hubiera atrevido ninguno á componerlo.

El joven Schwilke, que había acompañado á los viajeros y oído la conversación, contestó con la mayor seriedad:

—Pues bien; yo le haré andar.
—¿Estas aun ahí, buena alhaja?... Tú te has vuelto loco, díjole el sacristán.

—No en verdad, repuso el niño postrándose de hinojos y exclamando:

—¡Juro ante la presencia del Dios de los cielos que me escucha, y cuya protección imploro, que contando con su ayuda, yo volveré la vida á esa máquina!... ¡Sí, hago voto de hacer andar el reloj!

Quedóse después en silencio murmurando una devota oración. Los circunstantes se rieron de la promesa del muchacho, y se retiraron admirados de la formalidad y aplomo con que hablaba en medio de sus cortos años.

En cuanto halló solo al sacristán, que aun no había vuelto de su estupor al ver la promesa del joven desaplacado, rogóle pidiese á su padre le permitiese aprender el oficio de relojero; accedió gustoso el padre, y el joven Schwilke co-

menzó á trabajar en el taller de un distinguido artista.

Los días festivos y las horas que debiera consagrar al descanso las ocupaba en estudiar la máquina de la torre.

.....
Cerca de medio siglo había trascendido, y el atrevido artista cumplía el juramento hecho ante la Providencia en la torre de la catedral.

Era el 31 de Diciembre de 1842; toda la comarca vestía gala; los habitantes se apiñaban en plazas y balcones; las clases todas de la sociedad preparaban festejos y obsequios en honor del privilegiado artista: á las seis de la tarde el reloj había de regir.

Las autoridades de Strasburgo dispusieron una lucida procesion, en la que se hallaba lo más distinguido de la ciudad y los contornos.

Llegada aquella á la catedral se celebró una solemne fiesta religiosa para dar gracias al Señor por tan memorable suceso.

Schwilke, después de recibir la bendición del obispo, se dirigió sereno y con paso firme á la torre de la catedral, acercóse á la máquina y la tocó con su mano; al punto el reloj se puso en movimiento; el angel marcó las seis, los apóstoles se inclinaron ante el Divino Maestro, el cuadrante señaló las evoluciones atmosféricas, agitó sus alas el gallo y produjo el canto; y la campana, doblando, anunciaba á los vecinos que se había verificado el milagro, escogiendo la Providencia como instrumento á Schwilke.

El prelado pronunció en la catedral una sentida oración, excitando á los fieles á dar gracias al cielo por haber escogido un hijo de Strasburgo para probar una vez más la grandeza del poder divino.

.....
Una sola persona faltaba en tan solemne ceremonia.

El anciano sacristán, testigo del juramento, había pagado algunos años antes su tributo á la naturaleza.

¡Cuál habría sido su entusiasmo en aquel día!

Á CORINA.

Madrid Agosto de 1867.

Cuando partiste de Madrid, Corina, también sentí brotar mis tentaciones de abandonar la capital de España y á las provincias emigrar del Norte. Ya entrando en la estación del Mediodía, movíame aquel traje de tanto coche, de ómnibus tanto con febril carrera sus criatagos lanzando más que al trote; Aquel continuo descargar de gentes, de mundos, sombrereras, sacos, cofres; aquella efervescencia de viajeros, de deudos y de amigos y consortes, que las aceras á poblar volaban, y el pórtico á llenar de bote en bote; aquel tomar billetes á zarpazos, el entrar y salir de los salones, donde los bultos facturados llueven sin alterar la flemma de los hombres que los pesan, numeran y rotulan, extraños siempre al exterior desorden; aquella discordancia de murmullos; aquel concierto monstruo de mil voces donde es el grito del silbato un figle y un bajo el murmurar de los vapores; la súbita explosión de abrazos, besos y llantos, y gemidos, y trasportes con que las despedidas hasta mueven los más empedernidos corazones, al resonar la voz de la campana que la partida anuncia á raudos toques; las luchas que, al entrar en los andenes, provoca aquí una madre, allá una jóven, á quienes el favor no otorga venia de acompañar al pie de los wagones al hijo y al amante que se marchan, tal vez sin esperanza de que tornen; el confuso rumor que engendran juntos con su áspere chirriar los carretones, con sus broncos bufidos las calderas, los coches añadidos con sus choques; los estridentes silbos del alarma de la campana el último redoble; el largo tren que con los rails rozando empieza ya á mover su grave mole; los votos y los ruegos que se cruzan al darse al fin los últimos adioses; todo, Corina, me incitaba el pujo de no volver al seno de la corte; de encasquetarme un boogo, de colgarme la limosnera al hombro y un capote ó manta echarme, con botinas blancas un traje en sus matices uniforme y huir á cualquier parte, á Cataluña, á Biarritz, á Vichy, ó quedarme en Mostoles, y luego regresar, mintiendo imbécil que ví la Exposición, que ví los montes y lagos de Suiza, y en el Tíber del centenar las místicas funciones, las márgenes del Rin y de la Mancha, el gran Canal, y el Támesis y Lóndres. Todo á partir brindaba. Puro el cielo sus transparentes alas á la noche tendía plateadas por la luna que en plena faz sus tibios resplandores sobre la tierra á derramar venia; en tanto que los vuelos jugueteos del céfiro nocturno mitigaban del abrasado suelo los ardores. Y más que todo, tú, bella Corina, que igual á la azucena, cuyo broche se abre al rayar el alba, cautivabas de todos las miradas y atenciones;

brindabas á partir á tus amigos y á cuantos de tu espíritu conocen las altas cualidades y bellezas que hacen de tí un jardín de hermosas flores.

Por un wagon tu cuerpo devorado nos íbas á robar los dulces goces que al rededor de tí tu claro ingenio sabe verter como un fecundo polen que engendra sentimientos esquisitos en todo corazón de ritmo noble y abre al alma un raudal en donde bebe el delicioso néctar de los dioses.

Al contemplarme en el andén, herido por tantas y tan variadas impresiones debajo de techumbres colosales robustos esqueletos de cien bosques; en medio de ese inmenso laberinto que llaman Estación, cuyo horizonte no abarcan las pupilas detenidas por máquinas y trenes, que á montones alrededor se agrupan de talleres pertrechos, mercaderías, fraguas, docks, vías en toda dirección cruzadas que el suelo por kilómetros absorben; echado á discurrir qué pensarían, devueltos á su sér nuestros mayores, allí desde su tumba trasladados, al arrancar un tren, y las visiones que se espantada mente asaltarían, resucitar creyendo en algún orbe de los desconocidos ó encontrarse cercanos del infierno á las regiones; cuando los ecos desgarrando rudo el moderno dragón con silbo enorme sus nudos sacudid y huyó rugiendo y estremeciendo el suelo con su roce.

En ese triste instante en que se sienten los que son de una marcha espectadores el corazón oprimido y las mejillas bañadas por las lágrimas que corren; ya solo ví de tu gentil semblante brillar entre las sombras los dos soles que Dios te dió por ojos como brillan de la cadente estrella los fulgores.

¡Despareciste! y á Madrid volviendo mi anhelo por marcharme trasformóse en ese sentimiento que en mí sabe con toda privación estar conforme.

Mas, fuera de perderte, hermosa amiga no creas que sufríese rudo golpe quedándome en Madrid. Ya de los viajes no encuentro el chiste, y á la vida inmóvil me siento cada vez más inclinado. De mis contados días á la postre me voy asemejando á los moluscos que entre sus conchas su existencia esconden.

Un tiempo fué que con fruición profunda hubiera yo surcado aguas salobres, la vuelta al mundo dando y recorriendo sus continentes é islas y hasta islotes. Hoy solo pienso en recorrer mi cuarto y hacer con mi fortuna filiforme un delgado capullo que me encierre hasta que en polvo inerte me transformen.

Yo me hallo bien en mi Madrid querido, mientras del sol el refulgente coche por Leo, Virgo y Libra va rodando que es tiempo para mí de vacaciones. Dueño y señor de mi persona vivo, ¿y no es este un placer de primer orden? mis circunstancias preno y saco jugo, que es para vivir bien un gran resorte. Despueta el sol y de mi alcoba escapo, de par en par abriendo los balcones, y el ambiente saneo de mi albergue segun la docta higiene lo dispone.

Asalto mi petaca, saco un puro que es bueno, ya que no de los mejores, como arda bien y sin chupar con fuerza nublados de humo, que no aspire arroje.

Me bruceo al balcón, tomando el fresco veo pasar las lindas maritornes con su novio soldado, las cuadrillas de las burras de leche, los gritones traperos, horchateros, buñoleros, carruajes de alquiler, trabajadores los carros de limpieza, las mujeres que en busca van de súcios papelotes; los perros sin bozal que la estrignina no hizo morir en tíasas convulsiones, los médicos, en fin, y cirujanos que empiezan su revista de dolores y ese prosaico cuadro de costumbres que muchos nunca han visto y que muy pobre les pareciera al verle, me distrae si ya no me abre campo á reflexiones.

Aguardo á que mi fámula me diga que el consabido chocolate tome y en traje matinal, hácia el Retiro principio doy á mi far niente dulce. Recorro las sombras alamedas donde se ocultan pardos ruiseñores que dan al sol naciente la alborada con voz que siempre con delicia se oye. Veo correr el agua en arroyuelos y escucho sus monótonos ramoses con un placer que no me cansa nunca aunque no tenga el tema variaciones. Aquí me para de un hogar de hormigas el incesante afán y las labores; allí una verde oruga, que sus alas labrando está en las hojas que corroe. De un álamo al amor, me siento á veces en la arena escribiendo dulces nombres, ó contemplando el curso de un celaje que se deshace á proporcion que corre. Dejo vagar errante el pensamiento á la merced del ideal que brote; y ora me abismo en mis recuerdos, ora del porvenir desgarró el velo informe. Tal vez mi musa antojadiza, al arpa tal cual arpegio arranca no discorde, ó en alas de mi loca fantasía

son Icaros también mis ilusiones. De nuevo emprendo mi paseo y busco los setos y los árboles que oponen á los solares rayos el follaje juguete de aircillos retozones.

Corros de niñas y elegantes pollas me alegran con los juegos, en que rompen al invadir los sotos, donde tienden alguna vez sus redes los amores. Salgo, por fin, del parque, y á mi choza me vuelvo antes que Febo se remonte y esparza su candente cabellera por las sombrías calles que me acogen. Algun lugar amigo por ventura me place saludar sin que trastorne sus usos ni costumbres, ni me obligue á estar de cumplimiento hecho un Quijote. Entro en mi casa, y de su ambiente corto con el aire exterior las relaciones, y así consigo que á templada altura conserve mi termómetro su azogue.

Un parco almuerzo mi apetito halaga, con su tacita de café por postre, y al quinto, sexto, ó sétimo cigarro voy dando por chupadas pasaporte. Con la familia en pláticas amenas entretenido sigo, y á las doce en ancha y fresca alcoba el cuerpo entrego sin resistencia alguna á los colchones.

Echo mi siesta con sopor profundo, si algo entre cejas no me tiene insomne, y sin conciencia de mi sér, imito de la gallega gaita los roncones. Dispiértanme á las cuatro, me desnudo, un baño de placer media hora dóme, y el retintín de platos y cubiertos hiriendo va mis tímpanos acorde. Gastrónomo vulgar, mi sobria mesa fácil las fuerzas que perdí repone, y vuelvo á mi café y á mi cigarro y á mi balcón en pos de distracciones.

Un nietecito que es el diablo mismo hermoso para mí, porque es mi prole á esa hora es mi solaz y esparcimiento sin que me enfade nunca aunque alborote. El y la calle mi ánimo recrean; si hay toros, en su arroyo apenas cojen los ómnibus, ya llenos, ya vacíos que cruzan en opuestas direcciones. Dos filas de macetas las aceras parecen matizadas de colores con los vestidos que las bellas lucen bajando al Prado con aroso porte. La tarde va espiando con dulzura y así que el Sol canicular traspone, ya estoy andando con mi brazo al brazo, y al Prado voy también con pretensiones.

En un sillón de hierro que me ceden por medio real que yo les doy en cobre, la fresca brisa del salón me orea y allí las horas permanezco inmóvil. En la fuente de Apolo oír me agrada el dulce murmurar de sus pilones, y ver sus leves ondas que rielan al reflejar la luz de los faroles.

Las vueltas y revueltas dá la gente, las arpas de los hijos del Diamante, el canto estrafalario de los chicos que truecan en chicharra su gañote. los clarines del parque de artilleros que dan á su retreta un lindo toque la luna cuyos rayos argentinos se asocian á ese cuadro en ocasiones, son para mí un conjunt de recreos que engañan mi atención y que responden al bienestar tranquilo que yo busco hastiado de más vivas diversiones.

Si es noche de verbena doy mil vueltas en torno de los puestos de licores, rosquillas y buñuelos, envidiando del pueblo las ardientes expansiones. Allí á las diez por lo común me alejo; hácia un café cantante tomo el tole, y en tanto que la espuma de cerveza de la ponchera cóncava hasta el tope sube y que un vaso y otro vaso apuro, bañando en esa espuma mi bigote; testigo soy de los ultrages hechos al arte de Rossini y de Bethoven.

Muy rara vez asisto á los Elíseos ménos aun de Alfonso y de Poles á los redondos circos y otras partes donde por un placer hay cien sudores. Me recojo por fin en mi vivienda, y así que dan en mi reloj las once, parodio á Tito y acostado exclamo: Posible es que mañana mejor obre. Escusado es decir que en esos días se torna mi tintero piedra pomez que es el polvo la funda de mis libros y que el habla escatiman mis pulmones.

Tal es la vida que en la corte llevo durante la estación de los calores, amen de otras frioleras que me callo de la prudencia á los consejos dócil. ¡La lástima es, Corina, que tan tarde lo que esa vida es buena ahora note!

¡Qué tiempo tan perdido el que al trabajo, he consagrado en años anteriores! ¡Cómo ha de ser, huyámos por lo estériles tan bobas y tan tristes digresiones, lo cierto es que yo gozo en el verano en ostra convertido de la corte. Procura, pues, amiga que en tu viaje de tu salud la posesión recobres, y vuelvas á Madrid como quisiera quien traza á tu solaz estos borrones.

PEDRO MATA.

SECCION DE ANUNCIOS.

Vin de Bugeaud

TONI-NUTRITIF

au Quinquina et au Cacao combinés

43, rue Réaumur
27 et 29, rue Palestro

Chez J. LEBEAULT, pharmacien, à Paris

43, rue Réaumur
27 et 29, rue Palestro

Los facultativos lo recomiendan con éxito en las enfermedades que dependen de la pobreza de la sangre, en las neurosis de todas clases, las flores blancas, la diarrea crónica, pérdidas seminales involuntarias, las hemorragias pasivas, las escrófulas, las afecciones escorbúticas, el período adinámico de las calenturas tifoidales, etc. Finalmente conviene de un modo muy particularmente especial á los convalecientes, á los niños débiles, á las mugeres delicadas, et á las personas de edad debilitadas por los años y los padecimientos. La Union medical, la Gaceta de los Hospitales, la Abeja medica, las Sociedades de medicina, han constatado la superioridad del presente remedio sobre los demás tónicos.

Depositos en La Habana: SARRA y C^a; — En Buenos-Ayres: A. DEMARCHI y HERMANOS, y en las principales farmacias de las Americas.

Los MALES DE ESTOMAGO, GASTRITIS, GASTRALGIA y las IRRITACIONES de los INTESTINOS

Son curados por el uso del **RACAHOUT DE LOS ARABES** de DELANGRENIER, rue Richelieu, 26, en Paris. — Este agradable alimento, que está aprobado por la Academia imperial de Medicina de Francia y por todos los Médicos mas ilustres de Paris, forma un almuerzo tan digestivo como reparador. — Fortifica el estómago y los intestinos, y por sus propiedades analépticas, preserva de las fiebres amarilla y tífóidea y de las enfermedades epidémicas. — Desconfiese de las Falsificaciones. — Depósito en las principales Farmacias de las Americas.

INOFENSIVOS de esquisito perfume fortifican y decoloran instantaneamente al cabello y a la su color primitivo, por una simple aplicacion, grasas ni lavar, sin manchar la cara, y sin causar medades de ojos ni Jaquecas.

TEINTURES DU DOCTEUR CALLMANN
QUIMICO, FARMACEUTICO DE 1^a CLASSE, LAUREADO DE LOS HOSPITALES DE PARIS
12, rue de l'Echiquier, Paris.

Desde el descubrimiento de estos Tintes perfectos, se abandonan esos tintes débiles llamados AGUAS, que exigen operaciones repetidas y que, mojan demasiado la cabeza. — Oscuro, castaño, castaño claro, 8 frs. — Negro rubio, 40 frs. — Dr. CALLMANN, 12, rue de l'Echiquier, PARIS. — LA HABANA, SARRA Y C^a.

IRRIGADOR

Invenccion del Doctor ÉGUISIER.



Los irrigadores que llevan la estam-pilla DRAPIER & FILS, son los únicos que nada dejan que desear. Estos instrumentos reconocidos como superiores y de perfeccion acabada, ninguna relacion tienen con los numerosas imitaciones esparcidas en el comercio.

Precio: 15 á 32 fr. segun el tamaño

DRAPIER & FILS, 41, rue de Rivoli, y 7, boulevard Sébastopol, en Paris.

BRAGUERO CON MODERADO

Nueva Invenccion, con privilegio s. g. d. g.

PARA EL TRATAMIENTO Y LA CURACION DE LAS HERNIAS.

Estos nuevos Aparatos, de superioridad incontestable, reunen todas las perfecciones del ARTE HERNIARIO; ofrecen una fuerza que uno mismo modera á su gusto. Todas las pelotillas son elen interior de cautchú maleable; no tienen accion ninguna irritante y no perforan el anillo.

Se encuentran en nuestros almacenes toda especie de Bragueros y Suspensorios.

Medalla á la Sociedad de las Ciencias industriales de Paris.

NO MAS CANAS MELANOGENA
TINTURA SOBRES ALIENTE de DICQUEMARE alné DE RUAN

Para teñir en un minuto, en todos los matices, los cabellos y la barba, sin peligro para la piel y sin ningun olor. Esta tintura es superior á todas las usadas hasta el día de hoy.

Fábrica en Ruan, rue Saint-Nicolas, 39.
Depósito en casa de los principales pintadores y perfumadores del mundo.
Casa en Paris, rue St-Honoré, 207.

VERDADERO LE ROY

EN LIQUIDO ó PILDORAS

Del Doctor SIGNORET, único Sucesor, 51, rue de Seine, PARIS

Los médicos mas célebres reconocen hoy dia la superioridad de los evacuativos sobre todos los demás medios que se han empleado para la

CURACION DE LAS ENFERMEDADES

ocasionadas por la alteracion de los humores. Los evacuativos de LE ROY son los mas infalibles y mas eficaces: curan con toda seguridad sin producir jamas malas consecuencias. Se toman con la mayor facilidad, dosados generalmente para los adultos á una ó dos cucharadas ó á 2 ó 4 Pildoras durante cuatro ó cinco dias seguidos. Nuestros frascos van acompañados siempre de una instruccion indicando el tratamiento que debe seguirse. Recomendamos leerla con toda atencion y que se exija el verdadero Le Roy. En los tapones de los frascos hay el sello imperial de Francia y la firma.

PHARMACIE COTTIN

PURGATIF LE ROY
SECON L'ORDONNANCE
DU DOCTEUR SIGNORET

Avis Especial
Los individuos recomen-tando no se desconfíen de los tonos sofisticados.

Signoret
DOCTEUR-MÉDECIN
ET PHARMACIEN

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

AUTORIZADO EN FRANCIA, EN AUSTRIA, EN BELGICA Y EN RUSSIA.

Los médicos de los hospitales recomiendan el ROB VEGETAL BOYVEAU LAFFECTEUR, aprobado por la Real Sociedad de Medicina, y garantizado con la firma del doctor Giraudeau de Saint-Gervais, médico de la Facultad de Paris. Este remedio, de muy buen gusto y muy fácil de tomar con el mayor sigilo, se emplea en la marina real hace mas de sesenta años, y cura en poco tiempo, con pocos gastos y sin temor de recaídas, todas las enfermedades sífilíticas nuevas, inveteradas ó rebeldes al mercurio y otros remedios, así como los empujes y las enfermedades cutáneas. El Rob sirve para curar: Hérpes, abscesos, goma, marasma, catarros de la vejiga, palidez, tumores blancos, aams nerviosos, úlceras, sarna dejenarado, reumatismo, hipocóndrias, hidropesía, mal de piedra, sífilis, gastro-enteritis, escrófulas, escorbuto. Depósito, noticias y prospectos, gratis en casa de los principales boticarios.

Depósito general en la casa del Doctor Giraudeau de Saint-Gervais, 12, calle Richer, PARIS. — Depósito en todas las boticas. — Desconfiese de la falsificación, y exijase la firma que viste la tapa, y lleva la firma Giraudeau de Saint-Gervais.

PEPSINE BOUDAULT



EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867

la medalla única para la pepsina pura ha sido otorgada

A NUESTRA PEPSINA BOUDAULT

la sola aconsejada por el Dr. CORVISART médico del Emperador Napoleon III

y la sola empleada en los HOSPITALES DE PARIS, con éxito infalible en Elixir, Vino, Jarabe BOUDAULT y polvos (Fracos de una onza), en las

Gastritis Opresion Gastralgias Pilitulas Agruras Gases Nauseas Jaqueca Eructos Diarreas

y los vomitos de las mugeres embarazadas

PARIS, EN CASA DE HOTTOT, SUCC, 24 RUE DES LOMBARDS.

DESCONFIESE DE LAS FALSIFICACIONES DE LA VERDADERA PEPSINA BOUDAULT

NICASIO EZQUERRA.

ESTABLECIDO CON LIBRERIA MERCERÍA Y ÚTILES DE ESCRITORIO

en Valparaiso, Santiago y Copiapó, los tres puntos mas importantes de la república de Chile.

admite toda clase de consignaciones, bien sea en los ramos arriba indicados ó en cualquiera otro que se le confie bajo condiciones equitativas para el remitente.

Nota. La correspondencia debe dirigirse á Nicasio Ezquer-ra, Valparaiso (Chile.)

JARABE DE LABELONYE

Farmacéutico de 1^a clase de la Facultad de Paris.

Este Jarabe este empleado, hace mas de 30 años, por los mas célebres médicos de todos los paises, para curar las enfermedades del corazon y las diversas hidropesias. Tambien se emplea con feliz éxito para la curacion de las palpitaciones y opresiones nerviosas, del asma, de los catarros crónicos, bronquitis, tos convulsiva, esputos de sangre, extincion de vox, etc.

Deposito general en casa de LABELONYE y C^a, calle d'Aboukir, 99, plaza del Cairo.

Depósitos: en Habana, Lerverend; Reyes, Fernandez y C^a; Sara y C^a; — en Méjico, E. van Wingerdt y C^a; Santa María Da; — en Panama, Kratochwill; — en Caracas, Sturup y C^a; Braun y C^a; — en Cartagena, J. Velez; — en Montevideo, Ventura Garaicochea; Lasezcas; — en Buenos-Ayres, Demarchi hermanos; — en Santiago y Valparaiso, Mongiardini; — en Callao, Botica central; — en Lima, Dupeyron y C^a; — en Guayaquil, Gault; Calve y C^a; y en las principales farmacias de la America y de las Filipinas.

GRAGEAS DE GELIS Y CONTE

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Resulta de dos informes dirigidos a dicha Academia el año 1840, y hace poco tiempo, que las Grageas de Gelis y Conté, son el mas grato y mejor ferruginoso para la curacion de la clorosis (colores pálidos); las pérdidas blancas; las debilidades de temperamento, en ambos sexos; para facilitar la menstruacion, sobre todo a las jóvenes, etc.



PILDORAS DEHAUT

—Esta nueva combinación sobre principios no conocidos por los médicos antiguos, llena, con una precisión digna de atención, todas las condiciones del problema del medicamento purgante.—Al reves de otros purgativos, este no obra bien sino cuando se toma con muy buenos alimentos y bebidas fortificantes. Su efecto es seguro, al paso que no lo es el agua de Sedlitz y otros purgativos. Es fácil arreglar la dosis, según la edad y la fuerza de las personas. Los niños, los ancianos y los enfermos debilitados lo soportan sin dificultad. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mejor le convengan según sus ocupaciones. La molestia que causa el purgante, estando completamente anulada por la buena alimentación, no se halla reparo alguno en purgarse, cuando haya necesidad.—Los médicos que emplean este medio no encuentran errores que se nieguen a purgarse so prede mal gusto ó por temor de debilitarse. Instrucción. En todas las buenas casas. Cajas de 20 rs., y de 10 rs.

PASTA Y JARABE DE NAFÉ de DELANGRENIER

Los únicos pectorales aprobados por los profesores de la Facultad de Medicina de Francia y por 50 médicos de los Hospitales de París, quienes han hecho constar su superioridad sobre todos los otros pectorales y su indudable eficacia contra los Romadizos, Gripe, Irritaciones y las Afecciones del pecho y de la garganta.

RACHAOUT DE LOS ARABES de DELANGRENIER

Único alimento aprobado por la Academia de Medicina de Francia. Restablece á las personas enfermas del Estómago ó de los Intestinos; fortifica á los niños y á las personas débiles, y, por sus propiedades analépticas, preserva de las Fiebres amarilla y tifoidea. Cada frasco y caja lleva, sobre la etiqueta, el nombre y rúbrica de DELANGRENIER, y las señas de su casa, calle de Richelieu, 26, en París.—Tener cuidado con las falsificaciones. Depósitos en las principales Farmacias de América.

EXPRESO ISLA DE CUBA. EL MAS ANTIGUO EN ESTA CAPITAL.

Remite á la Península por los vapores-correos toda clase de efectos y se hace cargo de agenciar en la corte cualquiera comision que se le confie.—Habana, Mercaderes, núm. 16.—RAMIREZ.

EL UNIVERSAL.

PRECIOS DE SUSCRICION. Madrid, un mes. 8 reales. Provincias, un trimestre, directamente. . . . 30 » por comisionado 32 » Ultramar y extranjero. 70 y 80

EL TARTUFO, COMEDIA EN TRES ACTOS.

Se vende en Madrid, en la librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

CATECISMO DE LA RELIGION NATURAL,

D. JUAN ALONSO Y EGUILAZ, REDACTOR DE «EL UNIVERSAL.»

Este folleto encierra en una forma clara, metódica y compendiosa, el resumen sustancial de los principios de la religion natural, es decir de la religion que á todos los hombres ilustrados y de sano criterio dicta su simple buen sentido. Contiene en su primera parte un prólogo, una introduccion, el credo, mandamientos, etc., etc.; y en la segunda, preguntas y respuestas sobre el texto. Su precio un real en Madrid y real y medio en provincias. Se halla en las principales librerías.



VAPORES-CORREOS DE A. LOPEZ Y COMPAÑIA.

LINEA TRASATLANTICA.

Para Puerto-Rico y la Habana, salen de Cádiz los días 15 y 30 de cada mes. Prestan este servicio vapores de 3.000 á 3.500 toneladas de desplazamiento.

LINEA DEL MEDITERRANEO

EN COMBINACION CON LA TRASATLANTICA.

Salidas de Barcelona para Valencia, Alicante, Málaga y Cádiz los días 7 y 22 de cada mes. Regreso de Cádiz los días 1.º y 16. Para pasajes, fletes y otros informes dirigirse á

D. JULIAN MORENO, ALCALA .28.

TENEDURIA DE LIBROS.

POR D. EMILIO GALLUR.

Nueva edicion refundida con notables aumentos en la teoria y en la práctica.

Obra recomendada por la Sociedad Económica de Amigos del pais de Alicante, y de grande aceptación por el comercio en España y América. Un tomo de 300 páginas próximamente, en 4.º prolongado, que se vende á 20 reales en las principales librerías, y haciendo el pedido al autor en Alicante, Barcelona, Nubó, Espadería, 14.—Cádiz, Verdugo y compañía.—Madrid Bailly-Bailliere.—Habana, Chao, Habana, 100.



CALLOS

Jaaneza, Callosidades, Ojos de Pato, Unros, etc., en 30 minutos se desembaraza uno de ellos con las LIMAS AMERICANAS de P. Mourthé, con privilegio a. g. d. g., proveedor de los ejércitos, aprobadas por diversas academias y por 15 gobiernos. — 3.000 curas auténticas. — Medallas de primera y segunda clases. — Por invitacion del señor Ministro de la guerra, 1.000 soldados han sido curados, y su curacion se ha hecho constar con certificados oficiales. (Vase el prospecto.) Depósito general en PARIS, 28, rue Geoffroy Lassarre, y en Madrid, BARRIL hermanos, 5, Puerta del Sol, y en todas las farmacias.

JARABE DEPURATIVO

DE CORTIZAS DE NARANJAS AMARGAS CON IODURO DE POTASIO De J.-P. LAROCHE, 8, rue des Lions-Saint-Paul, Paris.

El Ioduro de potasio es un verdadero alterante, un depurativo de grande eficacia; asociado al jarabe de cortizas de naranjas amargas es bien recibido por todos los enfermos sea cual fuere la constitucion del enfermo sin perturbar ninguna de las funciones. Su composicion siempre igual permite á los médicos fijar las dosis según los diversos temperamentos en las afecciones escrofúlicas, tuberculosas, cancerosas, sifilíticas secundarias y terciarias, sus reumatismos, para las cuales es el más seguro específico. En Madrid: Ferrer y G., J. Simon, Dorrell h.º, Romolinos, Moreno Miquel.

LA ESPUMADERA DE LOS SIGLOS, POR ROBERTO ROBERT. POESIAS DE D. EUSEBIO ASQUERINO. UN TOMO, 20 REALES.

Se vende en las librerías de Cuesta, Gujarró, Bailly-Bailliere, Leopoldo Lopez, y Gaspar y Roig.

OBRAS DE F. M. TUBINO.

Murillo, su vida y sus cuadros, 4 pesetas. Pablo de Cespedes, estudio sobre el Renacimiento en España. Premiado con medalla de oro en certamen oficial, 5 pesetas. El Arte y los artistas contemporáneos en la Península, 8 pesetas. En prensa: Ceramitas y Don Quijote. Estudios críticos. Dirigirse al autor con el importe del pedido. Huertas, 82, Madrid.

CORRESPONSALES DE LA AMÉRICA EN ULTRAMAR Y DEMAS CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Table with columns for different regions: ISLA DE CUBA, FILIPINAS, CENTRO AMÉRICA, BOLIVIA, BRASIL, PARAGUAY, URUGUAY, GUYANA INGLESA, TRINIDAD, ESTADOS-UNIDOS, PERÚ, CHILE, PLATA, and EXTRANJERO. Each column lists local correspondents and agents.

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

POLITICA, ADMINISTRACION, COMERCIO, ARTES, CIENCIAS, INDUSTRIA, LITERATURA, etc.—Este periódico, que se publica en Madrid los días 13 y 28 de cada mes, hace dos numerosas ediciones, una para España, Filipinas y el extranjero, y otra para nuestras Antillas, Santo Domingo, San Thomas, Jamaica y demás posesiones extranjeras, América Central, Méjico, Norte-América y América del Sur. Consta cada número de 16 á 20 páginas. La correspondencia se dirigirá á D. Eduardo Asquerino. Se suscribe en Madrid: Librería de Durán, Carrera de San Gerónimo; Lopez, Cármen; Moya y Plaza, Carretas.—Provincias: en las principales librerías, ó por medio de libranzas de la Tesorería Central, Giro Mútuo, etc., ó sellos de Correos, en carta certificada.—Extranjero: Lisboa, librería de Campos, rua nova de Almada, 68; París, librería Española de M. C. d'Denne Schmit, rue Favart, núm. 2; Londres, Sres. Chidley y Cortazar, 17, Store Street. Para los anuncios extranjeros, reclamos y comunicados, se entenderán exclusivamente en París con los señores Laborde y compañía, rue de Bondy, 42.